3 1761 08831783 9

82860

LAZARILLO

DE

MANZANARES

NOVELA ESPAÑOLA DEL SIGLO XVII

COMPUESTA POR

JUAN CORTÉS DE TOLOSA

Natural de la Villa de Madrid.

(Reimpresa según la edición de 1620.)

124960
13/11/12

MADRID

IMPRENTA DE LA REVISTA ESPAÑOLA

Ferraz, 62, bajo, izqda.

1901

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/lazarillodemanza00cort

NOTICIAS DEL AUTOR Y DE LA OBRA

Ha servido de original para esta reimpresión la rarísima y única edición madrileña de 1620 que lleva la siguiente portada:

Lazarillo | de Manzana | res, con otras | cinco Nouelas. | Compvesto por Ivan Cor | tes de Tolosa natural de la Villa de | Madrid. | Dirigido á don Ivan Iba | ñez de Segouia, cauallero del Orden de | Calatraua, y Tesorero general de | su Magestad. | Año 1620. | Con privilegio. | En Madrid, Por la viuda de Alonso Martin. | A costa de Alonso Pérez mercader de libros.

En 8.º; 6 hojas prels. y 257 foliadas.

Las demás novelas, son:

La Comadre, f.º 89 v.
El Licenciado Periquín, 130.
El Desgraciado, 169.
El Nacimiento de la verdad, 205 v.
El Miserable, 228 v.

Son, como se ve, mucho más cortas que la principal y también menos escasas, al menos cuatro de ellas.

La rareza del *Lazarillo* es tal que no figura ni en el *Ensayo* de Gallardo, ni en el *Catálogo* de Salvá, ni en el de D. Benito Maestre, ni en los de otros varios coleccionistas. Esto, aparte de su mérito, es lo que nos ha movido á reimprimir esta novela.

Tampoco parece haberla conocido directamente don Eustaquio Fernández de Navarrete, á juzgar por la manera vaga y hasta errónea con que habla de ella, suponiendo ser una simple imitación del *Lazarillo de Tormes* (1). Como se ve es más variada y compleja en los sucesos, aunque no le iguala en el estilo. No es esto decir que nuestro *Lazarillo* sea indigno de figurar al lado de las principales novelas de su clase.

En cuanto al lenguaje y estilo responde bien á la gloriosa época en que fué escrita, si bien la excesiva ingeniosidad en la manera de referir los acontecimientos á veces hace oscuro ó confuso el sentido. Pecado es este que el autor comete con plena conciencia, pues en otra obra que luego examinaremos, decía con no mucha modestia: «Mío ha sido el trabajo, pues lo que pude llenar con verbosidad paja, que vulgarmente decimos, lo he llenado con pensamientos y tantos que se puede decir de mi libro lo que de los abundosos árboles, que tienen más fruta que hojas; porque tiene más pensamientos que palabras».

Pero fuera de ésto y de alguna inoportunidad en las reflexiones morales, refiere con notable donaire, castizo lenguaje y dice cosas muy curiosas relativas á costumbres,

---

(1) NAVARRETE: *Bosquejo hist. sobre la nov. esp. en la Biblioteca de Autores españoles*, t. 33, pp. LXVI y LXIX.

que es uno de los mayores atractivos de esta clase de novelas, las cuales, con el teatro, nos dan la historia moral del pueblo español en un período en que todo lo nuestro es digno de estudio.

La segunda parte que ofrece al final de la novela no consta que la haya publicado.

Respecto del autor de la obra no son por desgracia muy abundantes las noticias que tenemos. Él mismo se declara repetidamente madrileño. D. Nicolás Antonio, que en su *Biblioteca* le consagra breves frases, dice que era de familia adscrita al palacio de los reyes «*ex familia regia palatina*». También por su propia declaración sabemos que era *criado del Rey*. Como luego hemos de ver el empleo suyo en la casa Real debía de ser en las oficinas de la hacienda. El Dr. Juan Pérez de Montalbán le cita en su *Para todos*, sin añadir circunstancia alguna biográfica.

Algo más explícito es D. José Antonio Alvarez y Baena, quien en su *Diccionario histórico* de los *Hijos de Madrid*, (III, 149) declara sus padres que fueron D. Juan Cortés de Solín y Doña Ana de Tolosa. Añade que nació hacia 1590, que estudió en el seminario de los Jesuítas de la ciudad de Tarazona y que luego vino á la corte entrando al servicio de Felipe III.

Además del *Lazarillo* compuso Cortés otra curiosa obra que imprimió tres años antes con el título de

Discvrsos | morales. | Por Ivan Cortes de To | losa criado del Rey nuestro señor, natural | y vecino de Madrid. | Dirigido á Martin Frances hijo mayor de Martin Frances, | Teniente de la Tesorería general de Aragón,

y Ad | ministrador de las Generalidades del dicho Reyno. (Escudo del Mecenas). *En Çaragoça, con Priuilegio, por Iuan de la Naja y Quarta | net, Impressor del Reyno de Aragón de la Vniuersi | dad y á su costa, Año 1617.*

En 8.º; 12 h. prels. inclusa una con escudo de armas, 203 folios y 3 de Tabla. En la última página se repiten las señas de la impresión.

Lleva el libro aprobaciones de Fray Juan Tolón y Fray Francisco Cuenca, ambas suscritas en la Victoria á 1.º de Mayo de 1617. Licencia del Vicario y del Capitán general de Aragón, Marqués de Gelves, y privilegio de éste por 10 años. Dedicatoria suscrita por el autor en 7 de Julio de 1617 y composiciones en su alabanza de Lope de Vega (exámetros latinos) y sonetos de Salas Barbadillo, Francisco de Frutos y Luis Vélez de Guevara.

En la dedicatoria están las escasas noticias que tenemos del autor y utilizó Baena. Dice en ella que su Mecenas tenía 28 años, y que ambos se habían educado juntos con los Jesuítas del Seminario de Tarazona. Martin Francés era navarro y estaba casado con Doña Magdalena Justa de Copones.

El Francisco de Frutos se llama «criado del Rey y Oficial mayor en su Real Tesorería». Esta circunstancia, la de ser el padre del Mecenas «Teniente de la Tesorería general de Aragón» y la de haber dedicado también el *Lazarillo* á D. Juan Ibáñez de Segovia «Tesorero general de Su Magestad» parecen indicar la clase de empleo que debía de gozar Cortés de Tolosa, que sería el de oficial en estas dependencias.

La primera parte de los *Discursos* la forman dos *libros*

de cartas morales y de cosas prácticas de la vida, con tendencias á la sátira. Van casi todas dirigidas al autor, quien puntualmente las contesta satisfaciendo las dudas de un hidalgo que quiere casarse, de un Corregidor recién proveído ó las de uno que le pide consejo «y arte para templar la terrible condición de su mujer» y otras.

La primera del libro segundo es «de un loco del Nuncio de Toledo, casi ya en su acuerdo á otro que algunas veces no está en él»; la segunda es «papel de una dama á un galán en que so color de celos le pide su hacienda», etcétera, etc.

En la segunda parte incluyó las cuatro novelas: *El licenciado Periquín*, *La Comadre*, *El nacimiento de la verdad* y *Un hombre muy miserable llamado Gonzalo*, que, como se ha visto figuraron después con la del *Desgraciado* en la edición del *Lazarillo*. Pero hay que advertir que los textos de algunas no son exactamente iguales en una y otra impresión. Así p. ej. en la 1.ª del *Miserable* puso la *pragmática* (f.º 196 v.) que después colocó en el *Lazarillo* y hemos reimpreso nosotros (p. 48) y, como es natural, en la segunda edición hizo caso omiso de ella.

Las demas novelitas de Cortés no desmerecen al lado del *Lazarillo* y quizá le superen en interés. También nos proponemos reimprimirlas.

E. C.

LAZARILLO DE MANZANARES

APROBACIÓN DEL PADRE FRAY ALONSO RAMÓN

He visto este libro intitulado *Lazarillo de Manzanares*, y aunque es libro de entretenimiento, no tiene cosa que ofenda las buenas costumbres, antes debaxo de los cuentos, y novelas que en él se refieren, enseña á desengañarse de los engaños deste mundo, y ansí me parece se le puede dar la licencia que pide para imprimirle. En este convento de nuestra Señora de la Merced de Madrid á 27 de Abril de 1619.

FRAY ALONSO RAMÓN.

—

APROBACIÓN DEL LICENCIADO D. JUAN DE GÓMARA Y MEXÍA.

He hecho ver este libro intitulado *Lazarillo de Manzanares*, y en él no se hal a cosa contra nuestra santa fé Católica y buenas costumbres, antes muchas cosas morales, y agudas para el común desengaño, y ansí se le puede dar la licencia que pide. En Madrid á 13 de Mayo de 1619.

EL LICENCIADO D. JUAN DE GÓMARA Y MEXÍA.

—

APROBACIÓN DEL MAESTRO VICENTE ESPINEL

Por comisión y mandamiento de V. Alteza, he visto un libro intitulado *Lazarillo de Manzanares*, compuesto por Juan Cortés de Tolosa, y en el no hallo cosa contra la fé y buenas costumbres, antes debaxo de los cuentos y novelas, descubre muchas para el desengaño del mundo y aviso para los que tienen poca experiencia dél, y siendo V. Magestad servido, le puede hazer la merced que pide. En Madrid á 9 de Mayo de 1619.

EL MAESTRO VICENTE ESPINEL.

Suma del privilegio

Este libro intitulado *Lazarillo de Manzanares*, tiene privilegio del Rey nuestro Señor, para que por tiempo de seis años, ninguna otra persona lo pueda imprimir, ni vender, so las penas en el privilegio contenidas. Fecha en Lisboa á catorce días del mes de Julio de 1619 años. Despachado por Diego González de Villarroel, escribano de Cámara.

—

Tassa

Yo Diego González Villaroel, escribano de Camara de su Magestad de los que en su Consejo residen, doy fee, que habiéndose visto por los señores del, un libro intitulado *Lazarillo de Manzanares,* compuesto por Juan Cortés de Tolosa, que con licencia de los dichos señores fué impreso, tasaron cada pliego del susodicho libro á 4 maravedís, y á este precio mandaron se vendiese, y no á más, y que esta tasa se ponga al principio de cada libro de los que se imprimieren, y para que dello conste de mandamiento de los dichos señores del dicho Consejo, y de pedimiento de la parte del susodicho doy esta fee.

En Madrid á 5 días del mes de Deciembre de 1619.

Diego González de Villaroel.

—

Erratas

(Las pone y sigue): *Lazarillo de Manzanares* con estas erratas corresponde con su original. Dada en Madrid á 7 de Deciembre de 1619.

El Lincenciado Murcia de la Llana.

Á DON JUAN IBAÑEZ DE SEGOVIA,

CAVALLERO DEL ORDEN DE CALATRAVA, Y TESORERO GENERAL DE SU MAGESTAD.

Para salir á luz este trabajo ha necesitado de la protección de V md. en quién, como á todos es notorio, concurren loables partes, por cuya causa, cuando no haya acertado en él, lo habré hecho en la direción, particu armente mostrándome agradecido á los beneficios que de V md. recibí con circunstancias tan noble como no serle pedidos, y en alguna manera queden pagados, y él también lo queda más que su sujeto merece, pues elegí para honralle á quien para mayores cosas eligió su Magestad.

Servidor de V md. que sus manos besa.

JUAN CORTÉS DE TOLOSA.

—

AL LECTOR

Cristiano lector ó lo que eres: ¿Quién me mete á mí en enfadarte con un prólogo que me tenga más costa que el mismo libro, disculpándome en unas cosas, y dándote á entender otras, que si tú las quieres condenar, no importa gaste yo todo el papel de Génova en defenderla? No me pasa por el pensamiento, si te pareciere bien págale y llévale, y si no de valde te puedes ir sin él. *Vale.*

CAPÍTULO I

DE LAZARILLO DE MANZANARES.

En que cuenta donde nació; como Felipe Calzado y Inés del Tamaño, su mujer, le prohijaron de la piedra con algunas de sus costumbres.

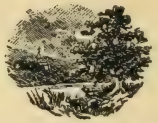
Así que sabrá V. merced que dicen haber nacido yo en Madrid, corte del Rey don Felipe, nuestro señor, tercero de este nombre, villa digna del título, no solo real sino imperial, la más insigne del mundo, tanto por el respecto dicho, cuanto por que en ella nunca es de noche. En esta, pues, Noruega de claridad me parece que Felipe Calzado y Inés del Tamaño, padres de aquellas mujeres, que aunque compran el manto entero no se sirven más que del medio; tuvieron devoción de criar un niño de los expósitos, ó de la piedra y, como el día que en Madrid sale la procesión de las amas, se fuesen los dos á la calle Mayor, donde mi suerte quiso que yo les agradare más que los otros, tanto por ser varón y haberme soltado del andar, cuanto porque era blanco, y les agradó los

buenos trozos de mis brazos y piernas, prometedores de no mala persona en los tiempos futuros, me llevaron consigo á la casa de los dos mayores ladrones que en España ha habido, á cuya mi ya putativa madre servía de guión en todas las más de sus acciones, una punta de hechicera, como vuesa merced adelante verá, no obstante que los dos tenían sus devociones, que es muy de la frutera haber asalariado el ciego para que la rece, y aun á derramar lágrimas oyendo el paso de los azotes, y dar con el dedo para que el peso supla lo que en él no ha puesto.

En ésta, pues, fuí creciendo alegre y vinoso, porque aquellas hijas á cuya mayor parte por su edad cae mejor madres, me hicieron un cimiento en el estómago de sopas de vino, fuera de que aquellos rufos, ó como los dicen, me ahogaron en él: y digo bien, porque si el que algunas veces llevaba en el estomaguillo pudiera salir fuera, ocupara más que la misma personilla. Diéronse tan buena negociación mis putativos padres, que antes de once años me llevaron al estudio, donde no permanecí tanto por lo que vuesa merced sabrá, cuanto porque si veía hurtar á mi padre, ser hechicera mi madre, el mal trato de sus hijas, ¿como había de aprovechar en cosa virtuosa? En ser bueno entre buenos, no se hace poco, llevándose consigo cualquiera su natural, que el que mejor le tuviere por lo menos le vendrá de sus primeros padres, y hará harto en tenérselas tiesas á la mala inclinación: mire que será teniéndole malo, y desde esta edad. Haré á vuesa merced partícipe de mi vida y milagros, altos y bajos, próspero y adverso dello, que si vuesa merced no lo tiene por enojo, es como sigue.

Si que no se le hará cuesta arriba decirle yo que el señor, mi padre, que tenía por costumbre no tenerlas buenas, hacía á aquéllas desventuradas mujeres tantas molestias, y tanto las hurtaba sus dineros, que después de haberle preso muchas veces por ello, viendo que no se enmendaba le dió por su dinero un verdugo zurdo dozientos azotes derechos: digo por su dinero, porque después pagan la caridad, y si no hay con que dejan, ó ropilla, ó calzón, ó herreruelo en prenda. El nuevo modo conque mi padre salió á recibirlos, no lo he de pasar en silencio, y así digo señor que mi madre se levantó una mañana, no martes, que también dan azotes en viernes, muy melancólica, y me mandó fuese á saber que se hacía de mi padre, porque entre su corazón y unas habas andaban no se que sospechas, en cuya ejecución me detuve algo mas que debiera, por ser andador del seminario, de que no se me seguía poco interés. Halléle en un aposentillo, que debía ser calabozo, muy desfigurado, tanto que parecía estar en los umbrales de la muerte, y entre algunos que le consolaban, diciéndole: «Buen ánimo, buen ánimo, que para los hombres se hicieron los trabajos.» Y como por tener los ojos en el suelo y estar divertido, no me hubiese visto, alzándoles, dijo que me llegasen á él, y poniendo las manos, y clavándolos en el cielo, me bendijo. Yo que tal ví, creyendo que le querían ahorcar, partí de carrera para mi casa, donde llegué tan presto como aquél que llevaba malas nuevas, y diciéndole á mi madre, ayudado de acciones que significasen bien lo que la lengua decía mal, la dı á entender como querían ahorcar á su marido: ella cayó luego en lo que era, porque el delito no

amenazaba horca, sino afrenta ó azotes, por haber reincidido muchas veces. Ansi fué, porque yendo los dos camino de la cárcel, nos le traían ya azotándole por la causa dicha, el cual repetía el pregón, diciendo: «Esta es la justicia que manda hacer el Rey nuestro señor á estos hombres por ladrones.» Mi madre se cubrió el rostro, y entró en una casa, y yo con ella, aunque no pude dejar de volver á la puerta á informarme si venía más que él, porque le oí decir «á estos hombres», y es el caso como diré: Cuando yo fuí á la cárcel ya mi padre estaba borracho, porque como torreznos y vino sean general consuelo en semejantes trabajos, llegaba uno con un mollete, y un torrezno dentro, y un jarro, y le decía: «Ea, hermano ánimo, que más pasó Cristo,» y otro tras él, y luego otro. Tantos «más pasó Cristo» le dieron que le libraron de lo que había de pasar, y como el que está borracho, uno considera en la persona, y otro en la sombra, ansi él repetía el pregón volviendo la cabeza á la que al lado llevaba: «Esta es la justicia», etc.



CAPÍTULO II

Como cuando su padre salió de la cárcel se halló sin hacienda, por habérsele quemado la casa, como adquirió más y como él se fué á Alcalá.

Pues no paró aquí la desventura, por que en el tiempo que estuvimos fuera se nos quemó la casa, y pasó desta manera. Nosotros habitábamos dos aposentos obscuros, por cuya causa teníamos de contínuo luz en ellos, en uno de los cuales habíamos recojido nuestro ajuar y cantidad de lino, para echar telas ó vendello hilado. Y, como un perro de caza viniese ya á los alcances al gato que traía un pedazo de carnero, y tanto por huir dél, cuanto por comerle seguro, se entrase por la gatera que la puerta de nuestro tesoro tenía y se subiese sobre una alacena, de la cual estaba colgado el candil, le derribó sobre un tercio de lino, de manera que se quemó el aposento. Y aquí entra cuan llana verdad sea que lo bien ganado se pierda, y lo mal ello y su dueño, porque como echasen la puerta en el suelo, subieron muchos gatos que acabaron lo que el de

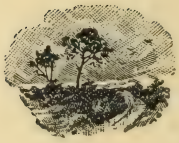
casa empezó: he aquí perdido lo uno, pues lo otro ya lo estaba. Le azotaron como dije; ¿quién duda sino que habrá Vd. dicho. ¡Ah, pobre hombre sin hacienda y sin honra! Pues crea que no le fué de ninguna importancia' ansí la quema como la vergüenza; porque, ¿qué deshonra le puede venir á quien fué padre de quien he dicho? Luego entonces no fué la pérdida della, que antes lo estaba, y si esta no fué pérdida, por qué razón no les había de sobrar dinero á quien le faltaba honra, siendo verdad ser ella grillos del que la profesa;? ó si no vea lo que pasa.

Salido que fué de la cárcel, como no hallase, hacienda hizo que mi madre vendiese menudo, y no hubo día que no entrasen en casa treinta ó cuarenta reales de ganancia; y él compró unos cuantos pollinos con los cuales ganó muy largo de comer y de cenar. La compasión no se les debe á ellos, sino á unos pobres honrados, con respectos de caballeros; á estos sí que viven muriendo, compañeros siempre de la pena de Tántalo y Sísifo. Héme aquí V. md. hijo del azotado, y sin honra para con muchos, y el día breve para dar satisfacción á tantos, y mucho peor en lengua de muchachos. Dios nos defienda, por que en su mano está quitar el juicio, á quien ellos quisieren; y ansí dijo bien aquel loco en responder, preguntándole en que tanto tiempo lo sería un hombre, que según le diesen la priesa ellos: gente cruel, por que saben la infamia, y no admiten la disculpa.

Ya yo estaba enfadado de tanto «daca los azotes, toma los azotes» mi padre de que con tantas veras defendiese no ser su hijo; por que decía, muy bueno es serlo para comer y vestir, y no lo ser para ayudarme á llevar

el infortunio. Si él me lo dijera en estos tiempos respondiérale yo, qne si por confesarle por tal se eximiera de la infamia, que entonces de buena voluntad lo hiciera, pues nos estaba bien á los dos, más que no caer della, y quedar yo con la propia, que era acrisolada necedad. Tanto pues dieron en agotarme la paciencia, y á tal tiempo me dijo uno: «Daca los azotes» que se los envié con un mensajero, que desde que le despedí, hasta que se llegó al oido á darle el recado, no parece hubo medio entre mí y él; abríle la cabeza, y todos dijeron: «muerto le ha», y como los demás huyesen tuve lugar de entrarme, en la Victoría, de donde por ser tan muchacho uno de aquellos religiosos me descolgò por una de las tapias de los corrales, en casa de un su amigo, el cual me tuvo en ella hasta que habló á mis padres, y les dijo el peligro que corría mi persona, si la justicia daba conmigo, por que el muchacho estaba herido de muerte; que me diese con que me ausentase hasta ver lo que Dios hacía dél. Replicó que de buena voluntad lo hiciera si por defenderle á él hubiera sido; mas que siendo por lo contrario que no le llamaba ninguna obligación, á lo cual el hombre le respondió lo que yo dije le respondiera ahora. Al fin vinieron los dos á la casa donde estaba, y me hicieron un vestido de paño verdoso, y me dieron diez ducados, y con muchas lágrimas, nacidas de amor me sacaron hasta la puerta de Alcalá, donde muchas veces me abrazaron llorando tiernamente, y mi madre me besó infinidad dellas, mostrando mayor sentimiento; porque las mujeres de ordinario son más compasivas. Y, como mi padre volviese la cabeza, me diò un *Agnusdei* de oro y un rosario con muchas me-

dallas, encargándome me fuese Alcalá, donde, pues había guiado por el camino de las letras, estudiase, que ella me acudiría con todo lo que pudiese, y sería no madre putativa, sino natural. Yo la agradecí mucho el ofrecimiento y le acepté y, besándolos la mano á cada uno, me dejaron y yo empecé á caminar hasta que los perdí de vista, donde me senté á aguardar el carro ó coche que me llevase, y aquí tuvieron principio mis peregrinaciones.



CAPITULO III

Cómo se fué á Alcalá, y se acomodó con un pastelero.

Considere V. merced que sentiría un muchacho solo, y que dejaba su tan amada patria, cuando menos la Corte. Tanto lloré, tanto me afligí y tan desconsolado estuve que, á no llegar el carro, llegara mi fin. ¡Oh pecador de mi, era quien quiera lo que yo perdía! Mis padres habían de ser muy ricos, porque los dos eran mayores ladrones que antes, y ella muy gran hechicera, y esto la valía muchos ducados, y según lo que me querían, toda la hacienda había de venir á parar en mí.

Subíme en él, y al otro día busqué por aquellas calles algún estudiante á quien servir, para estudiar. Sucedióme mejor; porque como llegase á una pastelería, cerca de la cual pregunté á uno si había menester un criado, me encaró la pastelera, y yo á ella y llamándome me dijo, si tenía quien me conociese.—«¿Para qué?—Para recibirte yo.» Dije que sí; y «¿Fiarte ha? También me fiará.»—¿Donde vive? —En Madrid. Y hallarás comodidad en bre-

ve, teniendo el fiador tan cerca: ¡miren que al cabo de la calle era su casa! Yo la respondí;—Señora, claro es que quien busca comodidad en Alcalá, no anda avisado en decir que tiene el fiador en Madrid;» más qué había respondido conforme á su pregunta; porque ó irme buscar por donde fuese estudiante, y quererme hazer pastelero era de las donosas cosas que en mi vida oiría! Entonces volvió á mí toda la cara, que antes no tuvo más que la media, porque el breve coloquio passó entre los dos metida la media pala en el horno, y ella de un lado, y me dixo: «Que no tan solo te quiero hacer pastelero, antes ayudar para que seas tan gran estudiante como de tu natural fio: ¿sabes leer?—Se leer, escribir y contar, y algo de los principios de la Latinidad.—Entra, pues, almorçarás. Hízelo, y subiendo arriba bajó un par de huevos, adereçome con ellos un pastel, hizome traer vino, preguntándome si quería otra alguna cosa; tanto la cuadró lo que de la fiança le dixe y el hallarme hábil para lo que ella había menester.

Ya vino el marido, y se le dijo como me habia recibido, con condicción que me diese estudio, y que el demás tiempo gastaría en cobrar cosas que se les debía, en escribirles lo que fuese menester en casa, y hazer la cuenta de muchas cosas que por falta de solicitador, y de quien supiese contar, estavan perdidas, y que no había de entrar ni salir en el oficio. Ansí fué: diéronme el hueco de debaxo de un escalera, un cofre con mi llave, y la del aposentillo: luego escribí á mis padres la buena fortuna que había corrido, y ellos me respondieron muy contentos, en particular mi madre, prometiéndome cumplir lo prometido.

Yo empecé mi obra, acudiendo á lo concertado, teníalos locos de contento, porque les leía en un libro, y todas las coplas nuevas que salían: regalábanme, queríanme y dábanme muchas cosas. Y después de bien ganada la voluntad me dixo, si la quería escribir un papel para un su primo Familiar, de cierto Colegio: dije que si, y es el caso que mi ama quería bien al Familiar, y mi amo á una hermana suya. Llevésele, y fuí en él muy encomendado, y tanto que leido me llevó á su aposento, donde me hizo mil regalos, dándome confites y dineros, y ofreciéndome encomendarme al preceptor de la Gramática, para que tuviese particular cuidado conmigo. Y á todo ésto no cesaba yo de mirarle, y era ocasionado para ello, porque no he visto yo hombre más alto ni más cerrado de barba, más negra, ni tan apretada; tanto, que parecía de las escobillas con que nos limpiamos la cabeça. Era tan negro como mis culpas; y, como los dientes fuesen muy blancos y los lábios colorados, y lo demás tan negro, parecía riéndose Ganasa. Era cariredondo, todo lo que V. merced mandare, y las narizes tan romas, que parecía tenerlas derramadas por la cara: tenía una gran vara de medir espalda, y otra de pecho, y dos de cintura; dejaba de comer por mirarle: Ya me respondió al papel, y me fuí á casa, donde tampoco me hartaba de mirar á mi ama, porque como sea verdad que tras lo hermoso se suelan despeñar las voluntades me admiró mucho, que una mujer de sus partes se pagase de las del Familiar. Era blanca, ni muy flaca, ni muy gruesa, tenía lindas figuras, y hermosísimas manos; lindos ojos, gran donaire; y, finalmente, era muy dama; y toda ella rebuena. Que solenizó el papel, pensará V. mer-

ced, holgándose con él: ante se mostró enfadada, propia paga del Diablo: valióme dos reales dél y uno della, los cuales guardé con los demás que había llegado, y con los diez escudos que mi madre me dio. Porque los amigos favorecen tal vez y el dinero de ordinario; de ellos se dize ser otro yo, mas si se entendiese del dinero no se habrá puesto en mal lugar, porque si yo haré por mí lo que pudiere, ¿quien mejor que él hará otro tanto?

CAPÍTULO IV

En que cuenta lo que en casa del pastelero le sucedió, y como la venida de la madre de su ama le echó del lugar.

Estuvieron las cosas en este estado cerca de tres meses, acudiendo así á lo que mi amo me mandaba, como á lo que ella quería, digo en materia de sus amores: temeroso con bastante razón, porque si nadie puede servir á dos amos, ¿cómo podrá á cuatro? Al cabo de los cuales me vinieron en un día dos nuevas trabajosas: la una fué que á mi madre había preso la Inquisición, y la otra que la madre de mi ama venía de con otra hija, que seis leguas de allí estaba. Cual fuese el sentimiento de la prisión de mi madre, podrá vuesa merced considerar, pues por ella me faltaban dineros y regalos; y lo peor dejar de ganarlos; que para en adelante me importaba mucho. Y ¿qué sería decirme, venía la suegra, mujer más temida que las bajadas del Turco? Y allegó mi señora la mayor, y todos nos armanos de paciencia; mudó luego la casa, al contrario de como al presente estaba; y de tal manera dió en perse-

guirme y yo en callar, que dos estremos no se han de ver tan presto. Vi casi derribado el monte de mi paciencia; porque muchas destas mujeres suelen ser suegras para sus yernos, mas esta éralo para todos; y con todo salí con la mía, callando, y anduve muy cuerdo. Si á costa de lo que he dicho tenía en pie comodidad, que importaba mucho interés, ¿por qué razón no había de poner de mi parte todo lo posible para no perderla, particularmente, no haviendo menester pedir nada á nadie para ello? Que de su cosecha puede cada uno consigo, y es de muy grandes necios dezir, no puedo más. Digo otra vez, que salí tan buen maestro de paciencia que pudiera casarme; porque ninguna mujer havía de ser tan rezia, que me obligase á gastar toda la que adquirí. Con esto, pues, y con tragarme muy buenos dichos, tuve amigos, comodidad y dineros; que preciaba más no perderle, que decirle, pues caudal para él ya me le tuve, y no sabía si para adquirir otro, ó volver el perdido tendría habilidad; fuera de que para esto el tiempo es enemigo; porque ansí como para ir entrando más en la voluntad del amigo es él el medio, ansí para que con el perdido se deslicen otros, es él el medio y el principio; luego callar que no está nada escrito dél. Allá dijo un Philósofo que el día que no traía ganado algún amigo de la plaça venía muy descontento; si esto es ansí, ¿no es mejor callar un buen dicho que perderle? Y es desventurada cosa que á cualquier parte que vaya un hombre halle enemigos, y todos se huelguen con sus infortunios, y de nadie esté seguro, y gaste su hazienda en gentes que le defiendan en las conversaciones, y sean ellos los primeros que digan mal dél.

Digo, pues, señor, que tanto nos pudrió á todos la vieja, más valiente por su condición que el gran Capitán por sus puños; que, luciéndosele más, ó pagando su hija por todos la dió un tabardillo, ayudando á ello un Viernes de una estación á las cruzes, diré mejor de estación á poner á su marido una cruz. Sal acá, Familiar; que en ser diablo en eara y costumbres más pareces familiar de redoma ó sortija, ¿no es ansí ésto, afligido y fingido amante, no es también verdad, que del colmado sentimiento apostaban á correr por esa cara de plato mocos y lágrimas de tinta?; y si vuesa merced dijera, sino quería como lloraba, respondo que ya digo fingido lo que al principio sería verdadero; que esto es muy común en los más de los amantes.

Aquí fué cuando mi amo el pastelero gozó espléndidamente de la hermana del Familiar, que fué como gozarla en el hábito de mujer. No vi yo en todo cosa tan parecida en mi vida, hube de aquí también algunos dineros, y los que se me pegaron la vez que me quedaba en la tienda, y para todo se hurtaba en ella, porque si de un pastel se sabe la ganancia señalada, no se sabe de que es el tal pastel, y yo lo sabía, como el que ayudó á alguna empresa; y pasa ansí.

V. merced habrá de saver que havía en casa un muchacho que tenía cuidado de correr el lugar, para que supiese si moría en él alguna cabalgadura, y sabido informarse donde quedava, porque luego ívamos él y yo á darla mate, para que de la carne se hiciesen pasteles. Y como nos diesen parte de un difunto, que casi un cuarto de legua de allí quedaba, nos fuimos mano á mano, después de comer los dos, cada uno con un cuchillo y una espuerta:

yo no porque tuviese obligación á ello, antes por esa misma causa, por valer más, que ese es el trato de los criados dar gusto en todo á sus dueños. Hallamos que cuatro ó cinco perrazos le estaban descartando, por lo cual de miedo no nos atrevimos á llegar; mas ellos con más que distinto nos concedieron llegásemos, y desampararon el cuerpo; por cuya vacación, con lindo aire, le quitamos lo que dentro de pocos días havía de ser dineros. Mas volvieron presto por haver ido á bever á un arroyo que cerca estava, y como olian á carne, otros muchos con ellos; quisimos huir, y escusónoslo la cortesía con que se llegaron, solo á entretenerse con la poca carne que debajo la barba hay. Como los tan satisfechos, los demás devanaban las tripas, cosa que á nosotros no nos era de importancia, de manera que entre ellos, y después estotros; entre nos y el romance de D. Álvaro de Luna, dejamos el rocín en calças y jubón, con que nos volvimos á casa á boca de noche, muertos de hambre, cansados y con calor, por ser Primavera.

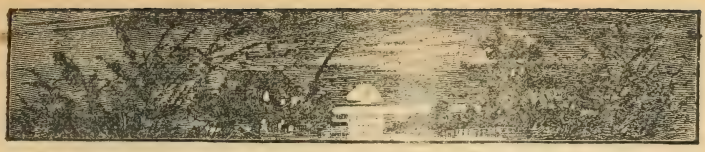
Díjoseme á mí, como privado, que merendase lo que me diese gusto, y á mi compañero que tomase un pastel; convite bien enfadoso por ser ordinario, y porque el que los come no los ve hazer como nosotros. Yo digo que los que pisan la uva, y los que los hacen corren parejas, porque si aquellos escupen, y hazen allí cosas de más consideración, á estotros no les rasca nadie, cómales donde les comiere, fuera de que su merced del señor oficial mayor tenía algunos veninos preñados, y otros paridos, por cuya razón despachava en el cuarto bajo, que era el entresuelo. No le apeteció el muchacho; y, abriendo nna

alacena dentro de la cual havía carnero ó cecina fiambre, halló una jarra tapada con un papel. «¿Qué tesoro es éste?» dijo, y destapándola puso el dedo dentro, y halló que era dulce: considerólo miel rosada, ú otra cosa desde género, y era una ayuda para mi ama. Mojó un poco de pan, y súpole bien, mojó otra vez, y súpole rebién; tomó un plato, y entrándose donde no le viesen se la comió á sopas. Y, como lo dulce le provocase á bever, bevió agua de la que va fresca, y se fué á acostar, porque en días de semejantes trabajos tenía licencia para ello. Durmióse luego, y de tal manera, sin ir á escuelas, cursó que se pudo graduar de licenciado. Cuando yo me recogí á mi aposentillo, que cerca del suyo estaba, le oí dezir: «¡Jesús que sudado estoy!» Entré dentro, y preguntéle si estaba indispuesto. Díjome que havía sudado mucho; mas á mí me pareció que el sudor havía pasado por mal puerto; y como le tentase el rostro, y le sintiese frio, le dije: «Mira no te hayas orinado.» El respondió: «¿Por detrás me havía de orinar?» Entonces confirmé lo coligido, y le dije ansí. «Hermano: pues ese sudor límpiatele tú,» y entréme en mi cuarto, y él, como tan cansado, se volvió á dormir. Aquí fué ello; porque, como á la mañana voltease la madre toda la casa y diese en el aposentillo del muchacho y viese desconcierto tal, nos atormentó á todos, y desolló á él á açotes, buscando tormentos nuevos para mejor satisfacerse.

Á otro día cenó nuestro amo el pastelero unas albondiguillas de la presa, que la noche antes tuvimos; porque la mala vieja hizo eso para no degenerar de suegra; vea, vuesa merced, cual era, que para él fueron de la que he dicho, y para la demás gente ya que no de carnero, de

baca. Lo que con ella pasábamos, si á muchos será fácil de creer, á mí será difícil de dezir; porque si la respondíamos rezio, cuando nos llamaba, dezía éramos desvergonçados y hundía la casa; si quedo, que haziamos burla de ella: estas son de las condiciones que dan higas á la prudencia de los que con ellas tratan, como los males viejos á las medicinas que se les aplican.

Esta tal vieja, y acudir al servicio de cuatro amos, me tenían bien disgustado, porqne esperaba mal fin dellos, ó de mi por ellos. Ya que no me fuese á la mano con la vieja deseaba salirme de su casa, y cumplióme el tiempo este deseo, trayéndome nuevas de que á mi madre la habían penitenciado por el Santo Oficio.



CAPÍTULO V

Cómo se fué á Guadalajara, y asentó con un sacristán: cuenta lo que en su casa pasava.

Puse, pues, mis cosas en orden y, cosiendo en el jubón los dineros que tenía, me fuí á Guadalajara, porque tuve siempre deseo de verla. Parecióme tan bien, que traté de quedarme allí; y, buscando comodidad, la vine á hallar con un sacristán tuerto. Este se contentó presto de mí, porque le dije que tenía natural cómodo para aprender con facilidad cualquier cosa; llevóme á casa, y apenas hube visto á la mujer, cuando dije: «Vuestro marido tuerto es, más si vos pisais derecho, que lo pague yo». Ojos que, si despide la lengua, ellos convidan, negros y dormidos; ello dirá. Pues vea vuesa merced si dijeron presto.

Luego que me llevó á casa me dijo en lo que había de entender, ansí en ella, como en la Iglesia. Recibióme bien mi ama; y, preguntándome como me llamaba, la respondimos á una mi amo y yo, que Lazarillo; ella se rió y,

partiendo de la sala para la alcoba, andando como á primera intención de bailar, me dijo: «Marido tuerto, y Lázaro por criado, muy trabajoso negocio fuera á no estar tan seguro el partido de su dueño». Él dijo: «Ea, habladora, siempre has de mostrar la buena voluntad que tienes á no perder ocasión, y entrándose á donde iba me dijo: «Buena mujer me ha dado Dios»; y dijo bien, que él muy buena se la dió, pero ella muy mala se había hecho. Al fin, señor, que yo entendí aquel día en las cosas domésticas, y el siguiente en las de la Iglesia; puse recaudo para dezir Misa, almorzé media dozena de vezes, y á las diez subimos al coro para oficiar la Misa mayor. Empezaron el introito mi amo y otros dos clérigos, y yo me apercibí para entonar el órgano, como antes se me había ordenado: tocó mi amo de suerte que pudiera desazonar á un viudo: véase si era el tañido como quiera; porque el que disguta quien he dicho, excelentemente sabe el como, Acabó con la tecla y fué al facistol, y yo tras él donde no pude sufrir dejar de cantar, y satisfaciéndome en mi deseo, gateé por un *quirie* arriba: considérese cual cantaban ellos, pues no conocieron como cantaba yo; pues fuera de no saber de canto más que tirarle, parecía cuando cantaba tener la boca de ochavos, pero entonaba muy bien el órgano, y no más. Al alzar cantó mi amo, á ello acostumbrado, como puntual sacristán; porque se podía tomar á ello con el más estirado del oficio, no en hacerlo mejor, sino en porfiar más.

Acabado ésto dí vuelta á casa, una hora antes que mi amo, donde hallé á la huéspeda, la cara hinchada, y con muchos cardenales, y el brazo en una banda, miréla ala-

zarilladamente y, como la lengua me dijese que había rodado las escaleras, y yo desde que la ví me entendiese mejor con los ojos, les dije: «Ojos decídmelo vos. Mojicones han sido, me parece», respondieron ellos. Partí á hacer sabedor á mi amo de la caida de mi señora la sacristana, y ya no estaba en la Iglesia, porque como era costumbre se venía por la plaza, de donde traía alguna fruta, ó lo que al tiempo era anejo; de manera que cuando volví le hallé en ella, y metiéndole en un abujero, sobre que era tan desgraciada, y tan sin ventura que había de ser ama y criada; pues por haber subido á la cocina que estaba en alto cayó á la bajada en uno de tantos hoyos como tenía, y rodó desde el primero hasta el postrero escalón. «¡Qué no pueda yo con este hombre, repetía muchas veces, me mude desta casa, donde siquiera tenga una vecina con quien conversar y á quién volver los ojos, ó si no, hombre del diablo, ved si he tenido quien me vaya á llamar el barbero para sangrarme! Él estaba temblando, y tan cortado, que tenía más hundido el ojo con vista, que el que estaba sin ella. Fué á llamarle, y asomándose á la ventana le dijo, que trajese el que tenía la tienda al cabo de su misma calle: él fué á ello, mas no quiso venir, y volviendo á decirlo á casa, dió en que no se había de sangrar con otro; y desde aquí le aplazo á vuesa merced para un cuento, á mi parecer agudo, y pasa de la manera que diré.

La sacristana, mi señora, tenía perdida toda la mala querencia al Barbero, el cual como la sintiese enferma de la voluntad, hallándola sola la derramó los celos por el rostro y cuerpo, en cantidad de mojicones, aprovechán-

dose después de la pretina con que la desconcertó un brazo, y acardenaló todo el cuerpo, jurando una y otra vez de no volver para siempre á su amistad, y que dello daba por testigo al tiempo, de que ella estaba harto más sentida que de los golpes recibidos, y esta era la causa porque quería que fuese él, y no otro, el que la sangrase. Volvió, pues, el marido á persuadirle fuese á sangrar á su mujer, y salió con ello; cuya paga fué quedarse á comer con mis amos, y para este convite nos fuimos los dos á la plaça, de donde se trajo un ave, un conejo, y más fruta, con lo cual todo yo me vine adelante, para que con brevedad se aderezase. Púsose la mesa; comimos todos, y fué regalado de los dos; comióse las pechugas, casi ~~los~~ los lomos del conejo, y muy poquita fruta; pero menudeaba en lo del bienaventurado que partió la capa con el pobre, á más y mejor, de manera que, conforme á lo que mis amos bebían, parecía que echaba él el contrapunto; porque ansí como los que le cantan por uno que dizen los del canto llano, forman siete ó ocho puntos estotros, ansí nuestro barvero por una que bevían ellos, bevía él cuatro.

Acabóse la comida tan tarde que yo huve de ir á tañer á vísperas, y tras mí mi amo á cantarlas, ó por decir, como ello era á llorarlas.

Lo que yo comía en todas las ocasiones era cosa increible, porque á estas horas ya había muchachos aguardándome y, porque les dejase probar la mano en las campanas, me daban lo que podían haver de sus casas. La campanilla cuando salía el Santísimo Sacramento estaba puesta muy cara. Pues ¿qué me pasaba con las viejas? El pau

bendito me pagaban á oro y al mismo precio que las abriese la Iglesia temprano; de manera que ansí como el otro fué Lazarillo de no comer, fuí yo Lazarillo que pude morir ahito.

¿Qué le tengo que decir á vuesa merced? No pasaron ocho días que mi ama no me mandase que fuese á visitar al barvero, satisfecha del caudal que en mi halló, y usando de la prudencia común en mujeres. Trájele á cuestas desde entonces hasta que un día sucedió lo que diré, con lo cual di de mano á la casa del sacristán; porque era grande la desdicha que me seguía en esta materia siempre negociador de agenas holguras. Pasó, pues, desta manera. Mi barbero estuvo algunos días sin ver á mi ama, por la necesidad de llegarse á un lugarcillo no lejos de Guadalaxara; y, como volviese con algunos regalos, y se los llevase casi á la hora que mi amo volvía á casa, por poco diera con ellos, por venir ya á comer, á no verle yo antes y avisarlos. Entróse detrás de la cama con harto miedo, tanto por saber vivía ya con algunas sospechas, cuanto porque no era el más animoso del mundo. Subió mi amo, sentóse en una silla junto á la mesa, poniendo en ella un pañuelo con agraz, en cuyos brazos mi ama puso las manos brindándole para que jugase con ella, y como él lo hiciese le dijo: «¿Más que te tengo de hacer tuerto de esotro ojo?» Cogió bonitamente un grano grueso, y sin que lo viese se le reventó en él de manera que como le tapó luego con la mano quedó á oscuras; y yo cogí mi pusilánime barbero, y di con él en la sala, para que se bajase por las escaleras abajo, que podía muy bien á no ser tan cobarde que, puesto en ella, se volviese detrás de la cama,

de que mi ama y yo quedamos como difuntos; y más cuando me preguntó: «Lázaro ¿quién estaba ahí ahora contigo?» (y aquí entra mi papel.) «Nadie, señor, respondí yo, sino que cuando hay pasión en un ojo, una cosa parecen dos, ó sino dése vuesa merced un pequeño golpe en él, y conocerá esta verdad abriéndole después: íbalo á poner por ejecución, y para que tuviese más efecto se llegó mi ama, y dijo: «Mira, bobo, no te has de dar recio, sino desta manera; y dióle ella que pudiera dejarle á buenas noches, y él se sintió tanto que lo mostró bien con un gran grito. Entonces cogí mi retraído, y le encaminé por las escaleras abajo; y él dijo, que tenía yo mil razones, porque jurára que había salido por la sala un hombre. Yo le respondí: «Es lo que le he dicho á vuesa merced, y ansí nadie se ha de arrojar á hacer juicios temerarios, porque aunque tengan apariencia de verdad puede ser engañarse ó sino, dígame vuesa merced le ruego: El que se echa de pechos sobre una tinaja de agua ¿és el propio que en ella se figura?—Sí es,» respondió él.—«Pues vea como se engaña; porque el que estaba arriba se halló boca abajo, y el de abajo boca arriba: luego no era el propio.—Digo, hijo Lazarillo, que cada día voy descubriendo en tí que debes serlo de buenos padres; porque veo que sabes leer, escribir y contar, algo de latín y, sobre todo, que tienes muy buenos respectos. V. merced me honra, y pone de su casa lo que dice, que en mí no hay nada dello,» respondí. Y cierto que tuvo razón en lo que dijo, por saber yo esas cosillas, de manera que cuando no hay otros testigos, estos son casi fidedignos; porque, ¿qué padre deja de enseñar sus hijos á leer y escribir? Por lo menos acuérdome

ahora que el tiempo que fuí agente de aquel miserable Colegio, de que mi padre fué Rector, no hubo mujer en ellas que no fuese parienta de las mejores casas de España, cuyos padres eran el día de entonces grandes señores, sino que una voluntad, y un engaño después, las trajo etcétera; más probáronlo mal, porque queriéndome regalar con unas valonas, no hubo entre todas ellas quien supiera hacer las vainicas.

CAPITULO VI

Como dió vuelta á Madrid, cuenta lo que en una casa donde asentó le pasaba.

Mi intento, como antes de ahora he dicho, nunca fué vivir de asiento en este ó en otro lugar alguno de los de España; antes dar conmigo en las Indias, donde hombres bajos, vienen de ordinario ricos, aunque vayan sin oficio, porque llevando consigo el poderse aplicar á mercaderes de cosas bajas, nunca se vienen sin dineros, y la razón de detenerme en algunos lugares, era llevar caudal á Sevilla para embarcarme en ella. Y como la patria sea á todos amable tanto, que sabiendo el desterrado que si quebranta el destierro le han de azotar por ello, se pone á trueco de verse en ella en contingencia de que lo que le amenaza le suceda, me volví á Madrid, á donde serví seis meses, sin que mis contrarios supiesen estaba en él, que como es tan grande y hay tanta diversidad de gente, los que viven al barrio de Santo Domingo están con los del de la Puerta de

Toledo, como los que habitan los dos Caramancheles alto y bajo.

Hallé muy buena comodidad con un extranjero casado, cuyo oficio ya he dicho, pues era más valiente por su paciencia que el Cid por sus puños. Su mujer era muy buena moza, de las que se tapan de puntería, y dan una estocada en una bolsa que la pasan de parte á parte; bizarra, y tan larga de talle que yo creí siempre que orinaba por encima del cartón, y su madre era una muy mala vieja. Aquí comí más que en todas las casas juntas que estuve, porque lo enviaban muchos, y porque lo callaba mi amo de suerte que por él y por ello se debió de decir: «quien calló, venció, y vido lo que quiso.» Libre Dios de la procesión de lechuzas las bolsas de todo fiel Christiano. El día que mi señora y otras cuatro amigas salían determinadas á chuparlas en chapines bajos, y la mayor de la mano con la madre de otra de las amigas, allí era ello. En las mangas llevaban ensanchas, y las viejas unas fratiqueras que se andaban al rededor como tornos, y yo y Mariquilla criada de casa de íbamos *á longe,* como dicípulos encubiertos, con unas cestas en los brazos, porque si acaso sus respetos diesen con ellas, no las sacasen por nosotros. No había entre todas quien no tuviese su gracia ó su habilidad. Mi señora la mayor sanaba mancos, pues al que lo fuese de natividad le hacía meter la mano en la bolsa; su hija y las demás amigas excedían á los jugadores de manos, trampa para ellos, porque si el más hábil saca por la boca cincuenta ó cien varas de cinta, ellas por unas bocas como unos piñones, sacaban un jubón, una ropa y una basquiña, que lo mismo era pedirlo, y todo á un tiempo.

Tenían mis amos un niño de siete ú ocho años; tan hijo de padres, que podía disputar unas ferias ó un aguinaldo con el mayor estudiante, y le concluía siempre. Este conocía ya el que era fácil de faldriquera; y, en viniendo-aunque su padre estuviese arriba le decía, no estaba en casa por sacarle algo; que toda la gente della estaba fundada en engaño. Y ansí cuando algún oficial de aquella obra contaba algún lastimoso suceso, se lloraba á cinco voces, y se sentía á ninguna, y si mi amo se hallaba presente llevaba el canto llano. De manera se vivía con el interés, que si pidiendo á alguno de los sobredichos oficiales cosa para su vestir ó comer, ofrecía música ú otros entretenimientos, era reputado por obrero de la torre de Babilonia, y á toda priesa volaba de casa, porque para este género de mirones el marido, que era símbolo de la mansedumbre, era significado por un león, y subía desde la puerta de la calle metiendo mano, y miraba hasta el desván. Si era avisado, buscaba dineros, por saber que por su falta le descartaban, y en teniéndolos volvía, y antes que entrase les daba el arire de que le acompañaban, y no es esto milagro, que los perros querían hacer pedaços al que no daba. Salían á recebirle todos en procesión, y mi sosegado señor, á la postre, echándole los braços al cuello; y metiéndoles los ojos en la bolsa, que ellos no estaban mal con la persona, sino con el defecto della. Si no era cuerdo temía, y por el uno ó el otro camino salían con su intento. Luego se sabía en casa qué había melero en ella, y acudían los mosquitos, que éramos los criados, que los moscones presentes estaban. Empeçaba la oración mi señora la mayor, orador insigne, y dezia:

«Válgasele Dios, ¿qué se ha hecho que nos ha tenido con grandísimo cuidado, y ansí yo vea á esta con remedio que he dicho á mi hierno que le busque, y nos le traiga acá, por que en casa no hay quien no le quiera como si fuera hijo della? Juro á Dios, decía el hierno, que me habráis tenido con notable pesadumbre: por que ni os he hallado en casa, ni el amigo con quien solíades andar me lo ha sabido dezir. Luego se llegaba Mariquilla al oido y le decía que su señora D.ª Francisca, hermana de mi ama, le había mandado fuese á buscarle, porque ya sabía cuán su apasionada era, y ella lo había hecho muchas veces, y le habían respondido que ya no vivía allí. Y por esta orden iban diciendo los demás; con lo cual le quitaban el dinero pidiéndole que con el bocado en la boca volviese á la tarde, y mucho antes ya estaban fuera, y cuando á la mañana las hallaba les contaban las desgracias que desde que salió en aqulla casa habían sucedido, y que no estavan aún para verse á sí mismas; y él cojía las escaleras muy satisfecho de que todo era mentira, por que el avisado sabe que las mujeres sin maestro saben llorar.

Teníamos un eseudero con obligación de acompañar las fiestas, y todos los días la tuvo por no pasar ninguno, que para ellas no la fuese. Este era hombre que no se le caían de las manos los *Concetos* de Ledesma, ni los antojos, ó de las narices, ó de las orejas, y tan insigne qne si acaso entraba alguno sin que él lo supiese se iba por las calles, y por el olfato entraba en su casa, y aunque fuese hombre de cuatro anas de caida se le comía de sopas en víno. Fué zapatero en un tiempo y, según dezían mis amas, estaba perdido por ser demasiado bueno; y, para volver en

sí, ganaba descosiendo lo que mal cosiendo perdió. Era en esta casa el logro de peor condición que todos los que se usan, porque el que más suelto vive en eso gana con cien ducadas otros ciento; mas aquí con un faldellín se ganaban doce. Y si todas las veces no sucedía para que esto se hiziese, porque si es verdad que Ovidio no dió arte á los ricos, como él mismo dijo y se le dió á los pobres. y no hay necesitado que no tome lo que le dan, y á fuerça de habilidades, buen talle y cara con algunas promesas; cosas, que aun á las más interesables, tal vez ciegan, llevan estos lo que otros con muchos dineros. Eran estas damas como los que venden y juegan barquillos, que aunque pierdan una cesta con una mano que acierten, quedan aun mejor que ellos, si quedan con ganancia cuando los otros desquitos.

Sucedió pues que mi amo murió de no orinar, y lo que hay en ello es que él se orinaba, sino que el orinal estaba quebrado. No derramé ni una lágrima, por que pocos días antes, entrando de fuera la estaban probando un vestido á su mujer, y allí el que se le había dado, que era el que tenía á cuestas toda la casa, muy pariente de mi señor por parte de su mujer, y le dijo: «¿Qué le parece á V. merced, señor fulano? no se case si no le dan cincuenta mil ducados; por que este vestido me cueste dos mil reales.» O si no vea vuesa merced si fueran justamente derramadas, por hombre tan infame las cosas todas que en el mortuorio hubo, no contaré por no ser enfadoso: mas no le privaré de las esenciales.Digo, señor, que se hallaron á la cabecera de mi amo las amigas de mi ama, y cantidad de yernos de mi señora la mayor. Estas tenían las caras en

ayunas y las bocas secas de rezar; por que en muerte de marido de amiga es una de las condiciones de la amistad, que no se la han de lavar. Llevóse Dios al callado varón un lunes á las diez de la noche; despojaron las amigas á la viuda de una basquiña y faldellín de seda, que tenía puestos; trájose un manto de anascote y unas tocas para el día siguiente, y para cenar en la presente noche á dos ó tres empanadas por barba: porque ninguno de los que presentes se hallaron se tuviera por buen moro si no enviara, como si el compañero no hubiera enviado. Lo que aquellas mujeres á un tiempo lloraron, comieron y bebieron se creerá en dezirlo dellas. Hízose hora de recojerse, y por que no se quedasen solas sin algún hombre, se quedaron de buena conformidad todos, donde ó con quien, yo no lo sé, porque un pariente de una de aquellas damas, llamadora *(sic)* de la cofradía. Marica y yo nos comimos ciertas resultas que sobraron y luego nos dormimos. Mas sé que ninguno salió fuera. A la mañana fué el entierro, y la representación del papel de la viuda, y la ayuda á todo de las buenas compañeras.

Pasó aquel día y el siguiente vino una de ellas con una llena de ciruelas de Génova y bizcochos, porque tuvo nuevas que mi señora estava con desmayos, y fueran más verdaderas que estaba ahita. Esta puso cada desmayo á ciruela, y en viéndola que se quería trasponer ponía ella la mano en la manga, y sacando una della y diciéndola: «Ea, ea, boba, ¿hemos de tener en que entender?» la entraba una dentro. Ella mostrava sentirlo, mas nunca escupió la ciruela, y siempre el hueso. Esta cuidó entonces de dos cosas: la una de cebar el pichon, y la otra de que se tu-

viese cuenta si venía el dueño de quien no diré. Quedó en quieta posesion, pues siempre lo estuvo, para lo cual preguntaba á Mariquilla si había subido arriba; y era el caso que la tal iba á la açotea en vida de señor á atalayar si venía para avisarle á él si entraba ó nó, y á ella si estaba con otro, para que le escondiese. Respondía entonces la viuda: «Ahí ha estado que poco ha se fué; dóle al diablo, que no estoy para tomar más penas, y ese hombre me pudre. —¡Ah (repetía aconsejándola que no hiciese tantos extremos) que no sabía nadie cuan bueno era mi marido!:» y dezía muy bién que aunque todos entendían que era bueno ninguno llenaba lo que le debía dar.

Pasaron días; fuése hoy aliviando un poquito la viuda, y mañana otro poquito, tanto, que vino á parar en saya grande de gorgorán de Toledo, y debajo los fadellines de de cuando casada. Pasaban en aquella casa cosas, que ni son dignas de escribirse, ni de que se sepan; mas diréle á vuesa merced una que á mi parecer es donosa. Averiguó nuestro dueño cierto peso falso un día que non deviera y, viniendo á casa determinado de echarla toda por la ventana abajo, entró sin hablar palabra y calado el sombrero. Ella que estava no con poco temor le dijo, viendo lo mucho que callaba, si traía alguna indisposición, y él no responder. Ya reventó y la dijo aun no lo que merecía, y que le diese su ropa blanca, que no havía de entrar más en su casa. Ella dijo que estaba presta de lo hazer, con tal que viniese allí primero la amiga que la cebó con ciruelas de Génova, él que ni se había de detener, ni había de venir; ella que se desengañase, que no lo hazía por no perderle, sino porque ya que se fuese quedase con la opi-

nión que con él injustamente había perdído. Al fin, fué por la amiga un criado del ofendido reñidor, la cual, así ella, como la criada Marica y yo sabíamos lo que se havía de dezir. Llegó la amiga sin alcançar la respiración, y diciendo: «¿Qué hay por acá, que se me sale el coraçón del cuerpo?» Contósele lo que pasaba y levantándose la recien venida, y sentándose en la silla que al lado del mesurado estaba, le dijo; «Amigo no sería christiano si no me cree: esta pobrecita tenía algunas cosillas de oro, que ya no ha menester, por que su hábito no las permite; y por que no se quiere volver á casar, y fué á la platería á deshacerse dellas, porque dice, si quiere que se lo diga, querría aliviarle de muchas cosas, que le llega el alma verle gastar en ellas.—Deje eso, amiga, dijo mi ama, y vaya á lo que hace al caso; que yo no estimo la hazienda en comparación de lo que quiero la honra. De allí fuimos en casa de un letrado, grande amigo del que pudre, á pedirle que viniese á ver unos papeles, y junto con eso á darla parecer en el pleito que la han puesto: y á eso estuvo aqui ayer y había estado á esotro, y si no me quiere creer, sal acá, Inés, di aquí lo que ayer hizimos, como si te confesases para dar el alma á Dios.» Dezía lo propio: luego llamaba á Mariquilla, y dezía, como la que se lo habían preguntado, algunas vezes, por que no errase. Tras esta venía yo, y también, «como si te confesases, Lazarillo;» yo ponía las manos jurando que unos frailes descalços no hizieron lo que mi señora y su madre de la que estavá presente hizieron: y yo solo me confesaba bien por que era verdad que los que he dicho no hizieran lo que ellas hizieron. Era cosa muy para provocar á risa oirla

repetir á menudo en el discurso del cuento, *á este mi cozón tan leal.* Luego que yo acabé de firmar se levantó mi ama, y llegándose á él le dijo: «Sepa que soy honrada, señor fulano, sepa que soy honrada; y váyase agora con Dios, y bendito sea él que me ha sacado de tan gran tormento. Ello, ¿no se habia de acabar? Pues mientras más presto mejor para los dos.» Dicho esto se entró en un aposento, y el criado cargó con la ropa. Al bajar le dijo nuestra amiga: «Déjemela acá; llevaréla á mi casa, porque en la suya no digan que ha estado en la de alguna suzia, pues la envía sin lavar; quede para eso en buen hora.» Cogió la ropa ella y á él del braço, que estaba ya como unas martas y diziéndole: «Venga acá, ¿por qué ha de ser tan terrible que todo lo ha de atribuir á mal, convirtiendo la triaca en veneno? Estase estotra desvelando en cómo le dará gusto, y él en cómo se le quitará; mire que no se han de apretar tanto las mujeres de bien: entre allí y desenójela.» Hízolo él; como un buen Juan, y enojóse ella entonces: y todo vino á parar en condenarle en costas por haber mostrado satisfacerse de la recebida información, y era muy más que razonable bellaco. Ahora no se reirá vuesa merced de que un hombre se persuada á que las amigas y gente de casa han de condenar á quien deben amistad, particularmente siendo todos cómplices en el delito, la amiga, digo, que nosotros los criados no teníamos culpa, pues habíamos de hacer lo que se nos mandaba.

Por aquella vez, y aun por otras pasó por lo que se le decía, que ya estaba tan sujeto que le vendían ella y las demás amigas, pero enfadado tanto desto, cuanto de gas-

tar tan largo se concertaron él y los demás pagotes de las otras, y llevándolas á una huerta sola y apartada, de que ellos tenían la llave, ansí á ellas, como á sus madres y á la gente menuda de casa nos desnudaron á todos en carnes y atándolas de dos en dos, muñeca con muñeca, y pie con pie, nos dieron açotes de tres en tres. Yo casi me escapé dellos, porque dixe: «Señores, suplico á vuesas mercedes me oigan.» Nosotros los criados ¿qué culpa tenemos si somos mandados; y debe un buen sirviente en fee de lealtad procurar que con razón ó sin ella vivan los suyos, cuanto mejor, pues es menos hacer lo que se le mandare?. Estas señoras padezcan lo que pecaron, que yo, es Dios buen testigo, que soy virgen, y según veo á vuesas mercedes de enojados espero ser mártir; y vosotras madres, que aunque en carnes, no estais como las vuéstras os parieron, porque entonces era con un sólo pecado en que vosotras no consentistes, y ahora estais con muchos en que de voluntad habeis venido, no cae aquí bien os prometo la trova, que dice:

Digades aleves Condes.
¿Qué fallastes en mis hijas?

Lo cual dije cantado. Consoléme mucho verlos reir, porque me pareció que me libraría de la nube de açotes que me amenazaba. Fué ansí, porque diciendo uno de ellos: «Pésame que á este hayamos dado ningún açote, porque además de tener razón en lo que alega, le quiero para mi criado,» lo cual no acepté, y no era de las peores comodidades del mundo por ser hombre ocupado en papeles de la contaduría, cuyo menester es antídoto para la necesidad. Porque ansí como los enfermos cobran la salud

con el agua de aquella planta en que Dios habló con Moysen, más por necesitar della, que por este milagro, ansí viene á ser esa ocupación agua de çarça contra la mala ventura.

Desatáronnos á mí y á la dicha Marica, que conmigo lo estaba, la cual, ansí ella, como las demás criadas, grandes y pequeñas, tenían mejores caras que sus amas; porque siempre en semejantes pupilajes es común esto, de donde suelen para quedarse dentro. Y importa más una dellas en una casa que un despensero, porque él va á buscar lo que muchas veces no halla, mas ellas en tiempo de falta de pan, carne ó otro mantenimiento tienen media docena de primos bodegoneros, cocineros, despenseros y otro género de gente que se lo traen á casa. No me pasó por el pensamiento estar con quien me ofrecía la suya, ni con ellas, ni en Madrid, y mirándolas dije: «Este pago merece quien sirve á....., y, volviendo á ellas, dije: La boca tengo llena de pees. Échalas, me aconsejó uno, que te ahogarás.» Yo lo hice y, como la tengo tan grande, hubo pees para todas y para las que de ellas fueren y serán.

Azotáronlas cruelísimamente, y es tal la ira de la mujer que con verse en aquel estado, ninguna blandeó, antes les dijeron tantas bellaquerías que, cuando yo no las hubiera conocido, viniera por oirlas en quien eran. Merendaron muy bien ellos, y miráronlo ellas hechas un infierno de cólera; y, acabada la fiesta, les tomaron los vestidos y joyas, y las dejaron de aquella manera, y se fueron ellos á sus posadas, y yo desde allí camino de Sigüenza, de donde salí á otro día, de como llegué por hallar la comodidad, que vuesa merced verá.

CAPÍTULO VII

Como se acomodó con un santero: cuenta sn vida y costumbres.

PARECE ser que cierto santero ó ermitaño, que habitaba una ermita doce leguas de allí, vino á un negocio que ya tenía concluido y se volvía de mala gana sin un mozo que le aliviase de muchas cosas á que no podía acudir, y que le importaban dineros, si á quien encomendarlas hallase.

Vióme junto al Carmen y echóme cuatro ojos, y yo á él dos, porque no tenía entonces más antojos que de salir de con aquellas mujeres de quien venía huyendo. Llegóse á mí y díjome: «Paréceme que nos hemos mirado los dos tiernamente, y que no nos hallaríamos mal si nos conviniésemos en habitar una misma posada. Ansí es, respondí yo, á no impedirlo no tener voluntad de ser ermitaño.» Él me asió del brazo y riéndose me dijo: «Este hábito, hijo, aunque no es de seglar, puedo cada y cuando que quisiere dejarle, porque yo tengo á mi cargo una hermita de que no sólo soy señor, mas aún de todos los lu-

gares circunvecinos á ella; y tanto es verdad, que el tiempo que estoy ausente de mi reinillo, si conforme á como en él me va he de hablar, está la gente que digo desconsolada, ansí que te podrás venir conmigo, donde puesto otro hábito como este que yo traigo, si te hallares bien te quedarás, y si no yo te prometo desde ahora para entonces ayudarte en cualquier cosa que intentares, como si lo hicieses.

Vine en lo que me pedía, y salióme tan bien que hoy lo echo menos. Compróme sayal para hacerle, y acabado, nos fuimos en nombre de Dios á dar principio á la mejor vida que después acá tuve, y aquí tuvo fin el diminutivo de mi nombre. Partimos, y por el camino me dijo en lo que había de entender, y las horas que había de ocupar en ello, y las que había de descansar; porque, como él me dijo entonces: «¿De qué momento son las prosperidades si no hay tiempo para gozarlas, si ya no es que los favorecidos de la fortuna, en las mismas ocupaciones le gozan?» Como que me llama mi amo, cuando he de comer, pues gozo en esa inquietud el favor de que sea á tal hora, porque soy yo el electo para privar, y no otro; que no duermo, que es el día un soplo para mí, porque todo le he de ocupar en mi dueño, pues gozo en eso lo que valgo, si por ello me han menester muchos. Ansí que dejando lo moral aparte, digo que mi buena suerte me encaminó á este hombre, ó á esta piedra imán, que con tan dulce beneplácito de los atraídos se llevaba á una regalos, dineros y voluntades; y pasa de la manera que diré.

Él tenía devociones para las casadas que deseaban hijos: oraciones para diversas cosas; remedios para mil enferme-

dades, y, algunas veces, hacía algo por acabarse el humor ó porque la que no paría hizo menos remedios para parir, y se le atribuía á él el efecto. Fuera de que todo lo que daba era santo y bueno, concertaba los mal casados y era casamentero.

Mi ocupación cotidiana era ir á los lugares con un pollinejo á recoger huevos, pan, carne, pescado, hornazos de aceite, y todo lo que podía traer, no difícil de ser creido si he dicho que eran suyas las voluntades. Y como fuese ansí que nos sobrase tanto, regalábamos á otras personas pobres de otros lugares, con lo cual traíamos de los ricos más que lo que dábamos, y esto se vendía.

Lo que los dos comimos, es vergüenza referillo, porque como mi buen compañero supiese de cocina teníamos los más días sopa, y muchos dellos dorada, y un pedazo de buen tocino, perdices ó ganso relleno, que también era hijo de casa, y lo hacía él por excelencia, y tal vez algún guisadillo con ello, y la olla con la fruta, según el tiempo, de que comía poco. A la noche poníamos al fuego un asador tan corto de talle, que apenas había por dónde le tomar para darle vueltas, ó un gran pedazo de carnero, de que solía hacer un jigote, y con todo ésto, prometo á vuesa merced que era buen hombre, cosa que á mí me causaba no poca admiración, porque un cuerpo tan bien comido y mejor bebido, como luego diré, suele ser travieso. Ahora, pues, cenábamos los dos solos, y bebíamos como si estuviéramos acompañados; de lo caro era lo de las cenas, porque decía que á tales horas había de ser lo mejor, pues faltaba el sol en ellas, y á medio día otro, si no tan bueno, poco menos. Los segundos postres eran decir luego cosas

que hicieran reir á un hombre que no tiene dineros: mire vuesa merced qué graciosas eran, es verdad cierto que el día de hoy estoy sentido de las noches que me dormí, pues por el sueño dejé de gozar lo que he dicho. Acuérdome que una noche que me piqué de reir y estuve en vela, dió en que había de salir á recibir á una su hermana, que yo nunca supe que la tuviese, para lo cual abrió la puerta; y, como diese la luna cerca della, dijo que venía el río crecido, y se descalzó para para pasalle, encomendándose á Santiago; y no le había dos leguas de allí, mas tal creciente llevaba él consigo que le hizo parecer río lo que era luna, y tan caudaloso que le forzó á desnudar y echarse á nado. Y salí tras él, y también me descalcé, y desnudara á no mudar de intento, porque era verano, y dentro de breve tiempo lo había de hacer.Entramos en casa, y cuando pensé que estaba en declinación la enfermedad, vi que aún no había llegado al aumento, y dice que su hermana es una gran señora, y que la ha de poner la casa como á tal, y el primer oficio que había de señalar en ella había de tener nombre de inconvenientes; que este fuese á la mano, ó advirtiese que no se diesen á uno las cosas que pertenecían á otro, y para ello dices causas, porque era terrible cosa premiar quizá á alguno inmérito sin saber quién era este tal.

Era tanta mi risa que no le pude preguntar nada, porque mirar un hombre con una barba muy larga, largo también el cabello, con antojos y en carnes, ¿á quien no provocara á la que he dicho? Yo me privé por mi mano de aquel buen rato, porque echándole agua fría en el rostro y cuerpo volvió en su acuerdo, y si entonces se detuvo

más que otras veces, fué porque no despojó el estómugo, como solía, con lo cual se libraba del daño que aquella noche no.

Otras veces quedaba devoto; estábase mi elevado, como el que dormita, que está tan despierto como dormido, y entonces decía sentencias; v como fuese aquel día uno de las tales noches, me dijo: «Lázaro: estoy discurriendo entre mí en cuán grande es la providencia de Dios y cuán grande la malicia de los hombres. Al paso que se acuerda de nosotros, cría para su servicio tanta diversidad de cosas; y porque los pobres no pueden comprar perdices. críales vaca; porque un pedazo de la pierna della tiene tan buen sabor como una perdiz, pues llega el rico gloton, á quien sobran los regalos que al pobre faltan, y dice: Regalo es un pedazo de vaca, de la pierna, pues enviemos por ella; va el criado, y porque es para él, dánselo, y quedan las faldas y las costillas para el pobre. No me parece mal el discurso, dije.—Ansí Lázaro; pues mira hijo que estés muy bien con los borricos, no los trates mal!—Y ¿por qué, señor?, respondí yo.—Porque si faltaran en el mundo, tú y yo y otros pobres habíamos de hacer lo que ellos hacen; ó sino mira si habiéndolos, por ser más suave que su andar llevan dos pobres en una silla á un rico. — Mucha razón tenéis,» decía entonces, viendo cuán bien probaba su intención. Luego que esto había pasado, quedaba tan vivo en todas sus acciones que se podía dar mucho interés por su compañía; porque de ella, como he dicho, se medraba saber y comer, y cómo se había de ganar para en adelante; y yo medré eso y esotro y latín que muy bien me enseñó. Y porque conozca vuesa merced cuán buen gusto

tenía le quiero presentar un plato regalado de una premática que una noche hizo; y yo, como tan aficionado á su ingenio, escribí y guardé, ofreciéndole otro para en adelante, volviendo después dellos á seguir lo empezado.

PREMÁTICA.

Que ninguna persona de cualquier estado ó condición sea tenida por cuerda si dijere hará con cólera cualquier disparate, y que sin ella es como un cordero.

Que cualquier persona de alta ó baja calidad pueda, mientras no hallare enmienda en ellos, reñir los descuidos domésticos, sin ser tenido por de mala condición; mas que si corregidos los repitiere algunas veces, que sea desde luego condenado á que no es bien entendido, á que curse por una semana el lado de un hablador, y que beba toda ella caliente.

Que sea tenida por necia toda persona que pudiendo consolar al necesitado con obras le consolare con palabras.

Que el que llegare á dar consejo á otro, mientras no se le pidiere, le haya de dar primero cierta cantidad de dinero, conforme á la calidad de la persona á quien se da, y donde no pueda querellar dél.

Que ninguna persona no se atreva á decir no se ha de llorar lo que no tiene remedio, pues para ello sólo son las lágrimas.

Que ningún hombre se atreva á salir de casa con ojos azules.

Que el que los tuviere, y junto con ello fuere blanco y

rubio, anduviere menudito y hablare con afecto, no pueda traer daga ni espada, sino muchas cadenillas, un cabestrillo y banda, y que pueda decir tengo jaqueca y enconado el vientre.

Item; que si sintiere cuchilladas en la calle se pueda abrazar de su mujer y decir: «Amiga, aquellos están borrachos.»

Item más; que pueda decir: «voy á hacer aguas», y las haga como las mujeres se ponen para ello, y responder enojado: «por vida de mi madre que le tire un canto», y es nuestra voluntad que puedan ser devotos de monjas.

Item; mandamos, que si el susodicho de los ojos celestes fuere moreno que se meta á diablo.

Que no sea tenido por galán el que no tuviere buenos pies y piernas.

Que atento que hay muchos hombres que olvidados del oficio y opinión de sus antepasados, viven soberbios, haya otros que de cuando en cuando se lo acuerden.

Que el que tuviere espesura de barba y cantare falsetes, se vaya á la cárcel, y se meta en la capilla.

Que ninguna persona de alta ó baja calidad sea osada decir que ha hecho más en haber pedido que que otro en haberle dado.

Que los letrados mozos hagan algunas cositas de sus manos, de que coman.

Que los rocines de los caballeros de primeras tonsuras no puedan tener más de tres varas de largo, y dos y media de altó.

Que no haya bobos.

Que todo comisonario sea chiquito, cariredondo, alto de cintura, tenga los ojos pequeños y los pies anchos.

Que ninguna persona se atreva á ponerse montera y ropa mientras no fuera gangoso ó maestro de escuela.

Que el psalmo de *Benedictus*, que se acostumbra á decir al echar en la sepultura al difunto, si fuere hembra, le diga el viudo con gran devoción, puestas las manos como el que ha recibido tan gran beneficio.

Que nadie diga que no se ha de reñir por mujeres ni por comer.

Que los graciosos puedan emborracharse sin que se les tenga á mal, pues también es del oficio, y se hacen por ese camino calientes, siendo ellos fríos.

Que todo músico de cítara no pueda comer más que fideos y almendradas, y que se vista de oropel.

Que todo casamentero que quisiere disponer de su persona, se entienda haya de ser con comadre, porque frisa lo uno con lo otro.

Que haya diputados que recojan los escribanos y los lleven al sermón.

Item; que no puedan jurar más de «ansí Dios me saque de pecado».

Tocante á las mujeres, mandamos que no sea tenida por dama, aunque se quiebre por la cintura; la que bebiere vino, salvo hipocrás y cocido, porque entonces es golosina y no costumbre.

Item; que traigan en lugar de chapines, pantuflos ó zapatos de cuatro suelas, que no puedan traer cartón, ni decirse *don*, ni largo el talle, ni jugar con barros, ni estar opiladas, ni tener horadadas las orejas, ni traer puños gran-

des; y mandamos que en la ocasión que se ofreciere digan: «no quitando lo presente».

Que atento que estamos informados que á las discretas graduadas por los sermones de antes que amaneza no se les guardan sus preeminencias, mandamos se les guarden, so graves penas.

Item; que presidan en las conversaciones, guardándose la antigüedad las unas á las otras.

Item más; que traduzgan y hagan libros; á las cuales concedemos por el continuo estudio beban un poquito de vino aguado.

Que si las susodichas se cartearen, con Sultán Solimán, no puedan entrar en licencia de Doctoras, porque eso se ha de quedar para cuitadotas.

Que se permitan las terceras, pues se evitan de mayores daños.

Que toda dueña haya de usar debajo del mongil caiza entera, y traer botas.

Que ninguna mujer pueda decir parió de trece años, y se le cayeron los dientes del primer parto.

Que si el marido riñere por el mal gobierno de casa, no pueda responder la mujer: «soy honrada», pues en ello se encierra lo uno y lo otro, y no se casó para lo contrario.

Que solas que pasaren de cuarenta años puedan jurar «por el siglo de mis padres», y decir «tomo, y vengo, y qué hago».

Item; que empiecen la carta diciendo: «la de vuesa merced recibí».

Que toda mujer con extremo roma bese con trompeta por el defecto de sus narices.

Iten más; que si fuere con esto boquihundida haya de dar un real y un cuartillo á quien la mirare.

Que ninguna mujer viva hasta más de treinta años, y si fuere casada solos veinte, aunque se haya casado seis días antes del cumplimiento dellos.

Que la mujer que probare no haber abierto su boca para dar tan gran pesadumbre como es pedir, ni su criada por ella, viva, si no fuere casada los treinta años y veinte días más, y si lo fuere, veinte años y veinticuatro días sobre ellos.

Que toda mujer limitada de carne sea tenida por vaso penado.

Que las busconas se contenten con lo que se les diere, pues vienen ellas á rogar.

Que las monjas estafen cuanto pudieren.»

Quién duda sino que habrá vuesa merced reparado en que quiere decir que no haya bobos, pues hágole saber que no ganara las albricias, porque trasladándola yo hice lo propio, y preguntándoselo al dueño me dió esta respuesta: «Has de saber, hijo Lázaro, que no valiendo cuanto traen á cuestas muchos hombres años ha seis reales, ni lo que al presente traen los vale, nos cuentan grandes cosas de importancia, todo lo cual quieren sea ansí, con la débil capa de un *don*, y á este paso otros en otras materias, los cuales son bobos, ó nos tienen por bobos;» y parecióme había respondido bien.

CAPÍTULO VIII

Cómo fueron los dos á ver un auto á Toledo; cómo salió su madre en él, por cuya causa se partieron para Madrid, y lo que en él les sucedió.

Estando las cosas en el estado que á V. merced he dicho, sucedió que hubiese un auto en Toledo, y como nos hallásemos en todas las holguras, que en los lugares, que hasta diez ó doce leguas de distancia hubiese, fuimos á él. Llegó el día del auto, y puestos en la calle mirándolo con gran atención, y yo en particular, como cosa que deseaba y no habia visto en mi vida, oigo una voz que parecía salir debajo de tierra, y que me dice: «Hijo mío.» Alcé los ojos, y conocí á mi putativa madre, que la llevavan en él para azotarla, después de leídas las sentencias, como es costumbre, por haber reincidido en la hechicería y otras cosas.

Luego que me vió dijo á los Familiares, que á sus lados iban, que me dejasen llegar á ella; abrazóme y sacando de los pechos un papel me dijo que rezase aquella oración cada día, porque ella se había librado por ello de muchos

males y peligros, pues no esperaba verme ya más en su vida. Yo la respondí: «Por cierto, madre, á vos se os ha lucido bien poco, ¿no os decía yo que las habas no eran buenas más que para hacer dellas cazuelas?» Abrazóme segunda vez, y como me doliese haberme llamado hijo, la dije volviese por mi honra, pues sabía que no lo era. Ella entonces dijo cómo me había criado de la piedra, y por eso me llamaba hijo, con lo cual y muchas lágrimas nos apartaron, y camino adelante, quedando yo consolado de lo que me había sucedído con la declaración hecha, y mi compañero con gran gusto, porque en la perdida color conocí su sentimiento. El cual me quería tanto, que aunque vió á lo concebido el desengaño me dijo, que habíamos de ir á Madrid, donde se haría información de la verdad para en adelante, que no dañaría llevármela conmigo donde quiera que fuese, particularmente habiéndome llamado hijo la que iba penitenciada por el santo oficio, y habiéndolo oido tanda gente, que era fácil á alguno dellos destruirme en algún tiempo.

Fuimos, pues, á Madrid, donde nos sucedió lo que vuesa merced contaré, no dificultoso de ser creido porque, como hay tanta diversidad de gente, no es milagro que mucha parte della sea de depravadas costumbres; y pasa desta manera.

Aposentámonos en una casa de posadas, donde la huéspeda hizo de suerte que no nos saliese de balde, y pagámosla tan bien como esto; porque era de las que el diablo empeñó á medio andar. En los años flaquilla, afeitada, unos ojuelos dormidos, y despierta ella en todas sus acciones, y tenía para decirlo de una vez, arrendado el me-

són, y antes había sido ventera, y al presente lo era en el trato. Tenía además de esto una niña de hasta diez y seis años, en todo única heredera de su madre, no fea, ni desaliñada; y como mi compañero trajese debajo del saco sayal una cadena que llamábamos la Luz, que pesaba doscientos escudos, y la huéspeda se entrase á departir con él las más noches y se la viese, estudió cómo quitársela. Salió con ello la bendita mesonera, que nos trató como á moros, circuncidándonos la carne que la dábamos, que nos cociese y guisase. Y fue este el modo, como ella estaba amigada con un alguacil, por cuya causa tenía fáciles las salidas, á cantidad de maldades, y concertaron entre los dos que una noche se quedase la hija con él á solas, y que hiciese lo que como la que lo era de su madre sabría, y que entrase después el alguacil y un escribano, como fué, el cual los halló á escuras y sentados sobre una cama, traza de la mozuela, porque como él lo estuviese sin saber que entraba se sentó en ella. No fué menester más para que él hubiese sido en lo que se puede entender el malhechor, recibiéronla á ella su declaración, y dijo, que desde que aquel hombre entró en su casa la había solicitado y perseguido, y que ella siempre huyó dél, y que aquella noche yéndose á costar la llamó para que le trajese un poco de agua, y que llevándosela cerró la puerta y la forzó, y que ella no pudo dar gritos, por haberla tapado la boca; lo cual decía con tantas lágrimas como si fuera verdad; y no había hecho la madre más que salir del aposento y entrar el alguacil, en cuyo tiempo se acostó para salir mejor con su intento. Con este dicho asió un corchete de mi compañero para llevarle á la cárcel, el cual no se defendió, ni dijo nada contra

ello, porque como tan entendido sabía que ellos sentían lo contrario, y que aunque mucho hablase no habia de servir de nada.

Llevábanme mi buen amigo, á quien por hacerme bien sucedió lo presente, y á mí el alma; mas lo uno y lo otro volvió; la cadena á él, á su aposento y á mi cuerpo lo que he dicho. El cómo fué, ellos se lo saben, y V. merced lo sabrá después como los que otras veces lo debieron de hacer, que á mí no me permitieron que estuviese presente.

De manera que nos hizo de daño por entonces la venida á Madrid, doscientos escudos de oro de la cadena y doscientos reales para el alguacil y el escribano, con ocho reales más para el corchete. La prudencia con que él llevó este infortunio, y la pesadumbre mía corrían parejas, y tanto, que di en que la cadena había de volver á su tronco, para lo cual hice tres cosas. La una, que no nos fuésemos tan presto, ni mudásemos posada: y la otra hacerme muy familiar con hija y madre, y hacer me hiciesen otra de alquimia, como el que tan bien sabría informar el tamaño della; porque algunas veces se la dejaba su señora madre. Hízose ansí, y un día de fiesta que la niña, arcaduz por donde vino la joya, se vistió el terno rico, fué ella el principal adorno, y como en el portal la viese me llegué á ella y la dije: «¡Oh, que linda estás!; ¿qué parecería yo con esta cadena sobre el hábito?—Póntela, veamos» dijo ella: echómela al cuello, y yo empecé á pavonearme y hacer como los caballos briosos al salir de casa, con cuya carrera me entré en la caballeriza, donde en un instante que volví á salir traía ya en la manga la fina, y al cuello la falsa, porque no era razón que habiéndosela sacado ellos á mi com-

pañero teniéndola él en su poder no la sacase del suyo teniéndola yo en el mío. «Daca mi cadena, hermano, que harto te has holgado con ella,» me dijo; y yo me la quité, y echándosela al cuello la dije, fiue no tan sólo aquella la quisiera volver, mas junto con ella otra de diamantes, tal salud la venga como yo dije verdad.

Luego fuí al aposento y dije á mi hermano que aquella noche no habíamos de dormir en Madrid: hizo lo que yo quise, y por el camino me fué contando el caso, y como apenas se hubo salido del aposento la madre y entrado la hija, cuando sin tener el lugar de tomarla la mano (aunque tuviera intento de ello) les echó la justicia á cuestas. «Y ¿cómo os sacaron la cadena?—Bajó, llevándome á la cárcel el vecino que vivía sobre nuestro aposento, y habló con ellos aparte, y díjoles, que qué parecería en la calle un pleito como aquel, particularmente en un hombre de mi hábito.—Y aun eso hace mayor el delito, decía la madre.—Calle, señora, respondió á esto el honrado concertador, que es mujer, y no tiene prudencia; ¡vive Dios que no venga nadie á posar á su casa! ¿qué quiere ahora? Y todo esto lo oía yo muy bien, aunque estaba aparte, porque ellos me pusieron para ese efecto donde me fuese fácil.

Llegóse el algibista vecino, que concertaba lo que yo no desconcerté, ni por el pensamiento me pasó, y díjome cuánto me importaba no parecer en la cárcel por mi hábito y reputación, y porque los jueces tomarian muy mal el negocio, y podría ser, además de costarme muchos ducados que me desterrasen por ocho ó diez años, si ya no era que me hacían casar con ella, que su parecer era

que la diese algo para ayuda á su dote, y que á él no le movía más que serme aficionado, y quererme librar del mal que me amenazaba. Decía verdad en todo lo demás, si mentira en que era mi amigo; porque la cama estaba tan bien mullida, que sin mucha gana se podría dormir en ella, y cualquier juez me condenara, aunque no tuviera mucha voluntad á ello. Por cuya causa, después de dadas gracias por la recibida merced, le pregunté qué sería bueno darla, sin decille no tenía parte en el pecado que me imputaban porque lo sabían ellos mejor que yo, y era gastar tiempo en balde, que eran mesonera y hija, vecino concertador, alguacil y escribano, unos grandes ladrones. Díjome que una cadenilla que me había visto al cuello, le parecía estar bien: yo me la quité sin replicar y se la dí, y á Dios mil gracias en verme libre de sus manos. Ansí hijo Lázaro que de aquí podrás conocer los engaños del mundo y abrir bien el ojo para en adelante.» Yo le dije: «Pues ¿es posible que á un hombre tan sabio le sucediese tal, y que no hallásedes modo con que desvanecer su traza?—No, hijo, me respondió él; porque á las asechanzas no se extiende la prudencia, ni la hay tan grande como atajar males, en que por fuerza se pierde en que se sepan; porque cuando fuera delante del juez, que pudiera decir que deshiciera lo escrito, ni que dijera tan bueno como no decirlo allí, que es lo más cierto no acertar y cortarse el que más alcanza, que aquellos señores engendran miedo, y háyase cometido ó no el delito.

Acuérdome que visitándose en la cárcel de Corte una moza de servicio, porque habían faltado de en casa de su amo unos platillos de plata, dijeron: «Esta lo ha hecho,

mirad cómo se ha puesto colorada.» Respondió ella: «No por esto entienda V. S. que soy la agresora del delito, que delante vuesas señorías, no la color, más aun los dientes se deben mudar.» Dijo bien: y siente mal el que dice que no come la cárcel, pues come ella la honra, y los menores ministros la hacienda.—Por cierto, señor, que cuando vos entráredes en ella, que importaba poco que viendo vuestro buen talle y persona, no se había de presumir que hariades cosa tan sin acuerdo, y os echaran por la puerta afuera.—Hijo Lázaro, en cuanto á que en viéndome se presumiera lo contrario, digo que eso agravaría más mi delito. Y no es considerable que un hombre de mis partes y edad no haría cosa que no debíese; que ya yo he conocido vivir en un cuerpo viejo vicios muy mozos que pretenden encubrir con la autoridad y años que tú dices, y no me echarán por la puerta afuera con información tan bastante para castigarme. Al fin, Lázaro, yo estoy muy contento, y ellas muy pagadas. Respondí: «Y eso había de ser cuando vos hubiérades llevado algo, que entonces siquiera pagárades con oro fino cosa falsa, pues es cierto, que en aquel puesto, como lo imaginó sería. Digo otra vez que estoy ganado con esta pérdida, y alegre por la razón que tú estás disgustado, que carecer de culpa es muy gran consuelo. Ahora señor, le dije, ¿conoceríades vuestra cadena? Como el que la ha criado tanto tiempo á sus pechos», dijo él. «Pues vez si es ésta», y enseñésela. Tomóla y mirándola, me dijo: «¿Qué es ésto, Lázaro?—Una cadena.—Pues ¿cómo la tienes tú, habiéndosela yo dado á las otras? No teniéndola ellas hasme concluido.» Entonces le hice sabidor de lo que á vuesa merced he contado. Estimó mucho

el cuidado y diligencia, y díjome que nunca á él le engañaba el ojo; porque halló verdad lo que en el rostro me había leído. Yo me mostré obligado, prometiendo serle fiel amigo por todo el tiempo de mi vida, y que para ayuda de costa del camino me contase quién eran sus padres, dónde nació y qué infortunios habían traído á hombre de sus partes al estado presente. El me respondió: «Lázaro, yo te quiero como á hijo, y para que, en efecto, veas, ansí en lo que me acabas de pedir como en lo que hasta aquí he hecho, cuanta verdad sea, quiero darte gusto en ello, aunque en el discurso las lágrimas verifiquen la verdad de lo que te cuento, que nunca en hombres fueron mentira, ansí como en ningún tiempo verdad en mujeres.»

CAPÍTULO IX

En el que el ermitaño cuenta quiénes y qué causas le trajeron á aquel estado.

Yo, hijo Lázaro, nací en Barcelona, ciudad antigua y noble, ansí por sus muchos y soberbios edificios, cuanto por los hijos que, tanto en letras y armas la han ilustrado. A ésta hermosea la bella playa, de quien, aunque tan muchacho, tantas veces habrás oido hablar, en donde de ordinario se ven castillos de diversos colores, cuya marina es apacible sitio para las pocas tardes de invierno, y agradable paseo para las de verano, donde cuando el sol se esconde, diversidad de coches muestran muchos por uno que, por entonces, se encubre. Allí, Lázaro, verás tantos Narcisos á caballo, discretos y corteses con las damas, diestros y entendidos en las demás acciones. El gobierno que en esta insigne Ciudad siempre haya habido, se conocerá por la tranquilidad de que sus moradores han gozado, á que ha sido compañera una recta justicia, causa principal de la tranquilidad que he dicho.

De sus fiestas no hablaré con encarecimiento, pues ansí las humanas como divinas, se han ensalzado con decir que se celebraron en Barcelona, á donde en particular, los días de Nuestra Señora, *Corpus Christi* y Jueves Santo, devotamente se arden de noche las calles, de día los templos, y con tanto exceso, que para que pueda entrar la gente sacan los blandones fuera. De sus fiestas te diré, ó no te diré nada. ¿Nunca oiste decir las Carnestolendas de Barcelona? Mas, porque sepas dellas algo, digo que desde Navidad empiezan: allí los caballeros muestran que son tan hábiles para las burlas cuanto determínados para las veras. Salen los que te he dicho, y la demás gente ordinaria que dello gusta, de máscara con diversidad de invenciones. Cuál saca tres ó cuatro carros, que parecen los del Sol, con diferentes músicas y graciosas apariencias; cuál á caballo vestido de moro, con costosas y nunca vistas invenciones, tirano de las voluntades que le miran; cuál vestido de viejo, reprimiendo los bríos de mozo, acompaña cuatro ó seis damas, y á cada una dellas cuarenta corazones. Estas van más de ordinario en coche, y sin más invención que una máscara margenada del mismo rostro, pero muy bizarras. Otras veces van á pie, y entonces se goza mejor de su mucho entendimiento, porque llegándose á ellas se les puede decir lo que cada uno gustare, como sea honesto, á que ellas responden con agudeza. A la noche hay sarao en diversas partes, los señores en la casa de uno dellos, los que no lo son en otra de otro, y desta manera por los demás días de la semana, porque allí, Lázaro, cada uno es estimado por lo que es, y en diciéndose *don* es señor, y en ésto no hay que poner duda.

Puestos, pues, en la sala, viene una copia de menestriles y otros instrumentos, y todos juntos empiezan el sarao, danzando después dos ó cuatro solos, galán y dama. Allí verás la primavera reducida á pequeño sitio, ó para decirlo como ello es, creo que cuando la gozamos vistosa, ha sacado de allí la muestra, ó que es aquella su una recámara. Las invenciones de los tocados, la cantidad de diamantes y otras joyas, con ser tanto y tan rico, no llega á la excelencia del arte con que está puesto. Danzan ellos con gravedad y buen aire, y ellas con tal gracia y bizarría que parece que el arte y natural pusieron allí el non plus ultra. Acábase el sarao y empiezan los cuidados de los amantes hasta que el importuno día les traiga con su vacante el alivio de sus penalidades: allí es procurador en su causa propia el que honestamente y para buen fin pretende; cuál desesperado maldice su poca suerte, y destas dos causas nace un torneo para el día siguiente. Allí verás diversidad de galas: cuál se viste de verde, cuál de negro, cuál de leonado y cuál de pajizo, conforme al estado en que su pretesión está.

Con la valentía que aquellos caballeros se muestran, te lo daré á entender en decirte que son españoles y enamorados: no parecen burlas, Lázaro, y muchas veces suele venir á veras, porque la sangre española al son del parche se viste de ira, como otras naciones al de la vigüela de mujeriles acciones, sin haber para ello más razón que la valentía que nuestra España reparte á sus hijos. De allí ó de otra noche resulta una justa real; hácenlo tan bien como los que á menudo se ejercitan en ello, y cada año dan cuatro ó seis veces cuenta de lo que en él han estudiado,

y de la ventaja que al pasado hicieron. Hacen otras cincuenta invenciones, con lo cual se hallan en el Domingo de Carnestolendas. Lo que en aquel y en los dos restantes días hay en la ciudad, es imposible contártelo, si no lo ves. Pónense en aquellas calles, á trechos, unos candilones, de manera que se arde toda ella, y por ellas va todo el lugar y seis mil máscaras, y en las más calles bailes diferentes. Acábanse las Carnestolendas con alguna invención gustosa. Empiézase la Cuaresma con la devoción que aquellos tres días se han mostrado alegres y regocijados: los templos suntuosos que en este lugar hay, la cantidad de gente, la riqueza, no he de gastar tiempo en decirte, pues lo oirás á la fama, á quien se debe mayor crédito.

En ésta, pues, nací yo, si no de los más nobles, no de los más populares. Hubo en casa de mis padres alguna hacienda, cuyos nombres, pues, á tí no revelo, me podrás creer, no me está bien decir, sólo que no es su apellido el que al presente tengo, ni el propio, ni apelativo. En aquella ciudad, Lázaro, viví veinte años; ¡quiera Dios que darte gusto en lo que me has pedido no me cueste alguna enfermedad á mí!; y desde los siete quise entonces como niño, y adelante como hombre, ó para decillo bien siempre como hombre, á una señora de mi misma edad,que conmigo igualmente, ansí en años, como en afectos amorosos iba creciendo la igualdad de nuestras voluntades. La posibilidad de nuestras haciendas, la de nuestras calidades era causa que sus padres ni los míos no se disgustasen, que á cualquier hora entrase en su posada, porque los unos y los otros venían en ellas y nos criaban para casarnos.

Su casa estaba más arriba de la mía, y tan pegada, que abierta una puerta que en un tabique hicimos, eran las dos una. Por allí se comunicaban sus padres y los míos, ó nos comunicábamos todos. ¡Qué noches, Lázaro, me quedé vestido hablando con ella por la tronera de la llave, que aunque nunca se me vedó hablarla, ni entrar en su casa, por la razón que he dicho, es en tales pasiones más gustoso el rato que se hurta que el que se concede! ¡Oh cuánto más amable era para mí la obscuridad de la noche que la claridad del día! Ella, con su manto negro, vestía de luz mi enamorado pecho; él, con su desenvoltura, ofendía mis favores. ¡Mal hayan, Lázaro, todos mis cuidados, si no estimé en más sus esperanzas que la mejor posesión del lugar! ¡Oh, qué necio en hablarte más de la persona, sin decirte las partes hermosas de que era dotada: que cuando no las tuviera bastara para mí ser de mi gusto. Fuera de que era hermosa por tener las figuras todas en proporción, y en esta conformidad lo restante del cuerpo; y si la pasión no me ciega no ha acertado naturaleza á hacer otros ójos como los suyos, costosos para mí, si bellos para ella. Negros eran, y tan honestamente traviesos, que el día de hoy me trae inquieto su viveza; el pelo se crió á esta devoción, y el rostro contrario á lo que he dicho. La frente era espaciosa, y no sin acuerdo, que se había de encerrar mucha traición en ella; la nariz tuvo el artífice por bien que por ella no se perdiese lo ganado, porque suele de contíno ser la que quita quilates á la hermosura. La boca pequeña, los labios gruesos y colorados, con dos claveles, que si se hubieran de marchitar cuando la fé faltó á su dueño, gozara poco de buena boca. Los dientes no eran

perlas, que nunca llegaron las de más estimación á serlo de tanta que pudiesen competir con ellos, y para esta parte no sabré (hallar) epiteto, que todo le viene bajo. En la barba tenía un hoyo ó sepultura de libertades; el rostro era aguileño, á quien de su cosecha el pelo enamorado dél cada día adornaba de sortijas. Lavábase con agua; y con unas manos largas, blancas y gordas, á quien ni el calor lisonjeaba ni el yelo ofendía.

A esta serví trece años, sin los siete que como niños nos gorjeábamos, como los que están ya cerca de hablar, y recíprocamente me amó los mismos. Catorce sirvió Jacob, y llevó á Lía y á Raquel, si la una á su disgusto, la otra á todo su querer; mas yo á cabo de trece llevé la mayor ingratitud, el mayor engaño, la mayor traición que en pecho de mujer forjarse pudo.

¿Quién llegó á mis fortunas; quién pasó de mis agravios? ¿Eras tú la que me dijiste asida de mis manos que te viese más á menudo, porque añadieses á la vida lo que sin mí todo era muerte, y faltaba de tu presencia, el día que más cuatro horas? ¿Eras tú la que para llamar al criado decías mi nombre; eras tú la que tu dormir era el desvelo, hablando conmigo todas las noches? ¿Eras la que tus fiestas eran estar donde me vieses? ¿Qué día te cansé? ¿cuántas noches pasábamos en claro? ¿soy yo el que vivo? No; el que muero, sí. ¡Oh, qué días á solas, hablando conmigo y contigo, no me acusaba de haberte ofendido con el pensamiento! ¿Cuándo no seguí tus pisadas? ¿cuándo no adoré tus umbrales? ¿quien mejor que á tí puedo presentar por testigo desta verdad?

—Teneos, que si bien quiero me deis parte de sucesos tan

lastimosos, no por eso quiero sea tan á vuestra costa,» le dije, cuando ví que el hábito estaba ya corriendo agua de la que de sus ojos había recibido. El volvió en sí y me dijo: «Prométote, Lázaro, que son heridas que siempre están vívas en mí, y que el remedio será la muerte.—No os puedo responder mientras no supiere qué es lo que llorais; sólo digo que debe ser cosa de mucho momento la que á un hombre que tan bien sabe, tanto aflige.

—Digo, pues, Lázaro, que gozando de esta tranquilidad conocí en ella algún tanto de tibieza, que si la vida no me acabó fué por decirme que sus padres se disgustaban que tan á menudo entrase en su casa. Creílo yo ansí, sin que otra cosa me pasase por el pensamiento: y era la verdad del caso que en una principal, que enfrente de la nuestra estaba, se había aposentado cierto Título, el cual trajo á ella un paje, ni más galán que yo, ni más bien entendido, salvo que tenía una guitarrilla y decía á ella unos mal cantados tonos. Este mudó al aposentillo que su amo le señaló su pobre ropa; y ella en él la voluntad que en mí tenía; á quien la criada que á mí trajo recaudos y papeles, se los llevaba á él; y tan á salvo de la tercera, como la que miraba desde la ventana cuando era hora. Cantábala ó encantábala de noche, y lucíasele de día, y aunque yo lo oyese, ni formaba dello celos, ni aunque los concibiese lo podía impedir por estar á una ventana baja de su casa. Ibame desfavoreciendo al paso que ponía al otro en las cumbres, y yo atribuyéndolo siempre á no gustar sus padres de la continuación de mis visitas; bien sea verdad que ya se me hacía cuesta arriba.

Tan astuto fué el paje, y tan bien se le avisó lo que ha-

bía de hacer, que jamás fué á la iglesia donde ella iba, ni á la ventana miró; que no es menester diligencias algunas cuando las fortunas se vienen entrando por las puertas adentro.

Sucedió, pues, en este tiempo (y aquí es donde no me queda de hombre más que el tener figura dello) que matasen (en) la calle á uno, y, como hallase ocasión para gozar de lo que yo cuidaba la había de impedir, juró, ansí ella como la criada que fuí yo el que le maté.

Estuve por ello dos años en prisión, y ocho también estuviera, si al cabo dellos no me dijeran que se había casado con el paje. Yo, que tal oí, considerando la hacienda por lo menos que tiene que perder el que ha perdido el gusto, me llegué con necia determinación al carcelero, á quien, amenazando con una daga me hizo patente la puerta: y como fuese bien de noche y obscuro, busqué un barril de pólvora, y metiéndole en el portal, informado de que estaba el novio en casa, volé, no sólo á ellos y á ella, más aun parte de la mía; no por los dos años padecidos, sino porque no quedase en el mundo simiente de agresores de maldad tan atroz.—Digo, señor, que no os entiendo, porque si sentís la ofensa, ya no está en el mundo quien la cometió, y no os quedaron á deber nada, antes vos sois el deudor, pues os la pagó quien no os la había hecho: si la queríades bien y eso llorais, ¿para qué la matasteis? Vengo á pensar que llorais el día de hoy que falte del mundo. Y decidme, os ruego; si es verdad que sus padres gustaban de haceros su yerno, ¿á cuándo aguardaban los vuestros á dárosla á vos por mujer, supuesto que á los trece hay ya muchas casadas?—Has preguntado agu-

damente, me dijo; y dando respuesta, digo, que yo estudiaba la Facultad de cánones y leyes, y que era gusto de los mios que no me casase hasta haber pasado y graduádome de Licenciado, porque decían que en casándose no se estudiaba; y yo venía en ello de voluntad, porque cosa que tanto amaba no tuviese algún conque que me sisase parte del gusto.—Dígoos; pues, le dije, de verdad, entrando en la consideración de la cosa, que cuando no matáredes esa mujer, debíades quedar pagado en no haberos casado con ella, porque basilisco que tal ponzoña encerraba, ¿qué fuera de vos si la entrásedes en casa? ser, por ventura, vos el muerto, después de quedarlo la honra.—Por cierto, Lázaro, tú hablas en este particular, no como mozo, ni como viejo, sino como hombre que no ha tenido lugar de querer bien. ¿Razón hallas al amor?—Pues, señor, decidme, si eso sabíades, ¿por qué pusistes vuestra determinación por obra?—Y eso es lo que lloro; y tan de veras lo siento, que pospongo á ello lo que debo á mis padres, que acabaron su vejez en la cárcel, como si ellos tuvieran culpa en el delito. Mas, ¿cuándo no fué común en el mundo perseguir al que empieza á caer, y desamparar al que va faltando la hacienda?»

Eran tantas las lágrimas que segunda vez derramaba, que le dije para divertirle: «Ahora vos no me habeis de pedir que os diga quien soy, y quien fueron mis padres, porque ya lo sabeis. Quiero pagaros la merced recibida con dos cuentos con que pienso, por estar tan próximos, llegaremos al lugar.»

CAPÍTULO X

En que por divertir al hermitaño le cuenta algunas cosas graciosas; como llegaron á la hermita, y por su muerte se ausentó della.

Érase, pues, que se era, que en hora buena sea, y érase un padre, y este padre tenía un hijo, y este hijo era médico, y este médico era un asno. ¡Ten, Lázaro!, que lo quise decir, y en ninguna parte cae tan bien como ahí. A quien el padre diversas veces había dicho cuan poco era para el oficio, no por entender que su hijo no supiese, sino por que no era audaz, entremetido, ni hablaba en latín, cuando con los enfermos habia mujeres, ni las daba en las barbas con Galeno y Avicena. Aconsejábale, como el que deseaba ver próspero á su hijo, diciéndole: «Cuando entrares á visitar algún enfermo bajo los ojos al suelo, y mira lo que hay en él. Si hallares huesos de cerezas, dí en tomándole el pulso: ¡Oh qué de cerezas ha comido vuesa merced! que, cuando no hayan sido muchas entenderán por lo menos que se lo conociste en él; y á este paso todas las veces que hallares ocasión para poderlo decir; que si empiezas á cobrar fama, no tendrás en

donde echar el dinero, y solo consiste en que las mujeres digan que eres gran médico.»

Sucedió, pues, que queriendo burlarse la gente de casa dél, recojiesen en un orinal los orines de un pollino, y puesto en la misma cama al lado del doliente, porque no se embotasen, entró él como tenía de costumbre, mirando al suelo, en el cual vió unas pajas, que poco antes se cayeron de una cestilla, en que le habían traido de un lugar unas peras regaladas. Echólas él el ojo, y tomándole el pulso pidió el orinal, el cual visto dijo: «¡Oh, qué de albardas ha comido vuesa merced!» La gente que presente estaba, particularmente las mujeres, dijeron: «Burlaos con él ¿no hemos dicho siempre nosotras que no por hablar poco sabrá menos? es muy gran estudiante;» con lo cual se llevó las más de las visitas del lugar, y ganó muchos ducados.

No ayudó poco para ello otro consejo que su padre le dió, que errado fué útil lo que si se hiciera como le dijo, no aprovechara, y es que como le dijese: «Mira, hijo, dí siempre tu parecer con elegante lenguaje, y con buena oración.» Aprendióla de un ciego, y en acabando de tomar el pulso decía:

«Madre del Verbo humanado,
del mundo, remediadora,
dadme favor cada hora
contra el demonio malvado.»

Su padre no le dijo tal, sino que gastase buen lenguaje y elegante, y por no entenderlo ganó opinión de un santo hombre; tanto que decían que no era menester

más que tomar él el pulso para que sanase el doliente, porque siempre ponía por intercesora á Nuestra Señora. Y este es el un cuento.

«Gustado he dél, Lázaro, por que le has contado con gracia y agudeza; y aunque á la postre de los que me has ofrecido te los interpretase quiero, porque entonces no se me olvide avisarte que no digas más «érase que se era,» porque eso se ha de quedar para viejas y para ignorantes. —Doctrina es de padres, y todos los hijos la guardan mientras no tienen quien les industrie en otra, y recibo la vuestra como de quien tan buena la tiene.

Sea, pues, el otro, que yo serví en una casa honrada, cuyo dueño no orinaba, y su mujer sí. ¿Oh, qué mal he empezado el cuento, pues aunque vos me habeis instruido en el modo que en contarlos he de guardar, digo que esta vez había de ser diciendo como la primera; porque, según la verdad de la dolencia de mi dueño y la contraria salud de su mujer, erase que se era, sería como el que por ser cierta una cosa la afirma diciendo: yo estuve presente. Y digo otra vez que me hallé allí: luego por la verdad que afirmo, licencia tengo de decir: «érase que se era.»

En esto me acompañaba al servil trabajo una muchacha llamada Marica, mujer de humildes narices. Esta tal confesándose, como los muchachos suelen, que hacen notorios todos los pecados de los vecinos, debió de decir las desenvolturas de su ama; y, como el confesor viese que para sí pasaba de largo el sexto mandamiento, la advirtió si tenía algo que decir cerca de la lujuria.

Ella preguntó que qué era lujuria. Cayó él en ello, y volviendo á deshacer lo hecho dijo; «Si hay algo cerca

de la lejía.—¿Qué lejía? preguntó ella.—Si cuando te lavas la cabeza la has probado alguna vez,—No, en mi conciencia,» respondió. Mas no se lo dijo á sorda; pues según me dijo, hizo sin ser menester, una olla de ello, y metió el dedo dentro dos ó tres veces, y llevándole á la boca le supo á azúcar. Tuvo el demonio tan buen cuidado en pener en la lejía tal sabor, que la obligó á hacer un plato de sopas y comérselas, cosa que no se puede poner en parangón con el malo que una purga tiene.

—Digo, Lázaro, qne siempre entendí de tu buen natural que las figuras del rostro me pronosticaron lo que con las manos toco; y, porque te prometí lo moral de esos cuentos, sabrás que los dos primeros nos enseñan que cuando un hombre ha de ser próspero, las mismas diligencias en contrario le ayudan, y cuando no, las favorables no le son de momento. El segundo, cuan dañoso sea abrir á nadie los ojos en lo que le puede dañar; porque como sea nuestro natural tan inclinado á saber, á trueco de experimentar que cosa sea esta nueva que yo no sé harán algunos lo que acertado no sea; y por eso dijeron muchos, Lázaro, que era mejor la ignorancia que la resistencia, porque esto postrero no sé cómo lo haré, y en lo que no alcanzo no tengo que batallar comigo.

Divirtiéronme tus cuentos, si es así que al afligido de veras algún entretenimiento le lisonjea: si sabe el cuidado ser tan acervo, que si algo omite entre día, se lo vuelve á restituir de noche, pues durmiendo el cuerpo, vela la imaginativa, y este es mayor tormento, porque con los grillos del sueño se toma entero lo que de día llevara sisado.

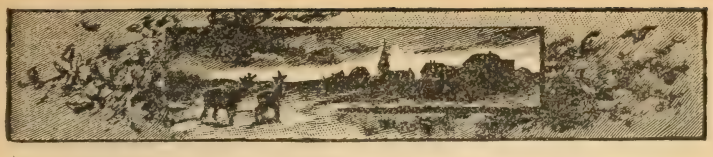
—Lastimáisme, os prometo,» respondí yo, aconsejándole hiciese por vivir todo lo que en sí fuese; pues para estar muerto quedaba harto tiempo, y valía más una hora de vida que cuatro millares de ducados.

Con esto, señor, llegamos al aldea, que tres cuartos de legua estaba de nuestra habitación, donde fuimos tan bien recibidos, como los que éramos muy deseados. No se tuvo por poco afortunado el que alcanzó el sí de que seríamos sus huéspedes. Estuvimos allí aquel día y otro y el siguiente. Casi todo el lugar nos llevó al acostumbrado nuestro, donde vivimos en buena conformidad cuatro años; al cabo de los cuales unas calenturas le llevaron á dar cuenta de sesenta y seis.

Los aprovechamíentos que en él tuve, las ventajas que á todos los comodos el mío hizo, no será razón encarecerlo segunda vez: á V. m. sólo diré que viví espantado que en vida que todo es trabajos, tuviese yo tantos gustos. Dejóme la cadena que llamábamos luz, y báculo le llamo yo, pues no hay cosa á que un hombre se pueda arrimar seguramente como á este. Dejóme no sé cuantos documentos: que no fiase á nadie, uno; que no fuese á las Indias, otro; el tercero que me acordase que no por hahaber comido aquel día, el que viene tras él dejaría de hacer lo propio. Que no me fiase me dijo, por las tan conocidas ruinas que dellos suelen nacer: que no fuese á las Indias, porque le dije yo que mi natural me inclinaba á ellas, porque hay allá cantidad de perdidos, á que es causa valer de valde la comida, y no haber menester trabajar para ella, y por esta causa son más que en España, y el que quiere aplicarse en ella halla lo que otros van á

buscar á ellas: y el tercero de que me acordase de mañana fué un sabio consejo, pues por no hacerlo muchos han venido á parar en servir, pudiendo ser ellos servidos.

Bien me parece á mí que me dejaran en la ermita, tanto por lo mucho que me querían los que aquella prebenda (si su nombre le he de dar) señalaban, cuanto por ser cosas del difunto, á quien todos amaban; mas como mi inclinación me llevase á las Indias, determiné seguirla.



CAPÍTULO XI

Como se fué á Sevilla para pasar á las Indias, para lo cual asentó con un Oidor de México, cuenta lo que en su casa le sucedió.

Así, pues, para poner este intento por obra, ciento y cincuenta escudos en el jubón. Hice un vestido de paño verde obscuro, en cuya pretina metí la cadena y caminé á Sevilla para acomodarme con tiempo con quien me llevase á donde deseaba; mas sucedióme mal, porque como cayese en casa de un Oidor proveido para México, cuyo enamorado hijo me llevaba á rondar su dama, sucedió que una noche tenebrosa llena de confusión y amarga encubriese de mi norte la luz, que era mi cadena, un solo hombre ó diablo, que ahora le sueño; y es el cómo desta manera.

Mi amo, el mozo, se ponía para ir á rondar la dama un coleto encima de la camisa, y otro encima del jubón; un casco y una rodela, con una espada, dos palmos mayor de marca, y á mí me daba una guitarra para que hasta la posada de la dama se la llevase. Y advierta vuesa merced

que yo iba muy sin pesadumbre, aunque no llevaba las defensas que él, porque tenía determinado ponerme detrás de una tapia si algo sucediese. Cantaba ó cansaba sentado en el suelo enfrente de sus ventanas tan mal como hacía versos, que de todo se picaba, y yo cogía la rodela y haciendo almohada della me dormía junto á él. Sucedió, pues, que aquella noche me vino el sueño más pesado que otras, tanto que llegó este diablo que he dicho y le rompió la guitarra en la cabeza, y él se bajó al suelo y quitó de la mía la rodela, y no desperté; sabido para qué, para tener más que le llevasen. ¿Hay hombre tan bárbaro que, sabiendo que había de huirse; cargase de cosas que se lo impidiesen? Ansí fué; mas alcanzándole con pocas amenazas les dió todo lo que llevaba vestido hasta quedar en camisa; que era lo que ellos querían. A esto ya yo había despertado, y como echase menos mi rodela, creí que por burlarse de mí me la quitó, viéndome tan vencido de sueño para que aquella noche la pasase en la calle, pues por no saber la posada habría de ser ansí, cuando veo venir un bulto negro, á mi parecer desnudo, y que se me acercaba.

Erizáronseme los cabellos, y tuve el mayor miedo que hombre en semejante paso puede tener, y mucho mayor cuando le ví tan cerca, que casi me pudo tocar con las manos. Pues, ¡qué sería nombrándome! Fué que aposté correr, y él tras mí llamándome y diciendo que era mi amo. Yo no lo creí, antes tuve por cierto que era algún ánima del purgatorio venida por la parte de cierta limosna para misas que cuando habité la ermita se me dió y me quedé con ella sin hacerlas decir. Las necesidades dos;

de huir la mía, y de alcanzarme la de mi amo, eran iguales, porque si él esperaba remedio mi alcance, yo le había considerado en que no me alcanzase. Los dos corríamos de buena manera, y ninguno sabía las calles. ¡Ayude Dios al peor juego!

Viendo, pues, que tanto corrió tras mí, y que nunca me alcanzaba, hice un breve discurso, que fué; «Si esta fuera ánima en pena luego hubiera dado conmigo, porque como espíritu, aunque yo volase, me daría alcance; pues no lo ha hecho, no lo es, y vuelta la cara á lo que era le dije: quien quiera que seas ¿qué me quieres?» El me respondió: «No huyas de mí, Lázaro, que yo soy el desafortunado de tu amo» Dejéle llegar cerca porque la voz me pareció suya, y por estar con menor miedo conocí que era verdad. Quitéme la capa y echándosela á cuestas le pregunté qué trabajo había sido aquél. El me repondió: «Sabrás, Lázaro, que en el tiempo que tú dormías bajó una criada de mi dama y me díjo que subiese donde ella me llevase.

Yo lo hice ansí; y como hubiese determinado darme el fruto, si no de tan largos años, de tantos servicios, me desnudé para ello, cuando á su padre se le antojó mirar la casa, y empezar desde el aposento donde yo estaba. La criada que le vió encaminar los pasos á él, adelantándose me cojió de la mano, abriéndome una ventana baja que cerca de la calle había, por la cual me dejé caer, y casi su padre tras mí. Considera tú, Lázaro, en cuanto trabajo estará aquella pobre doncella, si ya no es que esté sin ninguno por haberla muerto, que sé, de lo que estima el honor, que lo hará.—De suerte, señor, le respondí yo,

que por eso se debió de decir: amor ciego, amor desnudo; ciego por haber entrado donde V. m. no fué poco afortunado, en salir desnudo, porque viene en camisa. Dígame V. m. ahora, le suplico, donde hemos de pasar esta noche, supuesto que no acertaremos á casa, que temo no nos suceda algún gran trabajo.» Cuando al volver de una esquina pusieron manos á las espadas á mi parecer unos treinta hombres, mas ellos no fueron sino cuatro ladrones, es á saber, los camareros de mi amo, los que poco antes digo le habían desnudado; y aquí es donde no fuimos iguales en miedo, porque él no tenía que le quitasen, y yo si. Dijeron que les diésemos lo que llevásemos, y entonces vieron á mi caro señor en pelota, y echándole mano dijeron: «¿No es este el que nos prestó los coletos, como bueno? —Y como si es, respondió otro; pues el yerro que allí se hizo soldaremos ahora. Caminen por ahí adelante» El respondió: «Adviertan vuesas mercedes que me tienen no por el que soy.—Ansí lo creo yo, dijo uno dellos,por lo menos le tenemos por el que es menester, y si por el que no es le juzgamos, ¿no me dirá cómo viene desnudo? ¿no conoce también estos coletos?—Yo, dijo él, estaba en casa de cierta dama principal, y como su padre gustase de mirar la casa más aquella que otras noches, me fué forzoso, por venirme á los alcances, echarme por una ventana abajo. —¿De manera que es enamorado? y se conoció harto bien en la prisa con que se desnudó que se abrasaba. Caminen ahora por lo que deben al oficio, ó por lo que le deberán, seguros de que no se les hará ningún daño».

Echáronnos delante y, por el camino, le dije; «¿Esta fué la caida de la ventana? á fé que vamos bnenos. —¿Luego

crees lo que dicen?» Con esto no le hablé por entonces más palabra.

Lleváronnos no sé donde,salvo á que les ayudásemos en un hurto que iban á hacer á la misma casa donde mi amo tenía sus amores. Llegamos, pues allí, y luego el ya desenamorado señor la conoció. Dijéronme á mí que me desnudase. Qué palabra fuese esta para un pobre mozo que llevaba todos sus bienes consigo, podrá vuesa merced considerar. Allí hallé presentes todos los trabajos: allí eché la bendición á la cadena que en la pretina de los grigüescos llevaba cosida: allí lloré la muerte de mis ciento y cincuenta escudos que en el jubón llevaba: allí dí al diablo á Sevilla, y á mi amo y á quien á su casa me llevó; allí me acordé de que si yo hubiera cumplido el consejo del difunto ermitaño, que no me sucediera el mal que al presente trabajaba; y allí, finalmente, me despojé del bien y apoderé del mal, como el que se veía pobre. Dejé, pues, caer en suelo mis vestidos y tomándolos uno dellos los puso en el lumbral de una puerta. No me consoló nada aquello, porque era cierto haberlos de mirar después, cuando no fuera más que por curiosidad. Quedé en camisa, y poniéndome un lienzo en la cabeza y otro á mi amo, nos dijeron lo siguiente: «Vosotros habéis de entrar por esta puerta que os abriremos, y después abrireis las demás con esta llave, que es cierto hace á todas, y puestos que esteis arriba en la sala entrará uno y se quedará otro á la puerta della, y con lindo desenfado dará al compañero de uno en uno dos ó tres escritorios que al lado del estrado están, para que nos lo vaya bajando; lo cual puede hacer seguramente; porque como el marido duerma en la sala, y la

mujer en la alcoba, él pensará que es ella, y ella pensará que es él.» No nos atrevimos á replicar, temiendo perder las vidas. «Lo que de no hacer lo que os decimos ganaréis, será que entrando nosotros os mataremos. Si llamáredes á la gente de casa, primero que os oigan vuestra disculpa lo han ellos de hacer: de manera que es lo más sano ponerlo por obra, y dello llevareis mayor parte que nosotros.»

Abriéronnos la puerta, subimos la escalera, y abriendo nosotros otra y dejando la llave dentro, porque ellos no pudiesen entrar, nos sentamos en el suelo, considere V m. con qué miedo y con qué peligro. Allí le dije á mi amo: «Señor, pues V. m. dice que ha estado acá otra vez, camine al aposento de la criada, que ella nos tendrá allí hasta que quiera amanecer, y pues tiene acá sus vestidos darme ha uno de los dos coletos y un par de medias, pues trajo dos, y con los calzones de lienzo me acomodaré, que vuesa merced bueno quedará, pues tiene jubón, otro coleto, medias y calzones, herreruelo y sombrero. Si saliéremos á tiempo, que haya gente no importa, supuesto que no nos conocen, antes habremos de pedir nos lleven á casa.—¡Ah, Lázaro, respondió él, por todos caminos estamos al umbral de la muerte, que yo no sé dónde la criada duerme, y si despiertan y nos hallan aquí harán los dueños lo que abajo se nos notificó antes que nos disculpemos; de manera que es lo más seguro estarnos como nos estamos, y al amanecer bajar al portal, que cuando nos hallen en él, viendo que no les falta nada, creerán lo que les dijésemos.—Bueno está eso» le dije.

¿Qué habia él de responder, si en su vida subió á donde

al presente estábamos, ni tales vestidos tenía allá, que se los dió á los ladrones que abajo quedaban? Consoléme algún tanto, y la fortuna no quiso llevar adelante aprieto tan grande, pues envió por allí unos bellacos, que tirando piedras á la ventana, y dando todos juntos gritos dijeron, nombrando al dueño della, que se quemaba la casa. Despertó él y toda la gente, porque dormía, como rico, con el corazón en los dineros. Luego que lo tal oimos, viendo que la gente de casa se alborotaba nos bajamos al portal donde teníamos por cierto estar seguros de la gente della, porque diríamos que oido el ruido del fuego venimos á favorecerle, y se pudiera presumir ser ansí, viéndonos en camisa: de la de fuera, porque creerían ser de casa y y bajar en busca de agua. Salimos, pues, y no hallamos á nadie, ni á los ladrones, porque les dañó á ellos lo mismo que á nosotros aprovechó, y se fueron llevándonos los vestidos y mi hacienda, que en ellos tenia.

Hénos aquí en la calle, que parecíamos volteadores, y yo tan contento como el que había escapado de borrascas tan grandes, y no se me acordaban los infortunios padecidos, quedando con ella. Y, deseosos de alguien que nos guiase, nos deparó Dios un aguador, que aunque huyó al principio de nosotros, por imaginarnos locos, nos llevó á nuestra posada. Allí fuimos recibidos por mi ama, como lo que había llorado su hijo por muerto, y viéndonos desnudos dijo que no andaba ella fuera de camino en llorarle, ó si no que le viesen cual venía. Preguntónos qué trabajos habíamos padecido, á que nosotros sactisfacimos con decir que más de veinte ladrones nos salieron y robaron, y que fué milagro quedar con la vida. El padre lo

sintió como hombre y lo disimuló como tal, pues le riñó y dijo muchas pesadumbres.

La soga vino, al fin, á quebrar por lo más delgado, que fué despedirme á mí, y que buscase que vestirme. Tampoco me dió esto pena, porque me veía con la vida y en tierra de cristianos, fuera de que los ojos de mi señora me dijeron: «yo te vestiré.» Dióme conque cubrir las carnes, y por el gusto de su marido me dijo que buscase, y que en el ínterin que hallaba podía venir á dormir y comer á su casa, sin que él le supiese.

Yo se lo agradecí mucho, y cargando el pensamiento en buscar alguna cosa que me saldase la pérdida pasada, hallé una famosa hija del escuela de aquel buen viejo, que me destetó de los pañales de la puericia; y fué pedir por Dios para ayuda á descasarme. Unos se reían, otros se burlaban de mí, ó entendían que yo de ellos, y todos, al fin, me daban. Si alguno me preguntaba por qué ó cómo me querían descasar, daba por respuesta que en Madrid me armó el lazo una vieja, de tal suerte, que forzado me hizo casar antes de salir de su casa, de que tenía testigos suficientes, y que por falta de hacienda con que pleitear, pedía por Dios para ello. Con esto llegué el dinero que se me había quitado, y algo más.

CAPÍTULO XII

En que cuenta como asentó con un canónigo, y le hizo ayo de sus sobrinos, por cuyas travesuras se quiso despedir, cuenta alguna dellas.

No me pareció ir á las Indias por cumplir, ya que no en todo, en parte lo que mi amo me ordenó; porque, como él me dijo, el ingenioso en España las tiene y si en algún tiempo había de ir era en este, porque en él me hallaba pobre; mas un canónigo que iba á Madrid me ofreció llevarme á él y ayudarme en mi fingido negocio, y si después gustaba me volvería á Sevilla, teniéndome, no por su criado, sino por su compañero. Acepté lo uno y lo otro, porque me pareció había hallado otra fortuna como la del ermitaño. En esta casa me debieron de dar hechizos, porque yo me sentía bueno, comía y bebía bien y dormía mejor, y no tenía gana de trabajar.

Estaba en compañía de mi amo una señora viuda, hermana suya, y dos sobrinos, hijos suyos, traviesos más que cuantos muchachos yo ví en mi vida. Estos me encomendó su tío para que los llevase al estudio y repasase

las licionss: hacíanme perder el juicio, mas con tan buen ingenio y tan graciosamente, que muchas veces me entretenían. Su madre era muy buena mujer, y su hermano hombre que trataba de hacer la piedra filosofal, para lo cual le ayudaba un portugués, grandísimo bellaco, como adelante se verá. La ida á Madrid se quedó por entonces, y yo empecé á alicionar los muchachos.

Sucedió, pues, que como no dejasen en casa cosa que no hurtasen ni vendiesen; de cuyas travesuras venían luego á mí las quejas, determiné de azotarlos, para lo cual los entré en un aposento. Luego que ellos se vieron apretados para ello, y que no eran criaturas, asiéndome de los brazos y sacando unos cuchillos largos me amenazaron con ellos, y me dió uno con el dedo tan cruel puñalada que creí me había muerto y que había sido con el cuchillo. Caí en el suelo pidiendo confesión, y ellos cojieron la puerta, sabido para qué, para enviar un criadillo que con ellos iba al estudio por un cirujano que me tomase la sangre. Este fué un pastel de á real y una azumbre de vino: entraron danzando los matachines, el uno con el jarro y el otro con el pastel. Llegáronse á mí diciendo: «Levántese vuesa merced que no tiene nada, que con el dedo le dió mi hermano, y no cuide de azotar á nadie, particularmente á andaluces, porque, voto al hijo, que hoy ningún estudiante de cuantos vuesa merced ve cada día, que no haya hecho un estuche. Vuesa merced podrá comer y holgarse sin meterse en otras dificultades.» Yo cojí el pastel y el vino y me animé lo mejor que pude, y subiendo al cuarto de mi amo le dije que me diese licencia para irme de su casa. El se espantó mucho de tal novedad, y yo no

le dije la causa, solo que me hallaba mal en Sevilla, y que no era bueno para ayo. Entendióme él, porque conocía sus sobrinos, y asiéndome del brazo me dijo que sólo quería que entendiese en curar de su hacienda y ser señor de toda la casa, con lo cual me quedé en ella.

Dios nos defienda de ser pedagogo. Tendría por mejor que el que tal menester ha de ejercitar se entrase fraile; porque si ha de hacer penitencia hágala donde le aproveche. ¿Quién no ve uno de estos pobres hombres con una ropa y un bonete en casa midiendo los pasos y hablando á pausas, y un poquito por las narices, diciendo á los niños: «Diga, Jesús;.... cuando beba no más que por los dos lados;.... cállese que habla mucho;.... póngase bien la capa;..... lleve á su hermano á la mano derecha, que es mayor que él,» y no tan malo esto, que sale la madre de los niños y dice al Licenciado: «Por cierto que parece que no tengo en casa quien dotrine estos muchachos: cada día saben menos; si ansí lo ha de hacer el Licenciado, no tengo para qué gastar en ayo.» Y á la noche, cuando el padre viene de fuera, se entra por su aposento, y en viéndole el pobre pedante se pone en pie y descubre la cabeza, temblando lo que espera oir. Este le dice: «Por cierto, Licenciado, que en casa se le procura dar todo el gusto posible y ansí lo he mandado yo. No veo con ningún aumento estos muchachos; creo debe de ir en su mal natural; prométole que no saben hacer una oración primera de activa, y mucho peor que eso, que no saben los artículos, y si no pregúntoseles.—«¿Cuántos son?,» dice el sin ventura. Aciertan en que catorce, y yerran en la orden conque los han de decir, porque muchachos por la mañana toman

de memoria y á la tarde olvidan. «¡Ah!, ¿no le digo yo, licenciado,?» y sálese con esto, hablando entre dientes. Llegado al cuarto de su mujer la dice: «He estado en el aposento de vuestros hijos, y es verdad cierto que saben cada día menos. Este barbón que tenemos en casa y *reliqua.*» Cual quedará el pobre hombre, discurra V. m. sobre ello. De mí sé decir que si me dieran cada día un doblón, que no lo fuera; porque de momento me era el oro si venía, ponzoña con ello.

Digo, señor, que luego que dejé el tal oficio, que me iba tras ellos, porque más ingeniosos hurtos y burlas (que) en su casa yo no he oido en mi vida; y juzgue V. m. en este si me engaño. Pues sucedió que á mi amo le encargaron de su Iglesia, como á hombre más curioso, que hiciese hacer una imagen de bulto de la Anunciación con su ángel. Habló al escultor para ello, encargando á los muchachos que lo solicitasen: y aquí fué donde ellos hallaron ocasión para dejar boqueando un talego; porque como una tarde se hubiese ido fuera toda le gente de casa y no quedase en ella más que el muchacho que me trajo el pastel, y mi amo hubiese ido con otros canónigos á una huerta de donde no había de volver hasta la noche, buscaron dos picarones á quien pagaron bien, diciéndoles que cada uno había de cojer el suyo envuelto en una sábana, como que eran figuras de bulto, y irse con quien los guiase. Hízose ansí, y trayendo un recaudo un estudiantico, tan gran bellaco como ellos, los entraron en el aposento donde estaba el dinero, en el cual no podían verse ellos de otra manera, porque dijo el niño que el señor canónigo se había pasado por en casa del escultor, y que decía que pusiese

aquellas dos figuras en el aposento donde estaba el secreto, y que no llegase á ellas hasta que él viniese, porque eran de goznes y venían sin armar.

Era la hermana una santa mujer, y cumpliendo lo que se le ordenaba, no los descubrió, ni tan fácilmente pudiera, porque venían cosidas las sábanas. Hincó las rodillas y puestas las manos, dijo: «Virgen María, benditísima Señora, pues soy tan afortunada, que os he tenido en mi casa, acordaos de mí y de toda ella, y en particular de mis hijos: hacédmelos humildes, mansos y amadores de la virtud, que temo de sus malos naturales que por sus pecados y por castigo de los míos no hagan alguna travesura, en que me vea y me desee. Y, finalmente, tales cuales vuestro Hijo quiere que sean; y vos, ángel San Gabriel, interceded para ello.» Con esto se fué y cerró el aposento, y saliendo ellos dieron un porrazo al pestillo de un escritorio, con lo cual quitaron el hierro que pasa por medio dél. y otro al talego, como de quien le tenían deseado, y esperaban verse con él de tarde en tarde.

La orden que el que trajo el recado de su tío había de tener; era que dentro de una hora volviese diciendo que venía por ellas para armarlas, porque el día siguiente, que era de fiesta, se habían de llevar á la Iglesia y no habría lugar si no se hacía aquella tarde, y que ansí lo mandaba el señor canónigo. Ella las dió haciéndolas muchas reverencias: salieron los mozos con ellas hasta el primer portal, donde dejaron las sábanas y tomaron sus herreruelos. A lo noche dijo mi ama á su hermano que por qué razón había enviado tan presto por las hechuras, sin dejárselas siquiera ver primero. Él dijo luego: «¡Bueno está;! yo apos-

taré que hay enredo nuevo de los niños.» Ella no pudo encubrir lo que una vez empezó á hacer notorio, de manera que lo hubo de confesar, y si el tío no se rió mucho en público fué porque no se lo dijesen á ellos y fuesen peores de allí adelante, si es que podía ser; mas conmigo no se hartaba de reirlo y contarlo.

Quien le sisara á V. m. un casamiento que en aquellos tiempos contrajo un hombre, ayo que fué de mi dueño, que ya por sus muchos días no trataba más que de irse y venirse á la Iglesia, comer y acostarse, llamado Maldonado, de edad de setenta años, el cual para irse á ella de una vez se desposó con Maria la Buena, mujer de pocos menos años que él, virgen, y según lo que con la gente de casa pasaba por entonces, mártir, tan negra y tan arrugada que si por esto parecía Sarra, por lo otro parecía Sarracina. Yo le dije muchas veces que me holgaba que en mis tiempos hubiese casado, que no se quejase que llevaba cruz pesada, porque al cabo de tantos años carcoma había de haber entrado en ella: y decía bien, pues podíamos pedir por Dios para tripas á la novia, aunque, según el talento de ambos, mejor diríamos para juicio á los novios. También dí al parecer de muchos, inteligencia al casamiento en edad decrépita, porque luego que supe que fué cuando mozo distraido, dije: «Cuerdo; pues no quiere que le coja la muerte sin haber hecho penitencia.»

CAPÍTULO XIII

Como se enamoró y como de esta causa nació despedirle su amo.

Héme aqui, vuesa merced, que gozo tranquilidad de de vida, sin cuidar más que de comerme lo mejor que á las manos podía haber. Pues sepa ahora que el diablo del Portugués cayó en desgracia de mi dueño por haber entendido que sólo servía tratar de los polvos filosofales; consumir su hacienda y quedarse él con parte della, aunque en el hábito no lo mostró, porque si supiera de la piedra que intentaban lo que de estudiar un jubón de ajedrez, á ser de color los remiendos que le echaba diera muy presto con ella. Pues ya cerca de las medias tenían tantos puntos que nos sucedía á los que las mirábamos lo que á un hombre ciego con su mujer hermosa pero corcovada, que era tentarla el defecto y no verla el buen rostro, porque lo que veíamos estaba tan puntuoso como he dicho y bueno lo que cubría el herreruelo.

Este tal hombre ó diablo, más astuto que Ulises, me olió los dineros, y procurando entrar en mi voluntad para

por allí soldar la partida que el salir de en casa de mi amo le trajo, dió conmigo en Ia de unas damas de buenos talles y caras, cuyas salas estaban tan bien aderezadas que yo creí servía en ella y era el dueño. Luego que entré se levantaron, y haciéndome más cortesía de la que una sotanilla y herreruelo de bayeta merecían, me sentaron dentro de la tarima en un taburete bajo, en medio de las dos puedo decir, porque si al principio no se me puso más que la una al lado, luego vine á estar con la otra al otro. Sentóse él al de una dellas, y empezaron á combatir mis dineros, que á eso miraban ofrecerme posada, hacienda y personas, y esto asiéndome las manos la que á mi lado izquierdo estaba, porque era la que mejores las tenía, por cuya razón la tocaba hacer aquel papel. Eran tan blancas que me deslumbraban, pues me sacaron mis dineros, y tan largas que alcanzaron desde su posada hasta la mía, donde estaba mi baul. Tenían las dos buenas caras, y la que no tan buenas manos, rebuena; de manera que no sabía á donde volverme, y me lo conocieron ellas, y que habían negociado; porque como quiera que el interés había de quedar en casa, no importaba viniese más por la una que por la otra.

Dijéronme tantas cosas que yo no las sabré referir, mostrándose enamoradas y celosas la una de la otra, á cuya música sirviendo mi fatriquera de tecla, y de fuelles mis cascos, echaba el bellacón una voz por de fuera: por de fuera digo siguiendo la metáfora, que por de dentro fué, pues metió en casa el dinero.Este me decía que era yo hechicero para cuantos me trataban, y que era sin duda tener piedra imán conmigo; y ellas que había muchos días

que estaban enamoradas de oidas, porque las habilidades, buen término y mejor persona que se les había pintado obligaba á ello. No tan solo me pidieron, antes dándome de merendar me bailaron como rascándose un baile endemoniado, cuyas mudanzas me atestaron en el alma, porque el garabato y el aire conque lo hacían era mejor que lo que hacían. Yo me puse bueno para ellas, mas muy bellaco para mí.

Enamoréme á fuer de discreto de manos blancas y ojos negros; y que hice lo que digo lo conocí en que poniendo los ojos en el dinero que tenía que gastar, me pareció poco, como en realidad de verdad para aquella casa lo era; y dije entre mí: «Enamoradito estoy; pues yo haré como no gastar mi dinero bobamente;» y fué el cómo comprando una cadena que pesase el que yo tenía. Fuí un asno, porque determiné esto, mas no dejar de acudir allá. Despedíme, bajaron conmigo hasta la puerta de la calle pidiéndome no las olvidase, y haciéndome mil monerías. Prometílas volver y á mí me prometí cumplirlo; compré luego la cadena como determiné, porque teniendo docientos y cincuenta ducados empleados en ella me parecía á mí que estaban en sagrado, y que cincuenta que me quedaban eran muy suficientes para pleitear, según la voluntad que me mostraban, y á esto me persuadí á los postreros tercios de la conversación, viendo las veras conque me hablaba la de las manos blancas, la cual me dejó tan á puertas como V. m. verá (viendo las veras dije.)

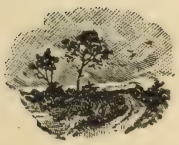
Fuí un asno, y no es milagro, pues los muy socarrones no se persuaden á que lo que se dice es mentira, ni á que lo que gastan es más de por ser ellos hombres de bien y

reconocidos; y si se descuidasen los pondrían de piés en la calle con un rótulo en las espaldas que dijese su nombre y á dónde vive, mas por echar della á quien no tiene que dar, que por hacerle buena obra.

Dije veras las palabras: dulce he de decir, pues estas puede conocer cualquiera, no las veras, que esas están guardadas para aquel ante quien todas las cosas sa van á registrar. ¡Oh, gran maestro, mi amo y mi compañero, qué días ha fuiste alimento de gusanos: ¿donde estás;? ¿dónde estuve yo, pues tan presto olvidé tu dotrina? Mas como sea ansí que la plática es distante de la teórica, si esta me pudo enseñar lo que había de hacer; por faltarme la otra, no como lo había de hacer, si para salir bicn desta había de haber probado en otra.

Compréla, como he dicho, y una sotanilla de gorgorán para con el herreruelo de bayeta, que era nuevo y puesto con muy lindo cuello bajo, con sus vueltas, y la cadena encima del jubón me fuí allá donde me lisonjearon y enseñaron lo que había de hacer con ellas, si fuera querido, aunque lo advirtieron para con otras; y fué la doctrina que huyese de mujercillas, porque á una me acabarían vida y hacienda; y que pues tenía buen entendimiento, me sería muy fácil conocer quien me quería á mí ó á mis dineros. Y á todo esto ayudaba mi amigo el Portugués valientemente. Pasó, como he dicho, que yo compré la cadena por no darla el dinero; y fué ella lo primero que me quitaron, porque las ocasiones y el salir mal dellas obligan á lo que un hombre no piensa, y que la dí más la resta de los cincuenta ducados, y que más la dí la sotanilla, que lo mismo fué darla el dinero quc me dieron por ella, y que más

todo lo que pude adquirir por aquí y por allí, y que más muchas cosas que en casa tomé con la salída de que los hijos lo hacían; porque jugador ó enamorado pobre no andan entre la cruz y el agua bendita, porque estas cosas huyen del diablo, y él anda cargado de ellos, y es infalible que el que á una destas dos pasiones se sujetó que se manchará si no saca pies.



CAPÍTULO XIV

Como el canóuigo le despidió de su casa, como determinó irse tras las mujeres; cuenta los infortunios que le sucedieron y cómo olvidó los amores.

Mi amo me quería bien; entendióme el juego, y en fé desto no hizo más que despedirmo aun sin decirme el por qué.

Anduve vagando algunos días, tan muerto de hambre como se puede entender de un hijo pródigo que se fué de en casa de su padre, la razon. Y como uno dellos me hallase necesitado mas de un pedazo de pan que de su carne, me fuí á su posada, á donde se me vedó la entrada, es á saber, porque estaba dentro cierto pájaro con plumas, y como el dar críe soberbia y osadía, dí un puntapié a la criada, que me lo impidió, y me entré dentro á donde hallé un caballero muy galán, y muy lleno de botones de oro, con un bravo cadenote. Luego que dellas fuí visto me dijeron: «Venga enhorabuena, Lázaro:» y á el: «Es un criado que ha servido en casa más de cuatro años; tiene tan buen humor como V. m. verá;» lo cual se me dijo an-

sí para prevenir lo que yo había de responder. Pocos días antes no tan sólo era yo el señor D. Lázaro, sino que para decírmelo más á menudo de lo que era menester buscaban palabras que á ello forzasen, como los buenos corteses las rodean para huir de un V. md, ¡Qué sentiría un pobre que pocos días antes había sido señor de trecientos escudos, y esos y casi otros tantos la había dado, júzguelo V. md! Metíme el sombrero en la cabeza y sentándome dije: «Juro á Dios, que mi nombre es D. Lázaro, y que yo no he servido á nadic en mi vida, y que en esta casa he gastado más de quinientos escudos.—¿No le dije yo á V. m. que tenía lindo humor?—Digo que es muy gran picardía la que conmigo se ha usado, y que, á no estar este caballero, delante, yo enseñara como se me había de tratar, y que estos ardides son de mujercillas de mal vivir. —¿No gusta V. m. del pícaro?, repitieron segunda vez; pues á fé que puede; porque finjir un enojo desta manera y con tanta propiedad no lo hade nadie en el mundo.— «A fé de caballero que es bueno el pícaro,» dijo él. Yo me volví loco, y tanto lo sentí, que por entonces se me quitó la hambre. «Ea, ea, desenójate, Lazarillo, que el Sr. don Francisco te dará para un sombrero.»—Sí daré de muy buena gana,» dijo él; y sacando un doblón me lo dió. Yo le tomé, confirmando con ello lo que antes habían dicho; mas como la necesidad sea tan gran mónstruo, por redimir su vejación quise aquel breve rato acreditar su dicho.

Salíme con él sin despedirme, y ellas quedaron combatiendo aquel torreón, que á mi parecer estaba ya casi ganado, y al medio de la calle hallé á mi Portugués, que había días le echaba menos, vestido como flamenco, y lo

parecía. Yo me llegué á él desvalido, y yéndole á abrazar se apartó hablándome en lengua diferente de la suya y de la mía; y, aunque no entendí lo que me dijo, sus acciones me mostraron que se extrañaba de mí, como de hombre á quien no conoció; yo me retiré espantado, y quedándomele mirando' y él dió vuelta á la calle, y no entró por entonces en su casa hasta de allí á media hora, y yo lo aceché sin que me viese.

Lo que con el caballero se hizo fué pedirle los botones que llevaba para aderezr una ropa, porque había de ser una dellas madrina de un bateo; él los ofreció y la cadena si era necesario ó de provecho, con lo cual todo se acogieron, sin que dellas ni dél se supiese jamas, aunque según me dijeron no habían salido del lugar. Es el caso que aquel portugués era amigo de una dellas y un grandísimo bellaco, que las traía por el mundo á ganar, como quien lleva títeres ó otras invencio es y él entendía en cojer los dineros del que le daba crédito á saber de la piedra filosofal. ¡Ah, mi buen maestro; qué de veces me dijiste que uno, entre los defectos grandes que el mundo tenía, era escarmentar cada uno en su propia cabeza, pudiendo en la ajena! Que se ahogue un hombre en el vado no habiendo visto pasara otro primero, vaya; mas que vea que pereció el que fué delante y que pase él, ¡caso fuerte.! ¿Por ventura antes que me sucediese ignoraba yo algo dello?—No. ¿No sabía mucho cerca de los engaños del mundo?; pues ¿cómo me dejé engañar?—No tengo que responder; pues peor que esto fué que á un mismo tiempo me ví sin dineros, muy roto y muy enamorado: de manera que si la verdad he de decir, no lloraba el engaño pasado, sino de tener

que darla. Y de aquí vengo á pensar que los que hicieron grandes extremos por haberles dicho mal el naipe; fué por la mayor parte por no haberles quedado dineros para volver á jugar, ni saber de donde haberlos. Y los que lloran los disfavores de sus damas (el haberles dejado digo) son los que no tienen posibilidad para conquistar otra, ó volver á la amistad de la misma; porque á un hombre que tiene, nada le ofende; que como sea verdad ser la variación hija de naturaleza, habiendo con qué, presto se consuelan: de manera que me ví como he dicho. Yo querría preguntar cuál trabajaba mayor mal, el que era aflijido con celos, ó yo que lo era con ausencia. No sé si me responderá vuesa merced como yo lo siento.

Mi parecer es que los démos á los dos por buenos; porque si el uno tiene ausente lo que quiere bien, estotro averiguó los celos, y allí finieron las amistades; de manera que en estos dos andaba el enemigo dentro y fuera: dentro, para consumir, pensando fuera no hallar remedio. Pue eso y esotro tenía yo, por que si estaba ausente me consumían celos; y tan enamorado que el verme roto no me desenamoró, y no era necio. Y de aquí vengo á entender también que los celos no son más que envidia, y de ahí viene celosía, porque ella se pone para que no se vea lo que en casa hay. Pues estos me consumían viéndome sin posibilidad, y creo cierto que ellos raras veces habitan la posada del poderoso, sino la del que todo es deseos, ó del que tiene en su persona algunos defectos, que ese en cierta manera no tiene que dar (hablando de los bienes de naturaleza, digo.)

Cuan grande mal sean, no sólo ellos, mas aun recelos,

lo diré desta manera, no hablando de celo, porque no es desta cuadrilla, supuesto que este nombre no se estiende á más que á un respecto, debido á la persona ó casa donde la virtud mora. Hay cosas que, aunque son insufribles, tienen cierta limitada mejoría, como es un hombre mendigo, hombre, para decirlo más claro, que capa sobre que caer muerto no tiene. Este, quedando, no solo necesitado, sino muy necesitado, ¿podrá tener mejoría?—Sí, señor; subiendo á pobre, que entonces quiere decir hombre que tiene, pero límitadísimamente y con gran aprieto. Pues eso no alcanza el que padece de celos; porque si los averigua y se aparta, muere, que no por acabar las amistades este conocimiento se dijo que trajo consigo consuelo para el que quiere, y constancia para no volver á ellas: si no las averiguó quedó celoso, diera en mayor despeñadero si hallara verdad su sospecha: luego grande mal, pues en cualquiera acontecimiento daña y no aprovecha. Si no tiene celos, sino recelos, ansí como el otro, de hombre sin ninguna cosa á que volver los ojos puede venir á tener algo, estotro de receloso puede dar en celoso, pues, fuera de esto, esotro era peor, y lo que antes dije de la necesidad, ansí de vestido como de comer tuve.

Estando en este desasosiego, arrimado á la portada de una casa, veo pasar la criada que me vedó entrase en la de su ama. Abriéronseme los ojos, que de melancólicos estaban como muertos, y llamándola vino á mí, diciéndome que por un solo Dios no tratase de hacerla ningún daño, porque ella no tenía culpa alguna: yo la aseguré del miedo y pedí me diese lengua de adonde iban: díjome que camino de Osuna.—«¿Y cómo lo sabes?—Como la noche

antes lo trataron, no pensando que los oía yo; porque como servía por mi salario y no me habían de llevar, se guardaban no los oyese.» Creílo como si me lo dijera un Evangelista; y si vuesa merced no lo ha por enojo ¿qué hice? tomé y fuíme tras ellos. (Ojo al discreto: tomé y enojo digo adrede, y si tuviese yo las capas de los que piensan que rompen el pelo en el aire y lo dicen y aun lo acompañan con avezado, por enseñado pudiera tener herreruelos de aquí á la fin del mundo, si hasta él se alargase mi vida.) ¿Quién habrá que no diga que merecí hallarlos? Como respondió un agudo á un hombre que había cuatro años que buscaba su mujer por las partes más principales del mundo, porque se le había ido: «Por cierto. hermano; vos merecéis que os venga á las manos.» Dijo bien, porque hombre que se desvelaba por semejante mujer, era justo que diese con ella para que se fuese otra vez; y era justicia, por el consiguiente, que yo hallase á quien en el estado presente me había puesto para que acabase con la persona, pues acabó con la hacienda.

Caminé cosa de cuatro leguas casi desnudo y pidiendo limosna, al cabo de las cuales hallé un hombre que me ofreció su compañía, tan desvalijado como yo. Este me preguntó dónde iba: respondíle que á Osuna. Díjome que allí mismo iba él, y llegándose me dijo: «Vos no debeis de llevar mil ducados.—Ni dos cuartos,» respondí yo. «Ansí, pues, vamos con bien, que no reñiremos sobre el partir de las tierras, porque á mí no me acompaña moneda de Rey, y con todo esto no estoy el peor del mundo, porque tengo muy gentil gana de comer y fuera más pobre si me faltase lo uno y lo otro, supuesto que la comida se puede

buscar y la gana para comerla, no. ¡Buen ánimo!, me dijo, asiéndome la mano, que no nos ha de faltar, y desta daga nos ha de venir sin ofender á nadie con ella.» Y yo tan enamorado que iba llorando; tales cosas tenía entre-manos, dejo aparte la desnudez y hablo del amor y los celos, que lo uno es terrible como la muerte, y lo otro penoso como el infierno.

Llegamos, pues, á Osuna, ocho leguas de Sevilla, y luego preguntamos por la casa donde se daba de comer. Dijéronnos donde era, fuimos allá; salió el dueño, preguntámosle qué tenia que darnos: respondiónos que había perdices, capones, lindo carnero, mejor tocino, y cosas de pescados frescas, con el mejor vino que en treinta leguas al rededor se hallaba.—«Pues de todo nos sacad,» dijo mi compañero; y de todo comimos espléndidamente. Yo me espanté que á gente que mostraban tan poca sustancia tanto se les diese; leyómelo en los ojos el que traía al lado y díjome que con pasajeros no se guardaba la regla de «roto y á pié viene,» luego no trae; porque como los caminos sean peligrosos suelen ir desnudos y llevar muchos dobles.

Acabada que fué la comida se levantó, y llegándose al hostelero le dijo: «¿Cuanto cuesta aquí una puñalada?» El respondió que no le podía sactisfacer á ello, por no saber lo que quería decir. «Pues no es muy difícil,» dijo él; «pregúntoos, señor, cuánto vale aquí una puñalada, qué es, cuánto paga aquí el que la da al otro?—Ahora sí que preguntásteis de suerte que mereceis respuesta: digo que conforme es; porque si le mata della, y él era hombre de consideración, con toda su hacienda; si no murió y le faltaba

calidad, le paga la cura y le dá después algunos, tal vez muchos dineros: si queda manco le da de comer el tiempo que vive: en fin, que hay puñaladas de dos mil ducados, y de mil, y de trescientos, y de ciento.—No, señor; no anda por ahí la que yo busco.»

A todo esto vea vuesa merced cuál estaría yo, colgado de un hilo, aguardando con qué había de salir aquel hombre, porque aunque me dijo que no llevaba dineros, no me persuadí á ello hasta que preguntó por las puñaladas, cuya pregunta atribuí á que quería ganar tierrra con ellas para ponerse enfrente de la calle, y mostrarle luego el buen aire con que corría: para lo cual yo no me descuidaba en moviéndose él, porque desde allí hasta media legua del lugar no me alcanzara, si no es una mala suerte, que esta siempre llega antes, aunque parta después. Cuando oyó decir al que nos dió de comer, que era hombre de buena flema: «También hay otras puñaladas baratas, como es en una mano, ó brazo, ó en otra parte del cuerpo; cosa de tan poca consideración, que en ocho días, y menos, curaron; y estas cuestan cien reales. «¡Ah, dijo él, esa es la que yo he menester. Tomad, señor, esta daga y dádmela; hareisos pagado de lo que hemos comido, y volverme heis lo demás, porque otra no la hay.» Aquí es donde yo me ví determinado á huir, mas escusómelo un hombre que se puso á la puerta, y muy atentamente nos miró á los dos, á cuyo paso mi compañero perdía la color cuando él y otros entraron de tropel y nos asieron; sabido por qué: por ladrones; porque como mi camarada lo fuese, creyeron que yo lo era también. Pusiéronnos en la cárcel con dos pares de grillos á cada uno, y en un calabozo,

hasta que á otro día nos pusieron en dos cabalgaduras y nos llevaron á Sevilla.

Los trabajos que por el camino pasamos le será muy fácil á vuesa merced creer, sabiendo por qué íbamos presos, y que era hombre él que tomaba venganza, como si le hubiéramos ofendido, cuya crueldad siempre fué mayor que la del más feroz animal. Aquí no tan solo se me olvidaron los amores, sino que de acordarme dellos trasudaba. Y pues me ha venido á las manos hablar del socorro ó medicina del tiempo, no he de pasar adelante sin hacerlo, no apartándome del asunto, antes moralizándole; para lo cual nos ha de servir de objeto una muerte, que es la cosa que ocupa todo el sentimiento que una persona de ancho corazón tiene acaudalado. El tiempo, de quien se dice que lo cura ó lo enferma, ¿en qué espacio olvidará este dolor? Respondo así; ó este difunto era amado sólo por amarle, ó por el interés. Si por esto postrero, á la noche no hubo memoria dél si le enterraron á la mañana; y ansí lo que se llora no va encamínado á él, sino á ello: ¡oh, cual quedo! ¡oh, lo que he perdido! Si por lo primero no lo olvidó nunca, sino que lo templó; y esto cuando no hube lágrimas que llorar, porque lo que de veras se quiere, ninguna cosa lo contrasta. Para que la memoria, y junto con ella el sentimiento falte, témplalo, como he dicho, que á no ser ansí, mientras más claro el juicio, quedará más á escuras, y fuera peor que ejecutarle la muerte; y esto es el socorro ó medicina del tiempo: y si no todas las veces desta manera, en otros casos, pues con el sentimiento de lo que faltó, que se quería bien, no se compara nada. Envía tras un trabajo grande ó pequeño otro mayor; olvídase el primero,

porque en comparación de lo que es el segundo, aquello no era y estas son las amistades del tiempo, como la que á mi me hizo, que me vi tan apretado, como el que estaba sin dineros, preso por ladrón y sin hombre.

Determiné escribir á mi amo el canónigo, que no me quería mal, y conoció que las travesuras que de su casa me enviaron no fueron obradas por naturaleza, sino por accidente. Vino á la cárcel, habló al que en la presente desdicha me había puesto, y acabó con él dijese cuán sin culpa estaba en ella, con lo cual me dieron libertad, y para que la gozase me envió una sotanilla y herreruelo. Valióme la prisión el ser hombre, porque escarmenté y entendí los engaños del mundo, las mentiras y falsedades de las mujeres de aquella data, cuyos labios destilan miel, con las palabras dulces que dellas despiden, más lo encubierto amargo, como los ajenjos. ¡Oh, los peligros que le cercan al que anda por el mundo! Allí me vi á plque de morir afrentosamente, si Dios no fuera servido de mover el corazón de aquel hombre.

CAPÍTULO XV.

Como puso escuela de muchachos: cuenta lo que entre un médico y un valiente pasó.

Heme aquí, vuesa merced, gracias á Dios, fuera de la cárcel, desenamorado, con algunos dineros que me dió el canónigo, entendido en las cosas del mundo y con intento de escarmentar, que es lo mejor. Deseará saber qué camino seguí luego: pues dígosele. Yo sabía leer y escribir muy bien y contar mejor y latín más que medianamente, porque, como he dicho, me lo enseñó con curiosidad el ermitaño. Díjele á mi amo que me ayudase para poner una escuela: hízolo; alquilé una casa en la parroquia de San Pedro, entre la de un valiente y un médico; puse encima un rótulo que decía mi nombre, y como enseñaba también latín, y á lo uno y á lo otro iba á sus casas, y como me hiciesen otros grandes ventajas en todo lo que yo quería enseñar, me acordé de aquel mi antíguo maestro que me dijo que Ulises no fué valiente, sino astuto, y que cualquier hombre había de mostrar su ingenio, no en igualar al que le hacía ventajas, sino en echalle el pie delante en la medra, por cuya lición hice un habito de

tercero y me puse un rosario al cuello; con lo cual y con no ser del lugar me llevé todos los muchachos de Sevilla,

Ahora, ¿no es donoso engaño, y general en todos, que crean que los naturales de sus tierras ingnoran lo que profesan, y por lo menos han visto que si han errado en algo, han acertado en mucho, y que los extranjeros que vienen á ellas las aciertan todas, solo con sus dichos dellos? Y ansí las fortunas son para extraños, particularmente casamientos; y más si un hombre habla algarabía y nació en Génova ó Italia. ¡Allí es ello!: todos se despeñan con sus hijas y haciendas, y más si el concierto ha de pasar por mano de madres, que creén lo que ellos las dicen, como si el hacienda que prometen viniese en lo prometido. Al fin, que como digo, empecé á alicionar mis muchachos; y ahora digo, que cuando respondió un loco, preguntándole en qué tanto tiempo lo sería otro, que según le diesen ellos la priesa, que no habló del que con ellos trata, porque este desde el día que intentó el tal menester ya lo está. El dinero que ganaba casi es cosa increible, porque como mis trazas eran más, era el aumento muchísimo; ansí que no se concertaba conmigo nada ni yo recibí ningún muchacho igualándolo primero, antes por la mesma causa no quedaba en mi casa, y este era uno de los valientes ardides: porque cuando mucho me dieran por cada uno cuatro reales al mes, y si lo contase de espacio los interesaba yo doblados cada semana; fuera de que no se tenía por buen padre el que no me regalaba, que era otra ganancia aparte.

Díjele á vuesa merced que puse escuela entre la casa de

un valiente y un médico. Pues no le quiero privar de un cuento, á mi parecer, si no el más gracioso de los que en este discurso hubiere leido, no el más frío: y pasa ansí. Presentaron á dicho médico un cuero de vino muy bueno, de cuyos amores el criado vivía con mucho desahogo, y como no hallase modo para darle siquiera un beso, le halló para sacar á quien dar muchos, si sus intentos llegaran al fin deseado; porque como el sobredicho cuero tuviese aposento el que la cebada ocupaba, en el cual estaba el pozo, se entró por ella con la herrada en el brazo, y llenándola de vino salió á tiempo que su amo entraba. «¿Qué llevas ahí?» le preguntó; y él dijo que la comida y la bebida de la mula. Ansí, pues, anda, que gustaré de verla comer. Llegó el mozo al pesebre, puso en él la herrada, bebió lo que en ella había, y salióse luego el dueño, diciendo: ensíllamela en comiendo, que he de ir fuera.» Salió, y entonces creí que había mulas que bailaban la zarabanda, porque como se le hubiere subido el calor al cerebro, empezó á poner por obra los efectos de la embriaguez. Iba á caerse y apeóse el médico; que no fué poca fortuna poder antes creyendo que la mula se moría, á quien el criado, como quien tan bién sabía la causa del accidente, dijo que no tuviese pena, qne á otra mula del dueño á quien antes había servido le sucedió lo propio, y que aunque era mal de muerte, escapó por acudir con brevedad con la medicina, y que lo mismo sería de la suya si no tardasen en aplicarla. «Parte corriendo á buscarla» dijo el médico; y poniéndolo por ejecución el lacayo, se vió con el valiente, de quien era muy apasionado, y contándole lo que pasaba habló á otro conocido suyo,

que, fingiéndose el que la curó, dijo que haría lo propio con aquella, mas que había de ser dándole cien reales, ante todas cosas. Dióselos él, y trecientos también diera, porque la mula era la mejor que se hallaba en la ciudad, y él estaba muy apasionado. Llevósela poco á poco, aunque cayéndose, y entrándola en una caballeriza la regaron la barriga con agua fresca y dieron á beber, con lo cual pudo volver luego á su dueño, y si se dejó de hacer fué porque la cura tuviese calidad. A la noche fué el lacayo por la parte de sus dineros, y no tan solo los llevó sino que burlaron dél, de que enfadado y colérico dió parte á su á su amo del caso, y él ante la justicia una querella del valiente, por lo cual fué preso, y visitándose salieron á plaza interlocutores, mula, médico, lacayo y valiente. Sentencióse, no con poca risa el negocio, mandando que se le volviesen los dineros, de cuya querella el valiente estuvo muy sentido y, entendiéndolo el médico le dijo, que no había sido buen término el que con él había usado, y que si le hizo poner en la cárcel para que le volviese sus dineros, que mucho más pudiera haber hecho por el modo con que se los sacaron, y que hablase bien dél en ausencia porque no le había menester para nada, y le disgustaba mucho que le viniesen á decir las libertades que dél hablaba. El valiente respondió á todo, particularmente á que no le había menester, desta manera: «Que no me ha menester ucé no necesita de que lo acredite, porque el tal valiente ¿para qué ha menester otros? Supuesto que yo tal vez doy un estocada y no tan solo mato, sino que no hiero; mas ucé ¿cuándo erró ó no obró? De manera que me atengo más á sus dos dedos de papel de ucé,

que á mis cinco palmos de espada, y tan valiente es ucé que temo que ha de hacer con este lugar lo que con el trigo la oruga, que si no consume el grano, le deja vacío. Dígolo, so Doctor, por que si ucé no derribase esta ciudad, quitarla ha la gente. Por ucé se debió de decir: «la que á nadie no perdona.» En mucha obligación le están á ucé la mula y la muerte: la mula en que hizo ucé por ella lo que por sí pudiera hacer, por cuyas amistades se dirá con propiedad: «mi amigo es otro yo:» la muerte, porque los demás valientes para matar déjanle que se venga él, pero ucé va á buscarle.» Y como esto pasase en la calle, y los viese mudados de color, me fuí á ellos, más por cumplir con el hábito y vecindad que por entender era necesario, porque creí que se burlaban. Supuesto que un hijo del médico, que también era ministro de la muerte, estaba allí y desde el principio tuvieron empuñadas las espadas, diciéndose el uno al otro: «yo soy, yo soy;» y este á él: «tú eres, tú eres.» Lleguéme y dije á este, «aquel es:» dos leones desatados, ni dos onzas no se pudieran comparar con ellos en sacando las hojas. El alboroto que los dos metieron y la tierra que enmedio hubo, aunque no tenga testigos, tengo para mí que vuesa merced lo creerá. En memenos del tiempo que se puede gastar en decir la oración del Padre nuestro vinieron una muchedumbre de valientes que riñeron á dos coros, pregonando y diciendo: «¡Aquí!, ¡aquí! ¡héle! ¡héle! ¡héle!» Yo me puse en medio, porque me dejaron suficiente lugar, y sacando el rosario les dije, que no por mí, sino por el respeto que á tan santa insignia se debía se amasen. Fuí obedecido y envainando las hojas, me cojieron en brazos y me llevaron á donde

pagué el haber hecho las paces, porque es allí costumbre; con lo cual, después de haber visto muchos que entraron ovejas, lobos, me vine á mi posada, quedando todos en paz.

En fin, que yo proseguí en mi menester, cada día con mayor aumento, y con beneplácito y voluntad de toda la gente del lugar; porque mi amo el canónigo me hacía mil fayores, y por su intercesión otros muchos, y no menor pensaba hacérmele un hombre que por amigo se me dió, cuya compañía era muy apropósito para enseñarse á sufrir adversidades, ansí del tiempo como de las gentes; porque el que conversa con un necio ¿qué infortunio le puede venir de que no salga bien? y ansí no dijo mal un docto y gracioso fraile, que, como estuviese en un negocio de importancia con cierto caballero, le envió su prelado un estudiante para que le examinase para darle el hábito. Llamó y dijo lo que se le había mandado, á quien dió por respuesta que se esperase un poco, que en breve acabaría. Hízolo así el mozo, y como aguardase á la puerta de la celda, y acertase á pasar por ella el que le había enviado le preguntó cómo no entraba: díjole lo que había respondido: «Ansí, dijo él, pues entrad segunda vez y decid que os examine.» Respondióle que se esperase un momento, con lo cual se salió á donde antes estuvo, y como el prelado le viese de salir tan presto, le dijo: «Volved á entrar y decid que digo yo que deje lo que hace y que os examine.» Volvió entonces á él el rostro, y preguntóle: «¿Sabréis sufrir un prior necio?—Sí, sabré—respondió él—Pues decid que os den el hábito; que más sabeis que yo.» Dijo muy bien; porque saber como se han de haber con él, no se lee en escuelas.

CAPÍTULO XVI

Como le quisieron casar; pinta la novia, y como se fué por ello huyendo de Sevilla.

AHORA, pues, mi bueno de mi amigo me trató un casamiento, cuyos lançes, plática y partes de la novia son del tenor siguiente. Yo tenía por costumbre llevar todas las mañanas mis muchachos á San Pedro, que cerca de mi posada estaba, y oir misa con ellos haciendo que cada uno trajese rosario y le rezase: y no era de los peores arbitrios, de donde volvíamos á casa y cada uno se sentaba á su labor. Pues como un sábado fuese á lo que los días atrás acostumbraba me hallé mi bueno de mi hombre con cara de casamentero, que es más feroz que de de león, el cual medijo: «A vuestra posada iba yo y me lo habeis escusado.» Vaya vuesa merced notando las necedades: ir á tratar cosa de tanta importancia á un hombre tan ocupado á aquellas horas, que lugar de rascarse la cabeza no tenía.—«Pues éste, señor, no es ni tiempo ni lugar de negociar.—No importa, respondió, que mientras

le misa hablaremos los dos.—¿Y daré buen ejemplo á mis discípulos? En la misa ó en la Iglesia no se ha de negociar más que con Dios: suficiente tiempo queda para con los hombres. Ea, pues,entremos y oigámosla.» En fin, que no me dejó de la mano, hasta que me volvió á casa, y en acabando de cortar las plumas y dar á cada uno lo que había menester, me dijo: «Yo creo que vos estareis sactisfecho de lo mucho que os deseo servir, y cuán vuestro amigo soy.»—Yo respondí: «No tan solo esto es cierto, más aun muy cierto.—Pues sabed que os quiero casar de mi mano.—¡O dedos, dije yo entre mí, que escribísteis la sentencia al rey Baltasar ¿Pues sabéis vos, señor, si tengo yo intento de casarme?—Tal es la prenda, dijo él, que puede hacer se vuelva el pie atrás en el intento que seguís. ¡Prenda dijiste; y qué cierto es ella, y que á las veces da un hombre por ella más de lo que vale, pues da libertad! Y para que vais entendiendo las veras con que os amo, esta señora no es niña.—¡Ojo á la margen!, dije yo entre mí. Pues qué, ¿es vieja?—No, señor; mujer de su casa.—Yo se lo juro á Dios que no lo sea de la mía:» y deste coloquio la mayor parte me la había conmigo mismo. «Tendría treinta y ocho años.—Ojo, dije á la margen: ojos, digo ahora á los años.—Muy discreta, bien nacida y gran regaladora.—¿Y es doncella?—No fuera ese buen casamiento: es viuda» En realidad de verdad él vino por el fruto de su sementera, que aunque había de ser, pues él sembró necedades, necedad no fué, sino paciencia; y si habia de ser yo para quien fuese, también participó él dél, pues no arrimé la modestia, y le metí las narices en los sesos. »No será pobre, y sobre todo lo dicho, es tercera como

vos.—Yo, señor, le respondí, por ahora no tengo intención de casarme; si della mudare yo os avisaré, que quedo agradecidísimo á la memoria que de mí teneis, y á la merced que me hacíades en quererme honrar con esta señora, de cuyas partes creo, no tan solo lo que me decís, mas aun mucho más: con lo cual quise roer el cabestro, mas dañóme mucho el decir por ahora, porque me respondió que si en algún tiempo me había de determinar que no dejase pasar el presente, pues en él se me ofrecia cosa tan para vivir contento, que tenía por sin duda no la hallase en otro alguno. Pidióme la viese, ya que no para efectuarlo, para que me enterase de que no me había informado con pasión, y que no la diría á ella cosa alguna cerca del intento con que la iba á ver; como tampoco lo hizo cuando me vino á hablar á mí, pues él de oficio se vino solo por hacerme buena obra. Que podía ir allá cuando gustase, pues era tercera y hermana de su orden. Yo lo prometí hacer como me lo pedía, con lo cual le eché de mí.

Vuesa merced habrá de saber que yo era lampiño; pues de prometido me salieron barbas desde que le dejé hasta otro día que la fuí á ver: considere qué me sucediera si llevara intento de casarme. Saliéranme, digo yo, ya canas, como los muchachos agudos que nacen vivido del vientre de sus madres el tiempo que para venir á aquella agudeza era menester, y por eso se dice: «Mucho sabe este niño; no se logrará;» aunque pocos dan la razón. Digo, señor, que fuí á ver mi tercera, tan flaca, que más parecía primera; y entrando con la salutación más devota, y recibiéndome con la misma, se levantó una mujer, negra todo lo que vuesa merced mandare, y tan alta que fatigué la

vista dos veces; una en mirarla, y otra en ser ella la que miraba. La cara de la prenda, que el casamentero me encaminaba era tan ancha de frente, y tan angosta de barba, que parecía empezada en un punto, como las cofias que las mujeres para sí hacen. Los ojos eran azules y la cara del color que he dicho. Vea vuesa merced qué buena estaría mi novia. La boquita si no era como un piñón era como una piña. Pasábale, á mi parecer, cuatro dedos de cada oreja; saludable, si no hermosa cosa, porque si las enfermedades se yerran por no saber dónde han hecho asiento, abriéndola ella se viera estómago, hígado, bazo y las demás partes del cuerpo. ¡Oh, qué tal era para un día de fiesta en la Corte! Alquilárase aquel balcón muy caro, porque cabrían muchos en él. Los dientes eran buenos para ella, porque á quien lo tenía todo tan malo le estaban bien, supuesto que no tenían nada que echar á perder. Parecían pan de santo porque, como ellos no lo comen, está por unas partes negro, por otras azul, y amarillo por otras. Pues quizá eran pocos; nunca entendí que había Sierra Morena de dientes hasta entonces, según estaban unos sobre otros, y tantos como he dicho. Tampoco entendí hasta que la conocí que había narices de hábito corto, sotanilla y herreruelo. Hacía un pucherillo cuando lloraba, que más parecía cacharro; no era poco, no valía nada. Viuda era de un barbero, no poco dichoso en morirse por salir de con ella. Despedíme, y vínose conmigo el que á su casa me había llevado, preguntándome qué me pareció della; mas yo no le respondí cosa alguna hasta que otras tres veces me lo preguntó. Entonces alcé los ojos y dije: «Estoy haciendo memoria si os he ofendido en algo, y pa-

réceme que no, y también tengo por sin duda que mis padres no os hicieron ningún agravio, y con todo no me puedo persuadir á que vos no tengais alguna gran ojeriza conmigo, porque una mujer como esta no se pudiera haber encaminado sino á un hombre de quien se quisiese tomar entera venganza; estoy por decir mayor que en matarle, porque entonces le mataba muchas veces, si, quitandole la vida, una.—¿Qué quereis decir, dijo él; que no es muy hermosa? Pues no fuera buen casamiento si eso no faltara. ¿Nunca oísteis decir: «Dios te dé mujer que todos te la codicien y ninguno te la alcance?»—Sí he oido, respondí.—Pues esa mujer os traía.—¿Cómo me dábades mujer que todos me la codiciasen si pueden espantar los niños con ella?—¿Ah, señor, la hermosura del alma es mucho mayor que la del cuerpo!»

¿No dije que fuese vuesa merced atendiendo á las necedades del casamentero? Pues vea cual es esta. «Ser la hermosura del alma mayor que la del cuerpo, respondí yo, cualquiera lo conocerá, mas no ha habido en el mundo hombre que della se enamore para el apetito sensual. Siendo esto así, no tiene que ver reinar en ella honestas costumbres con enamorarse del cuerpo, que por desesperado que sea habrá otro que le haga ventajas: y cuando esto no fuese, da la fea, y recibe la hermosa: de manera que lo que se ha de buscar es un buen natural, que con ese es fácil, poniendo un hombre poco de su parte, gozar una honrada mujer.—Vos mirareis cuán bien os está, y yo acudiré por la respuesta mañana.—Si no habéis de venir á otra cosa, no teneis para qué cansaros, porque yo no me he de casar, que me quiero hacer beato, pues hay beatas.

En fin, se fué y me dejó; pero al otro día, si no él, fué ella la que vino á traerme unos papeles por donde la pertenecía cierta cantidad de hacienda que un su deudo la usurpaba por falta de hombre, el cual estaba en las Indias. ¿No ve, vuesa merced, qué buen dote traía la que todas ellas con ella no eran nada? Entróseme por las puertas, al parecer; porque el traidor del casamentero, no tan sólo la dijo nada de lo que yo le dije, sino que le aconsejó viniese ella misma á traerme los papeles, que gustaba yo dello, porque siendo los dos de una orden podíamos tratárnoslo nosotros. Vea, vuesa merced, qué brindis este para hacer el juicio á teja vana; si bien es verdad que hombre ninguno podía hacer tan gran yerro, porque si pusiera la mira en cogerla algún dinero ó cosa que lo valiese, no tenía qué; si en gozarla, tampoco, porque aquella mujer, no tan solo provocaba, antes era efecto de pecado ya cometido. Hablóme como casi marido, y yo la respondí, no como casi enfadado, antes como muy enfadado. Pensará vuesa merced que se fué, pues en lugar dello se quitó el manto para hacerme ya cama. ¿No es bueno que me acordé de mi maestro cuando le quitaron la cadena por aquel engaño, y que no las tuve todas conmigo? ¡Válgate el diablo la mujer! si me metieses en cosa que me trastornase el juicio, y esto se podía temer, que casarme yo, ni por pienso, porque cuando una mujer toda es defectos y es pobre no se ha de temer otra cosa. Yo llamé á Dios, y suplicándole pusiese los ojos en mi inocencia, le pedí me librase de mal hombre, el casamentero; de mala mujer, la presente; de poder de justicia, por la que me amenazaba por medio de algunos testigos falsos. Hecho esto me bajé á mi es-

cuela, y como hallase en ella algunos muchachos, porque viéndola bajar no perdiese con ellos lo ganado, volví á arriba á pedirla se quedase por entonces, de manera que hube de tener por convidada á la culebra que engañó á Eva.

Cual estaría yo considérelo vuesa merced, y junto con esto cual estaría ella; porque como fuese tan necia como el casamentero, creyera que ya estaba hecho el negocio. ¡Oh, valentía de una pesadumbre! Pues desde que aquel hombre quiso inquietar mi sosiego hasta que la mujer salió de mi casa debí de vivir doce años: el semblante, á lo menos así lo mostró. ¡Válgate la mala ventura por modo de tratar casamiento! Pues abrir el ojo. No diré que asan carne, que no la hay, sino que amenazan huesos; y pues que he dicho huesos, le quiero cumplir lo prometido en un discurso cerca de la mujer flaca, volviendo después al estado en que este quedó.

Discurso acerca de la mujer flaca.

Ser flaca no es pecado, como no sea en lo que quita opinión; mas es disgusto; porque una mujer en agudos como herizo, tan angosta de cara que apenas la caben los dedos para persignarse, no puede ser buena más que para hacer penitencia con ella, como quien se pone rallos á raiz de las carnes ¿Quién podrá negar que no sacó de la puja su padre desta dama á los que pesan carne?; que si aquellos dan contrapeso del hueso, fué más la carne que dieron: mas su padre de la carne hizo contrapeso al hueso, Yo la aconsejaría que cuando saliese de la casa con aire

se echase unas bolas de bronce ó hierro en las mangas, como cuando hay en la mar borrasca, que echan áncoras porque no se la lleven á otro lugar. Para una cosa es muy buena esta dama: para llevarla un hombre á su lado; porque como haya pena para el que pone mano á la espada, poniéndola á su brazo quedará exento della, y podrá defenderse y ofender, porque un estoque mejor es que una espada. Las armas de las mujeres, oí decir siempre que eran la lengua, mas esta dama mayor obligación tiene á naturaleza, pues le dió lo uno y lo otro, tanto, que la considero metidas las carnes en un estuche, ellas la herramienta, y él las basquiñas; sin duda ninguna que la hicieron para probar y que la dejaron con la armadura sola, como las figuras en bosquejo.

Si á esta mujer la vinieren buenas fortunas, noble se mostrará en no ensancharse. Consuélese, si tuviere dineros con que una de las honras que á los santos se les hace en esta vida es guarnecerles sus huesos con oro, y si á ella por eso no, por afortunada, sí. No sé yo quien como ella por su muerte no tenga necesidad de que la embalsamen, porque si no tiene tripas, por ser mujer es bien cierto que no tiene sesos. ¡Oh, qué dieran los griegos por cuatro mil soldados como ella para su caballo, porque fueran muchos y ocuparan poco? ¿De quién como de la tal se le puede hacer menor cargo á la muerte?; porque si nació sin carne no hubo más que los huesos. Si anduvo el cielo escaso, ó estimó la que puso en ella, no es mío responder á ello; solo digo que parece que se la pusieron con algodón, como cuando doran las camas.

¡Buena venía la novia!; ¡qué rostro mostró tan hermoso

para que me cegase! Es cierto, verdad, que las mujeres propias han de ser muy queridas para poderlas sufrir tantas imperfecciones como quitadas la tara tienen; y esto ¿cómo puede ser?: no siendo sino muy lindas, que parezcan bien; porque es llano que son de noche verdad de la ficción de todo el día.

Considero yo por tara los chapines: ya queda una mujer media sin ropa, basquiña y faldellín; ya no queda nada, y más si se pone un capillo de lienzo en la cabeza, y otro lienzo apretado por la frente, con unos guantes por amor de la muda, que parece que va á castrar colmenas, con las demás cosas que á todas le son comunes. De manera que el ponerse lo que he dicho, quitarse es; luego, bien digo que es menester quererlas mucho para sufrirlas. Ser una mujer lindo animal, ¿quién habrá que lo niegue? Mas ¡ay, lo que hemos asentado para quien lo tiene en casa!; y por esta razón dijo bien un hombre á otro, que estaba muy enamorado de su mujer; «Vos, señor, no la habeis visto como yo la veo.—Pues en eso consiste no desenamoraros.» Y es decir que siendo esto como queda dicho, se persuadirán á que las cosas que á todos nos son comunes á ellas no desdora lo lindo con que se imaginan, antes que, por ser suyo, ha de tener otro nombre. «Dénos licencia para ir á hacer campo,» me decían los muchachos de mi escuela, significando con aquel término sus necesidades, mas ellas estas propias llaman fiores: y ansí cuando habité la casa del canónigo, mi señor, ví muchas dellas asidas de las manecillas venir á hacer fiores debajo de las ventanas de mi amo, y tantas y tan amenudo, que le habían hecho un jardín, tal cual de semejantes jardineros se puede en-

tender. Mudóse de allí por mejorar de sitio y de casa y como el que aquella ocupase fuese más descuidado, hallé que de jardín se había vuelto alameda.

Pensará vuesa merced que me dejó por esto el casamentero y la mujer, pues antes me persiguieron de suerte que me fué forzoso dar parte á mi señor el canónigo, el cual conoció la gente y me dijo que me guardase dellos porque eran personas que me arrimarían dos testigos falsos, por cuyo medio les sería fácil hacer de mí lo que quisiesen. Yo me fatigué de modo con esto, que demás de no comer, no dormía pensando cómo me eximiría dellos, y hallé que era lo más seguro preguntarle qué le podría valer si me casase. Respondióme que lo que yo le quisiese dar, y entonces creí ser verdad lo que dellos se me había dicho. Díjele: «Pues señor Antonio, si yo me casara os diera una sortija de veinte escudos; yo os la quiero comprar de treinta; y no es poco para un pobre maestro de escuela. Vos os servís della, más ha de ser con condición que no me habeis de tratar más de aquí adelante de esa mujer, ni ella ha de venir á mi casa: lo cual prometió cumplir como yo se lo pedía.

No supe lo que me hice, y no es de maravillar, porque el negocio era suficiente á que el más entendido se hallase alcanzado, porque á la mañana vino ella y en su compañía todos mis males y todos mis bienes. Todos mis males, los cuidados de hacerme suyo las desvelaban: todos mis bienes, los que á estos se oponían. Díjome que el diablo del hombre á quien dí la sortija la enviaba allá. Si se ha visto tal desventura, gozo parezca á todos mi desvelo. ¡Que no le bastase á un pobre maestro de escuela trabajar con

trecientos muchachos, sino que había de traer á cuestas á aquel pícaro y á la otra bellacona! No me atreví á disgustarla por tener en la memoria lo que mi amo me dijo, y ellos en las caras mostraban. Enviéla, ó por mejor decir, fuése ella cuando le dió gusto, y yo partí á dar parte á mi amo de desventura la mayor quc á hombre le siguió. Allí llorando me lamenté de mi suerte, y no hice estremos, porque el caso era tal, que lo que he dicho, aunque lo parecían, no lo eran. El me dijo: «Yo os prometo que me da no pequeño cuidado vuestro desasosiego y que me desvela cómo os sacaré dél, porque por todas partes lo hallo áspero. Si los consentís ¡ay! os han de comer lo que tuviéredes: si los disgustais os han de arrimar dos testigos falsos que digan que la habeis dado palabra. Si yo doy parte á un alcalde y los hago castigar, en el tiempo que estuvieren ellos en la cárcel os han de matar otros amigos suyos; no sé qué me diga.—Pues yo sé qué me haga, dije; todo eso ¿no se acaba con ausentarme? Pues yo doy palabra á vuesa merced de no estar en Sevilla el sábado, y hoy es miércoles.» En este tiempo vendí el ajuarillo que tenía y me fuí huyendo de unos ladrones, de quien se dirá con propiedad de libertades, pues la mía querían cautivar sin dejarme por donde poder rescatarla. ¡Aquí de Dios, que me casan! no lo debe decir aquel que viene en el concierto: yo sí: que sin quererlo me casaban.

CAPÍTULO XVII

Como se fué á Madrid huyendo de aquellos bellacos, en cuyo camino halló quien le hizo volver; como hizo casar el casamentero con la novia que á el la traía, con otras cosas.

En fin, tomé la derrota para Madrid, después de despedido de mi amo, el cual me dijo que para quererme como á hijo no era defecto no estar en Sevilla; que me prometía tenerme en su memoria presente, y que conocería esta verdad en todas las ocasiones que le hubiese menester. Llegando, pues, á Tocina, nos hallamos en una posa- un hidalgo de Sevila, rico y poderoso en ella, que me regaló mucho, cuyo hijo fué mi discípulo, que venía de adonde yo iba. Este me preguntó que adónde caminaba; yo le dije que á Madrid. «¿Y cuándo será la vuelta?» Antes pienso quedarme en él. Y porque iba tan apasionado que se lo conté todo, y queriendo volver por mí, supuesto que naturaleza sea tan inclinada al mal, cuando le hube de contar el miedo que de la mujer tenía, porque no se persuadiese á que yo había incurrido con ella en algún pecado, me dijo: «No, no; no teneis que acreditaros, que

ya conozco á los dos, y sé su trato y cuán mala gente son, y por ello os digo que hicísteis bién en determinaros en lo que veo poneis por ejecución; porque la gente es tal que os armaran muy bien el lazo. Mas, por vida de los dos, que os habeis de volver conmigo donde ha sucederle á él lo que á Amán con Mardoqueo; que teniéndole aparejada la horca para quitarle en ella la vida, vino en la misma á morir Amán, quedando con vida Mardoqueo; porque si quería casaros con esa mujer, vos le habeis de ver casado con ella. Y contra esto no hay que responder cosa alguna, porque os estoy muy agradecido, y quiero que conozcais que el haberme doctrinado un hijo, de suerte que de un demonio me le habeis vuelto en un ángel, os lo he servir toda mi vida. En mi posada estareis regalado y servido sin que os cueste un cuarto, ansí la comida, como el juntarle los procesos que en Granada, Málaga y otras partes tiene; y no os dé cuidado que en algún tiempo se sepa esto, que cuando ellos tengan libertad (si es que se la darán) será en parte donde á vos no os importe, ni dañe.» El lo hizo como me lo prometió, pues viendo ella el pleito mal parado, y que estaba preso y en tanto aprieto, dijo que aquel hombre había seis años que la traía engañada, diciéndola que sería su marido, y que no le diesen libertad hasta que no lo cumpliese. Dijo él que estaba llano á ello, pensando por aquel camino librarse del daño que le amenazaba. Casáronlos, y á otro día de la boda le volvieron á la cárcel, de donde le sacaron para darle docientos azotes, con diez años de galeras, y ella desterrada por el mismo tiempo.

Yo me espanté cuando ví la negociación de mi hospe-

dador. y en tan breve, y creí entonces que mi amo, el canónigo, no se quiso meter en lo que estotro acabó, ó por miedo ó por no hacerse mal quisto. Y no anduvo errado, pues para enemigo cualquiera es fuerte; y esa es una de las infelicidades que al hombre le acompañan, poder cualquiera quitarle la vida, y no estar en su mano el volvérsela.

Que le contaré á vuesa merced; no pasaron diez dias que á mi negociador no le viniese el premio de la buena obra, porque dentro dellos enviudó, y no he visto mujer tan de su palabra en mi vida, porque á seco y sin llover dió en decir: «Mas que me muero antes de un mes;» y se salió con ello. De suerte se amaban, ó á lo menos si no era ansí, lo daban á entender, que tuve por sin duda ir él tras ella, cuando le oigo decir: «¡Oh, qué de desventuras hay en el mundo! ¡Bienaventurados aquellos que desde la pila donde les bautizaron fueron á la sepultura! ¡Pobres de la madre y hermanos desta señora difunta!—Pobre de vos, dije yo, que es quien más lo ha perdido, que esos señores si tienen que sentir no es, junto con haber perdido una hija, buscar otra; mas vos habeis perdido tan honrada mujer como todos saben; y teneis que sentir el haber de buscar otra, que no sabeis lo que será,» ¡Donoso sentimiento de viudo! Piérdela él, y pone los ojos en lo que sentirían otros. Vea vuesa merced qué maldiciones se echaba: «Grandes son los trabajos del mundo, dichoso el que va desde la pila á la sepultura;» que mal le estaba irse al cielo sin hacer venta en el camino. Paréceme esto al sentimiento de un pastor, que como fuese llorando á su mujer, que la llevaba á la tierra, diciendo que quien no se había visto en

tal trabajo no podía deponer de ningunos, decía, exagerándolo, desta manera: «Barrabás lleve hombre que tal trabajo no le ha sucedido: desventurado de todo el mundo; perezcan todos los vecinos de mi lugar.» Vea, vuesa merced qué bien llorado infortunio. El alcalde, que á su lado iba, le dijo: «Consoláos, hermano, y no hagais esos extremos, y pues Dios se la ha llevado, vaya con todos los diablos.» Ansí le pudiera yo decir á mi viudo: «Consoláos, señor, y no hagais esas demasías; y, pues Dios se la ha llevado, vaya con todos los díablos,» para que consolador y desconsolado concertásemos en género, número y caso, y por que es al mundo tan necesario.

El modo con que esta mujer le dejó le escribiré en el capítulo siguiente para los menesterosos dél, y algunos con tanta razón; y dél infiero que no la quería como mostraba, supuesto que halló traza tan válida y tan libre de que contra él se hallase acción alguna.

Receta para enviudar sin daga, veneno ó bebedizo, ó otro instrumento alguno.

Récipe la mano de su mujer, todo hombre que desee la estimada libertad y verse en el estado que antes estuvo, y mucho mas aprovechado, pues se hallará más docto con gran disimulo, cuando va á salir de casa y dígala: «Amiga, por vida mía, que te desayunes, que una mujer que ha entrado en edad no está bien que esté tanto tiempo sin comer, y váyase luego que apenas habrá puesto los pies fuera de los umbrales de la puerta, cuando diga, rascándose la cabeza á dos manos: «Por el bien de Dios, que dijo mu-

jer entrada en edad.» Sacará el rosario de la manga y pedirá el espejo: el rosario, para hacer por él la cuenta de los años, y el espejo para preguntarle si sabe lo que se dice su marido. Esta sin lavarse la cara y con la pesadumbre recibida: no es la que el día antes fué, y todo es oro: no la contenta la luz de la sala, y menos de la alcoba. Ya se halla con arrugas la que no había ocho días se decía así mesma estaba mejor que cuando se casó. Déjale y y toma el rosario. Unas veces, según está de turbada, se halla de once años, y otras de cuarenta. «Muchacha, dice, llámame al primer hombre que pase por la calle.» Sube el primer hombre, pídele le haga una cuenta: propone de suerte que no la sacara el que inventó la aritmética. Despídele diciendo la perdone; bájase él, y queda ella hecha un infierno de cólera, y es todo oro, «¡Oh, lo que diera porque Juan de Leganés no hubiera muerto!» En esto entra el marido; está ella en un aposento detrás del alcoba; llámala á comer, dice no tiene gana, y es verdad. Llámala segunda vez, dice no está buena. Ya revienta y dice: «Mal hombre, ¿en edad he entrado? pues advertid, mal hombre, yo fuí la menor de mis hermanas, la que nació antes que yo tenía....» Levántese entonces el marido y diga: «¡Justicia de Dios, que porque aconsejo á esta mujer no esté en ayunas, no me puedo averiguar con ella. Tengo de salir al patio á que sepan los vecinos lo que padezco:» y haga que va á ello, que ella se pondrá en pié, y asiéndola del brazo, le dirá: «¿Dónde vas, bobo, no ves que me burlo contigo?» Esto todo por que nadie entienda lo de los años; y lo mismo hará la mujer mas recia del mundo; y cuando tanto lo fuese que les obligase á entrar, tendrá él senten-

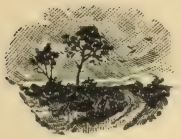
cía en favor, tanto porque el negocio va fundado en cari dad; cuanto porque no se defenderá ella, porque á ningunos negocios echan ellas tierra como á los tocantes á la edad.

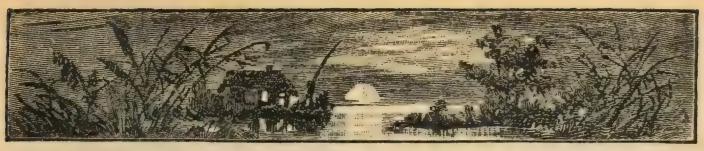
Comerán los dos juntos si llegare viva al otro día, no la diga nada hasta pasados algunos, al cabo de los cuales añada el enviudando este compuesto: hágala poner el terno rico, y que vaya á alguna visita donde están las que decimos bravas. Hállese él en ella y traiga á conversación la fama que de hermosas algunas mujeres tienen, y diga luego consecutivamente: «Todas cuantas la han tenido y la tienen grande son feas para lo que doña Fulana fué. Ya está acabada; pero no ha habido más linda cosa en el mundo.» Con esto se puso fin al negocio. Haya Dios su ánima, que ya es muerta, y él no tiene más que irse de allí, que lo mismo hará ella, y hacer que le traigan los Sacramentos y que le corten el capuz, que ya está graduado.

Ser esta la enfermedad de que murió, consta por lo general, y porque gozaba de buena salud y de muchos regalos y nunca se halló sin gana dellos, hasta que el marido Ulises cegó los ojos á su mujer, que nunca trató de ser con él Polifemo: mas según lo que pasó después, bastábale vivir ella.

Puestas las cosas en este estado, le pedí al cabo de algunos días licencia para volverme á mi ejercicio, y no me la dió, porque dijo me quería ocupar en cosa de más interés y de mayor estimación. Yo se lo agradecí y me estuve quedo, sin preguntarle en qué, satisfecho de que no me engañaria en nada. Y pues no tenemos ahora cosa de que hablar, por no haber sucedido en su casa, le quiero hacer

á vuesa merced sabidor de un sueño que una noche tuve, procedido de lo que diré. Sí que no se habrá vuesa merced olvidado de que yo traía el hábito de tercero, como también entonces le traje. Pues sepa que en fé dello me hallaba en muchas conversaciones de damas medio santas, donde casi á una se rezaba, reía, merendaba y jugaba, tanto por lo que he hecho, cuanto porque sabía Astrología y me dieron opinión algunos juicios que hice, y muchas cosas que decía por la mano. Lo cual todo aprendí de aquel que me crió en la ermita.





CAPÍTULO XVIII.

En que cuenta un sueño, y como pasó á las Indias.

Pues sepa vuesa merced que mi viudo se animó un poquito, y dió conmigo una noche en casa de unas damas que, luego que me vieron, no hallaron lugar donde sentarme, por la golosina de las cosa que he dicho.

Hablamos allí y entretuvímonos un rato,al cabo del cual una dellas me preguntó qué quería decir, soñar que la llamaban á juicio y que la llevaba el diablo, á quien yo respondí, que no era Josef, ni este el tiempo en que se daba respuesta á tales preguntas, más que aunque creer en sueños era gravísimo pecado, que la daba licencia que cuando tal soñase lo creyese y á la mañana se confesase, pues de nadie se podría decir se curaba en salud. ¡Ah, verdad compuesta siempre con zumo de ajenjos!: también aquí tuviste mala posada, pues mostrando el rostro ágrio me dijo: «Que me interpreteis el sueño, os pido, no que me deis consejo, y esto burlándome os lo pregunto, como por pasar tiempo os lo he referido.—Ahora, pues, va de interpretación: ¿En qué habeis entendido estos días?—He ido

á la comedia: de allí en un coche; y hémonos juntado mis amigas y yo á merendar y holgarnos.—Pues digo, señora, la dije, que justamente sueña que la lleva quien vos decís, á la que en tan santos ejercicios se ha ocupado; y para esta interpretación no es menester la habilidad de Josef, pues pues cualquiera, oyendo vuestro dicho, os condenará á lo que yo; fuera de que cuando las conversaciones no hayan sido de más peligro que esta, soñaste jurídicamente, porque sueño es representación de algún objeto en la imaginativa mediante la especie sensible.—¡Jesús! ¡qué cansado de hombre!» me dijo, apartándose de mí. Acordéme entonces de la fábula del León, que preguntando él misma si tenía mal olor en la boca, mataba á quien le decía que sí. Experimentó este efecto el perro, pues de buenas á buenas le dijo que le olía muy mal. Ansí, señor perro, no hareis vos casas con azulejos. Aprended de la zorra que dice que no huele porque está con romadizo.

Con esto nos fuimos, y yo dando y tomando en el sueño, aun mientras cenábamos; y como aquellos días anduviese melancólico, tanto por haber visto morir á la señora de casa, cuanto por el mal suceso de aquella pobre gente, y me acostase, con esto me dormí luego, porque había mucho que hacer, á cuyo cerebro me subieron unos flatos, que por pasar por el corazón y tenerle tan melancólico como he dicho, soñé triste uno, y ridículo otro, de cuya variedad de cosas se me representó la que más tuve en las manos y más me importó salir bien della, y tras esta luego un donoso disparate, y fué que venía un comisario de la otra vida con pleno poder para castigar y hacer mercedes, el cual puso su supremo tribunal en la plaza, á cuya

audiencia acudió multitud de gente. Bien sea verdad que estos fueron los que traían causas lejítimas para que se les hiciese merced, que los que habían de ser castigados, por fuerza acudieron.

Sentado que fué el juez en su tribunal, sin estar presentes más que la muerte, el desengaño y la verdad, porque para ello se hizo un apartado, á cuya puerta había porteros, fueron entrando por su orden. El primero que se visitó fué un hombre mozo, de no mal talle; este dijo: «Señor, soy casado, y vivo con gran tormento y muchas pesadumbres, de que es causa mi suegra, y yo no tengo madre en estos reinos. No se puede reñir con armas dobles: suplícoos mandeis que muera, ó la muerte.—Lleváos esa suegra, y para aliviar de gente, supuesto que la mayor parte viene á eso, todas las que hubiese en en este lugar;» cuando se oyó una voz que dijo: «Señor, suplícoos que no muera la mía, que yo no me hallo mal con ella.—¿Qué dice ese hombre?, preguntó—Pide que no muera la suya, dijo un portero.—Pues llevadle al infierno.» Y saliendo la muerte á ejecutar la sentencia, y pasando por junto a mí, me dijo: «¿No sois vos Lázaro de Manzanares?» Espeluznáronseme los cabellos, y sin acertar á pronunciarlo, dije que sí, y junto con ello pregunté de qué me conocía. Ella me respondió: «Pues ¿no quereis que conozca á quien estuvo á pique de casarse? Vení conmigo, que seguramente podreis ya.» Almorzóse, á mi parecer, en un cuarto de hora más de diez mil suegras: y si el almuerzo fué este, ¡cuál sería la comida! Copiosísima, es cierto, á no impedirlo un portero que la vino á llamar. Fué, y yo con ella, á quien el comisario dijo que mirase lo que pedía un pobre hom-

bre y que lo hiciese. Era su petición que él estaba examinado de zapatero, y que por falta de dientes conque tirar del cordobán no usaba el oficio y padecía extrema necesidad: que de la gente que ya no los había menester se le diesen unos. Fuimos á ello los tres, y entre todas no se hallaron dientes que poderle dar. Yo me admiré en ver qué de tiempo habían vivido. Volvimos con la respuesta y él también se admiró y dijo, que era imposible dejarlos de haber buenos entre las que faltaban, que si los diese entonces, ansí había de ser ello, mas viendo ellas el daño, que tan en casa tenían, se conjuraron, y haciendo un escuadrón pusieron á la muerte de manera que no quedó de provecho, y tan escarmentada, que si había de ejecutar alguna sentencia preguntaba primero si era en suegra. Al fin llevó buenos dientes, y como mi ya amiga la muerte se cansase de estar en pie, por la gran flaqueza que consigo tiene, y se sentase en el suelo, donde se hallaba por la causa dicha tan mal, la dije, que si no se nos tuviese á descortesía, que doblada mi capa nos podríamos sentar sobre ella. Aceptó ella, porque dijo saber no enojarsel comisario por ello. La primera en número que por fuerza vino, y segunda en visita fué una recién casada, muy linda, á quien el comisario preguntó por su madre. Dijo como fué una de las que el día antes habían muerto. ¿Y qué edad tendría? Respondió que setenta y seis años: «Ansí, viejos son vuestros pecados; pero ya venís sin ellos; sírvaos ahora de castigo la vergüenza que aquí padeceis.» De manera que, según lo que me pareció, la moza era forzada della en lo malo que hacía, cuyo rostro salió vertiendo, diré en propios términos, salud en las colores que dél se partían.

Y bien digo salud, y que aunque la vertía, mejor se quedaba con ella. «¿Cómo no entran unos hombres que he enviado á llamar?—Porque no lo son en sus cosas; y pudiendo haber escarmentado se están tan mozos como de antes, y vengo determinado á castigarlos.—Algunas viudas están aquí, dijo un portero, que por no haberlos hallado las he traido.—Daldas acá.» Pusiéronselas delante. Venían con sus tocas de cambray y con unas vueltas junto á los codos, y unos guantes de media legua de andadura. Luego que las vió el comisario, dijo, «Bueno, bueno; esto quiero yo; traedme aquí luego los hombres que antes os he dicho.» Vinieron y mandó se casasen con ellas. ¡Cruel castigo! Allí entró luego un hombre, á su parecer satisfecho de que volvería bien despachado, que el juez le desconoció, y diciéndole que no era él el que había visto hasta entonces, le dió por respuesta que sí era, salvo que por entrar antes que otros había tenido cierta pesadumbre en que perdió la cabellera. «Y bien, ¿por qué os la poneis? —Porque parezco muy mal calvo.—Y ¿quereis volver á la edad en que tuvísteis pelo para holgaros, como si ahora amaneciese! Pues sabed que ya es de noche, y ¿qué quereis? Suplicaros sane de un corrimiento que á las narices me viene, porque las tengo postizas, y me ocupa mucho entrarme tan amenudo en un portal á limpiarlas, y podeis dármele en otra parte, cuando la merced no me hagais cumplida.—¿En fin, que sois calvo y teneis las narices de metal?—Sí, señor, y también tengo dos fuentes.—Y con todos los ojos cerrados le dijo: pues el haceros merced es no hacer lo que me pedís; bástaos lo malo que sois, sin daros ocasión á que lo seais más.»

Muchas veces, dijo,: «Entradme acá esos gruesos; entrádmelos acá»; cuando veo entrar cuatro ó cinco que por fuerza llevaban un hombre muy hlnchado mirando con gran gravedad. «¿Quién sois?», se le preguntó. Respondió muchos títulos. Ansí dijo: «Llamadme acá algunos de los que están ahí fuera. ¿Qué oficio teneis?¿;» fué preguntado. Dijo el primero que gentil hombre de una señora. «Vos teneis harta mala ventura.» En fin, entre cantidad dellos, el que mejor comodidad tuvo fué comer en casa de un hermano suyo. Volvióse al hinchado y díjole: «Hermano he mirado todos estos hombres y veo que no teneis más que ellos, compuesto de las partes que ellos están. Véolos sin tener en qué se ocupar y á vos muy cargado de oficios: id dando á esa gente hasta lo que alcanzare y quedaos vos con uno solo; y no trabajeis más de por uno si no habeis de vivir más que por vos solo.» Hízolo con tan grandes lástimas y tanto sentimiento, que al paso que se iba desposeyendo, se iba secando.

Tras este entró una vieja, y dijo, que ella era ama de un cura medio sordo, muy mal acondicionado, y que ella era balbuciente y su amo reñía muy á menudo, y que por meterse en cólera no podía dar cuenta de sí y andaba siempre la casa como si fuese de locos; que le suplicaba la hiciese merced de quitarla aquel defecto, pues naturaleza la hizo menesterosa de que hubiese de servir para comer; que la pusiese en estado que sin tanto trabajo lo ganase.

«¿Dónde está el cura?, dijo el comisario.—Está aquí fuera.—Pues ¿por qué no entró?—Dijo que aguardaba á ver mi despacho para entrar él luego.» Mandó entrase; hízo-

le llegar cerca y díjole: «¿Es esta criada de vuestra casa, amigo?» No se lo dijo en el tono qúe solía responder á propósito, y dijo: «Si ella lo ha dicho, miente, que no sé si es hombre ó mujer.—¡Ta, ta!, dijo el comisario: yo apostaré que hay sobrino en casa.—Sí, señor; dijo la vieja, un sobrino grandecito, gloria al Señor, tiene su merced.—Ansí, pues, muerte, llevaos ama y cura y todos los demás que tuvieren sobrinos.

Tras estos entró luego una mujer llorando muy amargamente, muy compuesta con su beca, lindos puños, muy bien aderezada toda ella, y no menos la cara; muchas sortijas, lindo apretador de diamantes, y muy buen cabestrillo y esto ya era á otro día muy de mañana. Luego que el juez la vió, dijo: «¿Pues trayendo beca, venís tan llorosa?; pensé yo que una de esas estolas alegraba toda una calle. ¿Qué es lo que teneis, que os ha obligado á madrugar tanto?» Ella dijo: «Son grandes mis males.—En verdad que no los mostrais. No he visto yo venirlos á contar tan compuesta. Veníslo tanto, que parece habéis salido de una casa.—¿Qué es lo que quereis, señor?, dijo; ya que naturaleza me dió el parecer que veis, y fortuna con que se adornase, son tan infernales los celos que de mí tiene mi marido, que en el mes no se deja de reñir un día, y en ese dos veces cuando menos; de suerte que es mi casa un infierno, sin darle yo ocasión para ello.—No le dais ocasión, dijo, y pareceis diosa de las Indias, compuesta tan de mañana; ¿mas que no habeis mandado aderezar la casa?—Es ansí, señor, mas fué por venir temprano á la vuestra.—Pues el tiempo que gastastes en eso, ¿no fuera mejor gastarlo en esotro, y más no habiendo de poner vos de vuestra parte

más que el mandarlo? ¿En qué se ocupa vuestro marido? —Hace negocios y desde antes que viniese yo aquí está él fuera, ocupado en ellos.—¡Está bien!: él trabajando, y vos tan cuidadosa en engalanaros! Llámenmele», dijo, cuando puso los pies en los umbrales. Entró sentido de que le hubiese su mujer ganado por la mano. Traía la abertura del cuello enfrente de la oreja, y muchos papeles en la pretina. «¿Por qué soís, le dijo, tan celoso, que aguais los gustos á vuestra mujer?» Respondióle: «Señor, yo la traigo de la suerte que veis, y ella me trae de la que aquí vengo. No la pido más de que deje la amistad de ciertas amigas, cuya conversación será muy buena, más yo no la quiero. ¿Qué os parece?,» la preguntó. Ella dijo: «Son unas viudas muy honradas y muy buenas cristianas, que están rezande en la Iglesia desde la mañana hasta medio día.—Digo, señor, que yo me entiendo, y que quiero que rece mi mujer en casa.—¿No le dais causa para que tenga celos,» dijo vuelto á ella; y á él mandó no hablase más, diciendo conocía á las viudas á quien poco ha hizo langostas de unos hombres, á quien venía de castigar, casándolos con ellas. «Vos, señora, venístes por remedio, y fuera bien llevárades castigo; mas usando la clemencia por vuestro marido, que le hallo hombre de bién, Desengaño, Muerte y Verdad, encargaos de ella.» Luego la asió el Desengaño, que más cerca estaba. Levantóse de mi lado la Muerte, y todos tres cargaron con ella, á quien yo seguí, fiado en mi amiga, los cuales dieron con ella en el infierno, á cuya puerta hallé multitud de hombres que yo conocía muy bien. Tenían los más sus hijos de las manos y luego que vieron la muerte al ojo, se hincaron de rodillas y empezaron á gemir. Yo

llegué hasta la puerta y puse la cabeza por ver si hallaría allí ciertas personas, cuyo desordenado camino me olió á tal paradero. No pude ver nada, tanto por el mucho humo, cuanto porque luego que entró la muerte, cerraron, y le gente que antes estaba tiró de mí para ganarme el lugar. Yo me quité de muy buena gana y poniéndome de los postreros pregunté á uno: «¿Qué es lo que aquí haceis?» Él me respondió: «¡Oh qué bueno es eso!: ¿sois tan afortunado que pusísteis aquí los pies y preguntais qué es lo que hacemos? ¿No sabeis que allí dentro dan lindos oficios ó si no mucho dinero?» Yo le respondí: «Luego por eso van entrando tan por contadero que casi no está abierta la mitad cuando todos se avalanzan á hacer diligencia.—Sí, señor; y cuando toda no se abre, por un resquicio entra el que está cerca, su hijo.» Yo le respondí: «¿Pues cómo tardan tanto los que desde que vine han entrado?» Respondióme: «Hay otra puerta por donde salen.» Entonces, lastimado con voces que lo mostraba les dije: «Hombres, mirad que entrais en el infierno y que os tiene tan cerca dél el trato ilícito y la hacienda ajena. No os engañeis á vosotros propios, que no hay que dar allá, sino pena eterna. Mirad que no hay más que esa puerta por donde vuestros compañeros han entrado, y no han vuelto: mirad también, que una vez allá no hay redención.» Esto acabé de decir cuando el que me había informado, dijo tan recio como yo: «¡Oh, qué gracioso está el hombre! Por ganar buen lugar lo hace» Yo respondí: «¿Pues no estuve á la puerta?: ¿quién me impedía entonces la entrada? Y ya que vosotros quereis ir allá, no lleveis vuestros hijos.» No sé si cuando me asomé á ella me conoció alguno que dentro estaba, ó

por las voces que dí vino en quien fuese, porque abriéndola de repente, dijeron: «¡Ah, hermano Lázaro!»: esto con una voz lastimosa, diferente de las del siglo. Apenas hubo sonado, cuando tras ella salió un diablo tan contento, haciendo cabriolas, que pareció no le doler nada, y preguntando: «¿Quién se llama aquí Lázaro?» Luego que yo le vi dejé el sermón, y me encomendé á mis pies.

No sabía, por haber entrado á escuras, por donde me iba, y por no despeñarme me senté con grandísimo miedo, diciendo: «Conocidos tengo aquí yo: ¡ah, muerte amiga, si vinieses!» No salió por entonces, antes oí unos gritos que sonaban, á mi entender, por más de ocho leguas al rededor, los cuales daba la que dentro entraron los ministros con quien yo vine. Lo que en aquellas cortes se juraba era lo siguiente: «No usaré más de la amistad de aquellas amigas; no iré á todas las comedias; no saldré fuera tan á menudo; no pediré galas supérfluas, ni afligiré á mi marido por ellas, ni le daré ya mala vida.» A todo lo cual estaba yo tamañito, porque cuando mis muchachos asentaban conmigo cosas de aquél jaez, no estaban los más contentos del mundo; y entonces me pasó por el pensamiento si aquel gentil hombre que salió en mi busca, me quería para preguntarme algo cerca del caso. ¿Quién creerá que se haya oido en algún tiempo en el infierno cosa que sonase bien?; porque con lo que la atormentada mujer dijo, el tono más bien causado no se puede comparar. Admiróme mucho una cosa, y fué, que con haber prometido tanto, aun se quejaba con las ansias que al principio, señal de que el tormento aún no había cesado, cuando la oigo decir: «Yo despediré las criadas que al presente ten-

go»; con cuya promesa luego, luego, fué libre del tormento: y entonces salieron todas, y ella tan doméstica, así por lo padecido, cuanto por haber visto allá tantas damas que en el siglo fueron sus amigas, que como una Magdalena se despojó del vestido: cuyo marido no se hartaba de dar gracias á quien tanto bien le hizo. Diéronse las manos diferentemente que otros casados se las suelen dar. Llevaba los ojos en el suelo y la beca en la manga. Entonces conocí había alcanzado el marido lo que deseaba, no por gastar menos, sino por no gastar su salud viendo el cuidado de su mujer en componerse.

Yo conté á mi amiga lo que me pasó, por cuya causa la aguardaba tan lejos: Respondióme: «No teníades que tener pena, que los que padecieron en el Purgatorio que vos los días atrás, no van al Infierno.» Vea vuesa merced cual era ta tercera que por expósita el amigo me daba. Alegréme y causáronme admiración tres cosas: la una, que para que pudiese vivir aquel hombre con su mujer fué menester llevarla al Infierno: la otra, que ganasen lugar los otros con tantas veras para irse á él: la tercera que el tiempo que allí estuve vi caer muchos, unos forrados en pella, y otros, no tan sólamente forrados, mas sin capa.

Al fin, nos volvimos á nuestro puesto, donde nos sentamos de la misma manera que antes estuvimos, y entró una doncella que tomaba el acero, y entonces venía de hacer el acostumbrado ejercicio, sirviéndola de escudero un primo suyo, estudiante, la cual traía en el sombrero muchas flores de almendro. Luego que la vió, dijo: «Yo aseguro de esta que no viene á pedir, que trae flores,

aunque la otra vino á ello, y tampoco lo parecía. «¿Qué es lo quc mandais y de dónde venís?» Ella dijo: «Tomo el acero, que estoy muy opilada. Venimos de andar y sírveme mi primo de escudero.—Y venís bien florida. Pues dígoos que no todas las flores hallasteis en el jardín, que de casa saleis siempre con alguna, y si ellas vienen en el sombrero, el fruto traeis en el vientre: porque de semejantes jarabes tomados por Mayo se suele gozar la operación por Enero.» Heláronse los dos, y sin preguntarla lo que quería, mandó á la muerte que se llevase á su madre, qué que era su pretensión, y que se casasen ellos. Justos dos castigos: uno que se hiciese lo que pedía, porque falta de la madre, aunque esté decrépita, enferma y enfadosa como aquella, gran castigo es: y el otro que se casase quien tal pedía. La muerte que á mi lado estaba, y entonces divertida, creyó que era suegra, y volviendo á mirarme, me hizo un gesto tan feo que me espantó y desperté, privándome de otras muchas cosas que allí se verían: de manera que en cuatro ó cinco horas que soñé pasaron dos años por lo menos.

Halléme en mi cama; mentira todo lo imaginado, como son todos los sueños, mas con gran temor del gesto de la muerte.

Pasados que fueron algunos días me dijo mi negociador de la voluntad que aquellos bellacos me querían prender. «Ya vos, señor, sabeís mi ocupación, que es tratar ansí en asegurar navíos, como en enviar cosas á las Indias. Pues dadme acá el dinero que tuviéredes y dejad de ser maestro de niños, que en este trato podeis tener tal fortuna que en breve tiempo intereseis gran cantidad dellos:

cuando mal os dijese vuestra habilidad, os queda en pie para poderos volver á ella y mi amistad para siempre.» Aceptélo yo, y díle mil escudos en oro, sin ningún temor de que por su parte me vendría mal alguno; con lo cual empezamos nuestra obra; y compradas que tuvimos muchas cosas, le dije que tenía intento de pasar á ellas, y que pues todos los años iba un criado suyo, que yo iría en su lugar ó que fuésemos los dos, y que si era su parecer, me quedase yo con el factor que en México tenía, para ayudarle en la administración y venta de las cosas que de España se le enviaban. El me respondió que desde que me trajo á su casa había propuesto hacer todo aquello que bien me estuviese y dello gustase: que no lo había de mirar una vez, sino muchas, y que si me importaba para mayor utilidad mía, que fuese en buen hora, donde no, que me quedase en su casa, pues en ella se me servía con voluntad, sin que por ello se le hubiese de dar interés alguno, y que mirase también que si se perdía el navío en que mi hacienda iba, quedaba yo para poder ganar otro tanto, mas que si me perdía que todo se acababa entonces. Yo se lo agradeci, y como estuviese determinado, me embarqué dentro de muy pocos días, donde me sucedió lo que á vuesa merced prometo en la segunda parte, prosiguiendo hasta que por mi mucha vejez no me puedo contar entre los vivos.

FIN DEL LAZARILLO DE MANZANARES.

ÍNDICE

Páginas.

Noticias del autor y de la obra. III

Aprobaciones.. 1

Suma del privilegio, tasa y erratas. 2

Dedicatoria. 3

Capítulo I.—En que cuenta (Lazarillo) donde nació; como Felipe Calzado y Inés del Tamaño, su mujer, le prohijaron de la piedra con algunas de sus costumbres.. 5

Capítulo II.—Cómo cuando su padre salió de la cárcel se halló sin hacienda, por habérsele quemado la casa, como adquirió más y como él se fué á Alcalá. 9

Capítulo III.—Cómo se fué á Alcalá y se acomodó con un pastelero. 13

Capítulo IV.—En que cuenta lo que en casa del pastelero le sucedió, y como la venida de la madre de su ama le echó del lugar. 17

Capítulo V.—Cómo se fué á Guadalajara, y asen-

Páginas.

tó con un sacristán: cuenta lo que en su casa pasaba. 23
Capítulo VI.—Cómo dió vuelta á Madrid, cuenta lo que en una casa donde asentó le pasaba. . . 31
Capítulo VII.—Cómo se acomodó con un santero: cuenta su vida y costumbres. 43
Capítulo VIII.—Cómo fueron los dos á ver un auto á Toledo; cómo salió su madre en él, por cuya causa se partieron para Madrid, y lo que en él les sucedió. 53
Capítulo IX.—En el que el ermitaño cuenta quiénes y qué causas le trajeron á aquel estado. . . . 61
Capítulo X.—En que por divertir al hermitaño le cuenta algunas cosas graciosas; como llegaron á la hermita, y por su muerte se ausentó della.. . 71
Capítulo XI.—Cómo se fué á Sevilla para pasar á las Indias, para lo cual asentó con un Oidor de México, cuenta lo que en su casa le sucedió.. . 77
Capítulo XII.—En que cuenta como asentó con un canónigo, y le hizo ayo de sus sobrinos, por cuyas travesuras se quiso despedir, cuenta alguna dellas. 85
Capítulo XIII.—Cómo se enamoró y cómo de esta causa nació despedirle su amo. 91
Capítulo XIV.—Cómo el canónigo le despidió de su casa, cómo determinó irse tras las mujeres; cuenta los infortunios que le sucedieron y cómo olvidó los amores. 97

Páginas.

CAPÍTULO XV.—Cómo puso escuela de muchachos: cuenta lo que entre un médico y un valiente pasó. 107
CAPÍTULO XVI.—Cómo le quisieron casar; pinta la novia, y cómo se fué huyendo de Sevilla. . . . 113
CAPÍTULO XVII.—Cómo se fué á Madrid huyendo de aquellos bellacos, en cuyo camino halló quien le hizo volver; cómo hizo casar el casamentero con la novia que á él la traía, con otras cosas. . 125
CAPÍTULO XVIII.—En que cuenta un sueño, y cómo pasó á las Indias. 133

LS.
124960
C8283k
Author Cortés de Tolesa, Juan
Title Lazarillo de Manzanares, novela española del XVII

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU